

**Universidad Andina Simón Bolívar**

**Sede Ecuador**

**Área de Letras y Estudios Culturales**

Maestría de Investigación en Estudios de la Cultura

Mención en Estudios Interculturales

### **Sembrar la vida**

**Cosechando horizontes de sentidos ecosmunitarios de re-existencia y liberación en relación a la Sagrada Tierra y el territorio en la Huerta Guacamaya, en la ciudad de Medellín, Colombia**

Andrés Julián Londoño Deossa

Tutor: Santiago Andrés Cevallos González

Quito, 2026

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional

	<b>Reconocimiento de créditos de la obra</b> No comercial Sin obras derivadas	
---	---	---

Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia

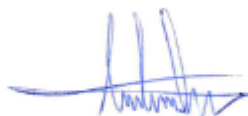


## Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Andrés Julián Londoño Deossa autor del trabajo intitulado “Sembrar la vida: Cosechando horizontes de sentido ecosmunitarios de re-existencia y liberación en relación a la Sagrada Tierra y el territorio en la Huerta Guacamaya, en la ciudad de Medellín, Colombia”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura con mención en Estudios Interculturales en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 24 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

11 de mayo de 2026



Firma: \_\_\_\_\_



## Resumen

Esta tesis es una cosecha de la Huerta Guacamaya que recoge horizontes de sentidos de liberación de la Colectiva Pachakutik como *volver a las raíces*, resignificando el territorio desde el lugar de enunciación como parte de un proceso de re-existencia que potencia otras formas de pensar el mundo con lo vivo. En esa medida, en el primer capítulo se tejen trazos y trozos de la historia profunda y actual del territorio comprendiendo las relaciones con la tierra y entre la comunidad, y señalando asuntos cruciales de un mestizaje de memorias, saberes y prácticas como legado presente *interancestral* que reviste al mestizo popular de barrio de ladera en la comuna 13, en la ciudad de Medellín, Colombia. En el segundo capítulo, se reflexiona acerca de la Colectiva Pachakutik y la Huerta Guacamaya, sus horizontes de sentidos, interrelaciones y accionar comunitario proponiendo la idea de *ecosmunidad* como dimensión comprensiva de la interconexión de los seres humanos con la Sagrada Tierra, el cosmos y la biodiversidad de seres que cohabitan y se recrean en un territorio. Este proceso ha sido una *ecoinvestigación* en perspectiva decolonial propiciando caminos que se aprenden-haciendo. En este horizonte se ha recorrido una metodología enraizada, indisciplinada, comprometida, subjetiva, colectiva, corazonada y encuerpada con la tierra, el territorio y la comunidad por medio de la siembra y la palabra. En ese sentido, sembrar la vida es un asunto subjetivo y colectivo que ha partido por tomarnos la tierra en un espacio baldío de la ciudad y aprender a sembrar reconociendo saberes populares, técnicos e *interancestrales* de la gente, plantas, animales y elementales tejiendo sentidos de liberación con los mundos que contenemos, encontrando nuestro propio rumbo y afianzando lazos comunitarios y solidarios con las personas y los ecosistemas de ciudad y montaña que se dimensionan desde el barrio. Al final, se señalan algunos aspectos fundamentales para sentipensar con lo vivo, no solo lo humano y lo social. Terminando con una reflexión acerca de cambiar el mundo: *Palestina libre del río hasta el mar*.

Palabras clave: huerta comunitaria urbana, Comuna 13 Medellín, decolonialidad, ecosmunidad, interancestralidad, re-existencia, pensar con lo vivo



Esta cosecha se le dedica a la Colectiva Pachakutik y su trabajo con la Huerta Guacamaya, a toda la gente del barrio, la familia, los amigos y los hermagos con los que nos hemos encontrado a compartir alrededor de la siembra, la palabra, la música, las danzas, los alimentos y las medicinas.

También al Sol, la Luna, las Estrellas, la Sagrada Tierra – Sagrada Agua, a los árboles, animales, microorganismo, nubes, lluvias y semillas, que hacen que la vida florezca.

Aprendemos a cuidarnos con lo vivo reconociendo las relaciones ecosmunitarias que nos atraviesan cotidianamente para sanar y liberar la vida.

Por último, a todos los pueblos que luchan por hacer amanecer la liberación de la vida y de lo vivo con dignidad, justicia y amor.



## Agradecimientos

En especial un agradecimiento de corazón a corazones a todos los seres con los que nos hemos encontrado, resonado y compartido en este trabajo de *ecoinvestigación* en la vida y la academia entre Medellín y Quito. A todos los hermagos que han dado fuerza y han posibilitado la Huerta Guacamaya, a la gente del barrio, los amigos y en especial a la Colectiva Pachakutik, Tierra Rebelde, La Casa Agroecológica y Cultural La Matera, al Semillero de Investigación *Wêt Wêt Fxi'zenxi* –hablemos de los buenos vivires– y al Grupo de Investigación en Estudios Interculturales y Decoloniales de la Universidad de Antioquia. También a mi madre y padre, abuelos y ancestros de mis linajes y del territorio que habito. A la Sagrada Tierra, los árboles, las plantas, los animales, los ríos, los mares, el Sol, la Luna y las Estrellas por ser dadoras de vida, por alumbrar en nosotros sentidos de cuidado y resignificación de la existencia de lo vivo con lo que aprendemos a sentipensarnos como ecosmunidad.



## Tabla de contenidos

Figuras .....	13
Introducción.....	15
Capítulo primero: Enraizamiento popular, un tejido <i>interancestral</i> con la memoria del territorio.....	21
1. Reconociendo el lugar de enunciación .....	21
1.1. La colectiva Pachakutik y la Huerta Guacamaya .....	22
1.2. Las dinámicas huerteras .....	28
2. Aterrizando con las nubes .....	34
3. La larga noche del capitaloceno.....	37
4. Decolonizando la memoria del territorio: pueblos que siembran y viven de otra forma con la tierra.....	38
4.1. Los mundos que contenemos .....	39
4.2. Reconociendo el tejido histórico de las memorias de un territorio y su gente.....	40
4.2.1. Valle de Aburrá: una forma Otra de pensar con la tierra y con lo vivo.....	41
5. Una historia más reciente que nos antecede .....	44
5.1. Historia de fronteras, muros y re-existencias en torno a la Huerta Guacamaya.....	47
5.1.1. Poblamiento de las laderas en la cuenca occidental de la ciudad: la configuración de una <i>interancestralidad popular urbana</i> .....	47
5.1.2. Re-existencias entre fronteras.....	48
5.1.3. La memoria de siembra en el territorio compartido .....	49
5.1.3.1. El poblamiento del barrio .....	50
5.1.3.2. Así nos fuimos levantando acá en el barrio.....	52
5.1.3.3. Los azares, el pillaje y las opciones de vida subterráneas .....	56
5.1.4. La urbanización de la guerra en la comuna 13 .....	56
5.1.5. La pacificación de la guerra y la cooptación del tejido social y las organizaciones comunitarias .....	59
5.1.6. “Si no hay plata que haya plátano”.....	62
6. Cerrando esta siembra.....	67
Capítulo segundo: Horizontes de sentidos políticos, espirituales y ecológicos en relación con la tierra y el territorio en la Huerta Guacamaya.....	71
1. Sembrando vida .....	71

2. Activación comunitaria y conexión con el territorio en la Huerta Guacamaya .....	73
3. Conectando sentidos ecosmunitarios en la Huerta Guacamaya .....	81
3.1. Una breve discusión sobre la concepción de comunidad: construyendo la comprensión de <i>ecosmunitad</i> .....	82
3.2. Relacionamientos populares de re-existencia en la Huerta Guacamaya. ....	86
4. Un camino de descolonización subjetiva y colectiva con de la tierra y el territorio	89
4.1. Las semillas, la potencia de la vida .....	92
5. Soñando despiertos: construyendo sentidos de vida con la Huerta Guacamaya .....	95
Conclusiones.....	99
Obradas citadas.....	105

## Figuras

Figura 1. Sector la colina y zona verde donde está la Huerta Guacamaya.....	17
Figura 2. Recorrido territorial por la Huerta Guacamaya.....	19
Figura 3. Sector Guacamaya (antes el hueco), en el barrio 20 de Julio.....	22
Figura 4. Machete, pica y palustre, las primeras herramientas para sembrar .....	23
Figura 5. Colectiva Pachakutik en una presentación musical de Iniciativas de paz en el Museo Casa de la Memoria .....	26
Figura 6. Los inicios de la huerta .....	28
Figura 7. Jornada de siembra con agro nivel .....	29
Figura 8. Jornada de siembra en la Huerta Guacamaya .....	30
Figura 9. Maíz de colores cosechado en la Huerta Guacamaya .....	41
Figura 10. Maíz florecido en la Huerta Guacamaya,.....	44
Figura 11. Mapa del territorio donde está la Huerta Guacamaya.....	47
Figura 12. Vista del árbol de aguacates en el sector la Colina y el Hueco del barrio 20 de Julio .....	49
Figura 13. 20 de Julio, platanera en la entrada a la zona turística del barrio las Independencias I.....	63
Figura 14. Espiral de ritual de siembra y conexión con la huerta y el territorio .....	68
Figura 15. Ilustración de la imagen de la primera Fiesta del maíz en la Huerta Guacamaya .....	71
Figura 16. Círculo de palabra en jornada de siembra en la Huerta Guacamaya.....	74
Figura 17. Jornada cultural en la Huerta Guacamaya.....	83
Figura 18. Semillas diversas de frijoles.....	93
Figura 19. Conectando sueños en el barrio Guacamaya.....	96
Figura 20. Conectando sueños en el barrio Guacamaya.....	96
Figura 21. Acelga sembrada en la Huerta Guacamaya.....	101



## Introducción

En Colombia, en ciudades como Bogotá, Cali, Medellín, entre otras, las huertas urbanas comunitarias y familiares vienen emergiendo con fuerza en los últimos años conformando movimientos de re-existencia. Aunque no es una relación nueva que se da con la tierra en la urbe, más bien es cultural e histórica, lo potente es que emergen en estos tiempos de pospandemia con un sentido de liberación que va agrietando el sistema ante las lógicas de control, desigualdad, represión, violencia y virtualización de las relaciones sociales y la relación con la vida en un tiempo de crisis climática. Estas lógicas de dominación se agudizaron con la Pandemia por COVID-19.

Tras el estallido social, el 28 de abril del 2021 en Colombia, se fueron levantando las medidas de cuarentena entre el inconformismo y malestar generalizado de la población, en ese proceso de lucha y re-existencia en las ciudades proliferaron huertas comunitarias como forma organizativa de la resistencia popular y juvenil, y alternativa de vida y de disputa de sentidos de mundo ante el modelo desigual de ciudad neoliberal que se ha diseñado, marcando jerarquías de dominación entre los privilegiados y los excluidos, racializados y marginalizados del campo y las ciudades en el país. Las Huertas urbanas comunitarias aparecen entonces como expresiones de la re-existencia popular y juvenil, como forma de disputa y apropiación y construcción de la ciudad.

Al respecto, la Red de Huerteros de Medellín (RHM) en su informe de investigación: *Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes* (Restrepo et al. 2020) plantea que estos escenarios son “instrumentos didácticos, espacios de construcción de tejido social y lugares de resistencia” (28). Desde una perspectiva de la agroecología urbana emergen cuestionamientos socioambientales en torno a “la defensa de la biodiversidad, el cuidado del suelo y el agua, el respeto por los ciclos naturales, el uso de semillas libres, la búsqueda de la soberanía alimentaria, la independencia de recursos externos y el fortalecimiento de los vínculos de vecindad” (28). Así, la huerta se va convirtiendo en un espacio alrededor del cual se organiza la gente en los barrios para hablar de problemáticas socioambientales urbanas, las necesidades básicas insatisfechas en el hogar y la comunidad, el cambio climático, los derechos humanos y los derechos de la Sagrada

Tierra,<sup>1</sup> tejiendo un sentipensar con lo vivo. El sentipensar se retoma de Orlando Fals Borda para entender un pensar que “combina la razón y el amor, el cuerpo y el corazón” (Fals Borda 2015, 10).

Esto conlleva a la implementación de acciones como la siembra de árboles y alimentos, la creación de pacas biodigestoras con desechos orgánicos, la apropiación y disputa de los espacios naturales en el barrio desde un sentido comunitario, de cuidado y aprovechamiento de zonas que se recuperan y resignifican ante el descuido, el abandono y la disposición de basuras y escombros en *espacios de desperdicio* en los barrios. Que, por otro lado, también resultan cooptados y puestos a la venta por los *combos armados* que dominan los barrios en órdenes paralelos a la administración pública como en Medellín (Bonilla 2025).

En los barrios populares la gente busca resistir con la tierra y en comunidad de forma colectiva o familiar ante las necesidades que trae el habitar la ciudad después de ser despojado, desplazado forzosamente o haber salido en busca de “futuro” del campo. Hoy, algunos jóvenes que siguen llegando del campo o han nacido en la urbe activan *memorias de pervivencia* de los saberes heredados de siembra, alimentación y relacionamiento comunitario que se transmiten en procesos intergeneracionales que pueden ser milenarios, aunque muchos conocimientos se han perdido, aún se guardan saberes populares y ancestrales de un pensamiento tejido con la tierra y lo vivo. Por ejemplo, en la foto se puede apreciar que se siembra entre las casas y pequeños jardines, y al fondo hay un trozo de montaña entre el cemento en el que son exuberantes los árboles siendo un espacio que se viene aprovechando para sembrar alimentos por parte de varios vecinos como Palomo, Miro, Libia, la Colectiva Pachakutik, entre otros. Y es el lugar donde está la Huerta Guacamaya.

---

<sup>1</sup> He decidido nombrar Sagrada Tierra a lo que hemos normalizado designar naturaleza como un acto político, ético e indisciplinado de reconocer la relación de *ecoexistencia* entre los seres humanos y la biodiversidad. Tal como lo reconocen las sabidurías andinas u otras sabidurías del mundo como la hipótesis Gaia, que plantea James Lovelock citado por Eugenio Zaffaroni (2011, 84), “expresamente asume *Gaia* y precisa su concepto: La tierra es un organismo vivo, es la Pachamama de nuestros indígenas, la Gaia de los cosmólogos contemporáneos. En una perspectiva evolucionaria, nosotros, seres humanos, nacidos del humus, somos la propia Tierra que llegó a sentir, a pensar, a amar, a venerar y hoy a alarmarse”. Ante estos posicionamientos se vienen estableciendo y reconociendo en algunos países los derechos de la naturaleza como parte de lo que Vandana Shiva (2011) va llamar la “democracia de la tierra”. De esta forma se incorpora un sentido comprensivo profundo, como el que nos enseñan las sabidurías de los pueblos originarios de Abya Yala y afrodescendientes, donde la vida está en el centro en la compleja pero articulada red vital que nos conecta en todas las dimensiones de la existencia entre humanos, no humanos y más que humanos. La comprensión de la naturaleza como Sagrada Tierra nos implica otra consciencia con la vida que se margina de la dicotomía eurocéntrica que ha separado la cultura de la naturaleza, reconociendo la coexisten en una relación recíproca que se transforma en la historia de la humanidad.



Figura 1. Sector la colina y zona verde donde está la Huerta Guacamaya  
Fuente: Archivo personal (2025)

De esta forma, se va conformando una territorialidad popular, mestiza y urbana con un legado *interancestral* de saberes, prácticas y formas cotidianas de vida, aparentemente ocultas entre la normalización de lo “obvio”, que se van trenzando en vínculos y contradicciones con la vecindad conformada por gente diversa de muchas partes del país y de la región, generando formas nuevas de re-existencia en el barrio a partir de la siembra y legitimando la tierra baldía de forma colectiva para un fin familiar o comunitario, al mismo tiempo, se generan procesos de cuidado y dialogo con la flora y fauna creándose espacios *bioculturales* de ciudad. Desde la idea de *interancestralidad* se comprende que el mestizo popular urbano está revestido de legados ancestrales de diferentes pueblos como afrodescendientes, indígenas, campesinos, y no solo europeos. Siendo el producto de un proceso de opresión, negación y re-existencias de saberes y prácticas diversas que se tratan de resignificar como horizonte de liberación en un sentipensar con lo vivo.

Si bien, podemos rastrear numerosas experiencias de huertas urbanas comunitarias,<sup>2</sup> en síntesis, se reconoce que son escenarios de re-existencia, entendiendo

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, en el documental *Otros Mundos* (Post Office Cowboys 2007) se puede apreciar estos relacionamientos comunitarios y reivindicaciones de las experiencias de agricultura urbana en las ciudades de Bogotá y Medellín, en el marco de un proyecto con poblaciones en condiciones de desplazamiento y vulnerabilidad, promovido por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, (por sus siglas en inglés FAO), producido en el año 2007 por Post Office Cowboys. Otro caso se da en la ciudad de Bogotá, donde María Teresa Flórez (2022) en el artículo de opinión *Huertas urbanas, otra forma de vivir la ciudad* reconoce más de 4.000 huertas y 20.000 personas, la mayoría mujeres, que vienen promoviendo la producción de alimentos en la ciudad, no obstante, también fomentan un sentir comunitario y generan una apuesta por una ciudad sostenible frente a los efectos del cambio climático. Reconociendo la creación de las huertas comunitarias urbanas como parte del proceso

ésta como nos recuerda Catherine Walsh (2017) en *Gritos, grietas y siembras de vida*, donde retoma de Paulo Freire en su libro *Pedagogía de indignación*, el sentido que le dio a resistencia-existencia, donde:

La supervivencia física y cultural de los oprimidos y oprimidas, decía Paulo, no está enraizada en la resignación o adaptación a la lesión destructiva del ser o en la negación de la vida; más bien está fundamentada en la rebelión contra la injusticia – la rebelión como autoafirmación – y en la resistencia física a la cual se suma la resistencia cultural, “la resistencia que nos mantiene vivos” (Freire, 2004: 61). Enrique Dussel (2002: 436), en su pensar con Freire, resalta esta “acción en la que se va tomando conciencia ético-transformativa: liberación” cuyo proceso ético, material y objetivo es la *vida*. Recordada aquí también es la re-existencia de la que habla Adolfo Albán: los mecanismos y prácticas que procuran la re-definición y re-significación de vida en condiciones de auto-determinación y dignidad (Albán, 2008). (Walsh 2017, 25)

En consecuencia, así como en la Huerta Guacamaya, sembrar en la ciudad ha implicado disputarse los sentidos del mundo acercando dicotomías como lo rural y lo urbano, la cooperación y la competencia, el individualismo y la comunidad separadas desde las comprensiones funcionalistas del “modelo planteado desde la modernidad, que hace de la ciudad actual un espacio determinado por una mirada positivista, y dirigido hacia una homogenización cultural que favorece el control político y social de la sociedad” (Albán y Arteaga 2021, 329). Generando grietas que se fugan del poder, recreando escenarios al margen entre fronteras en zonas que aún re-existen en los barrios donde se siembra, o en el hogar donde se sostiene una relación con las plantas ornamentales, medicinales o alimenticias, las cuales irradian vida, aportan medicina, nutrientes, limpian la energía, acompañan y protegen en los espacios de cemento. Pues es una relación que recuerdo desde niño con las matas que tiene mi abuelita en el solar y su casa a las que cuida, les habla y se alegra de corazón al verlas florecer o dar cosecha.

La Huerta Guacamaya está ubicada en el barrio 20 de Julio, en la comuna 13 de la ciudad de Medellín, y tiene un mural a su entrada como se puede apreciar en la siguiente foto. Este proyecto surge en el año 2021 como un espacio de siembra, convivencia y paz tras el estallido social, popular y étnico en tiempos de pospandemia en Colombia, en una zona marcada fuertemente por la violencia urbana, la precarización de la vida y las dinámicas de *turistificación* depredadoras de los cuerpos y la memoria de un territorio que se ofrece como entretenimiento global.

---

de resistencia y liberación de los movimientos sociales tras los estallidos de la protesta social en Colombia en el año 2021 en tiempos de pandemia y pos-pandemia, donde se da un fenómeno nombrado como la “Gran Siembra”.



Figura 2. Recorrido territorial por la Huerta Guacamaya  
Fuente: Matilde Velázquez Flores (2023)

La metodología de este trabajo fue de corte cualitativa, indisciplinada, sentipensante y comprometida con la vida. En esta *ecoinvestigación* se teje un proceso de aprender-haciendo con otros y otras a partir de las dinámicas huerteras con la colectiva Pachakutik, las acciones de minga y círculos de palabra con otros procesos. Por un lado, se realizaron entrevistas personales y en compañía de estudiantes de la Universidad de Antioquia (UdeA) que vienen haciendo su tesis de pregrado en Trabajo Social con la Huerta Guacamaya y, por el otro, la coinvestigación *Huertas comunitarias para los buenos vivires* (Galindo Gómez et al. 2025) realizada con el semillero de investigación que coordino *Wêt Wêt Fxi'zenxi* –hablemos de los buenos vivires– adscrito al grupo de investigación en Estudios Interculturales y Decoloniales (GIEID), de la Universidad de Antioquia.

La escritura posiciona tejidos subjetivos y colectivos con las fotos, algunos escritos, testimonios, canciones y acciones que hacen parte de esta cosecha como aportes de los *hermagos*<sup>3</sup> con los que se ha movido este proceso de sembrar en la ciudad. También se busca hablar desde un *Nosotros* que no nos excluye de un ellos, saliendo del individualismo de la primera persona y la frialdad de la tercera persona, pero entrando a ellos en ciertos pasajes como una posibilidad de expresión.

De esta manera, se ha puesto el cuerpo, se ha reflexionado desde el hacer huertero y un sentipensar con la tierra, los animales, las plantas, las semillas, la colectividad y la comunidad comprendiendo la concepción de *ecosmunidad* como un saber que se cosecha y siembra en esta tesis como horizonte de liberación. Esta sabiduría se conecta con la idea

---

<sup>3</sup> Forma local que se usa para referirse a una relación de amistad y hermanamiento, reconociendo la magia que nos habita como extensión de la tierra. Es decir, la magia como una acción y una forma de sentipensar creativa, afectiva y colectivamente.

de cosmunidad de Patricio Guerrero (2018, 20) con la que comprendemos que “todas las interrelaciones con la naturaleza, con la sociedad o consigo mismas/os están marcadas por el ordenamiento cósmico de la existencia”, de esta forma se acentúa el ecos desde su etimología griega *oikos* que significa casa, connotando una dimensión comunitaria acentuada en la tierra como casa común donde se dan relaciones de coexistencia sociales, ecológicas y cósmicas que posibilitan la vida de la que somos parte como humanidad. Por lo tanto, se toman posturas epistémicas que plantean mirar de otra forma las relaciones sociales y culturales con la Sagrada Tierra y lo vivo, como seres con derecho a existir y ser respetados con los que cohabitamos el mundo y aprendemos a pensar.

Es así que identifico una metodología de *enraizamiento popular interancestral urbano*, como un tejido con las memorias diversas del territorio que se conectan desde la siembra y las relaciones comunitarias, de esto se da cuenta en el primer capítulo donde reconozco algunos trazos y trozos de mi relación con el territorio y la Colectiva Pachakutik, la historia del Valle de Aburrá, el proceso de invasión colonial, la configuración de las lógicas modernas de explotación de los pueblos, los animales y la tierra; y la configuración del barrio, sus procesos e historias, comprendiendo el territorio desde una memoria profunda que se conecta con el horizonte de la Colectiva Pachakutik de *volver a las raíces*.

En el segundo capítulo, se propone reflexionar sobre los procesos de la Colectiva Pachakutik y la Huerta Guacamaya dando cuenta de sus dinámicas hacia adentro y hacia fuera, sus formas organizativas, el pensamiento con la tierra, la semilla y el territorio, y los relacionamientos comunitarios que devienen en la comprensión de *ecosmunidad* como dimensión de la interconexión del ser con la tierra, el cosmos y las comunidades de seres que cohabitan y se recrean en un ecosistema de ciudad.

Para finalizar, se señalan aspectos fundamentales para sentipensar con lo vivo, no solamente lo humano y lo social. El primero, es la dicotomía que se encuentra en la Huerta Guacamaya como un espacio de *desperdicio* y de *pervivencia* ante las relaciones culturales y con la tierra que se dan en la configuración del barrio. El segundo, es la continuidad de la siembra como horizonte de futuro. El tercero, es la idea *ecosmunidad* en la reproducción de lo vivo, planteando una reflexión en relación a las semillas como base de la re-existencia y legado de la *interancestralidad*. Por último, se plantea una reflexión sobre cambiar el mundo ante panoramas como el genocidio de Palestina sin perder la esperanza. *Palestina libre del río hasta el mar*.

## Capítulo primero

### Enraizamiento popular, un tejido *interancestral* con la memoria del territorio

#### 1. Reconociendo el lugar de enunciación

En este apartado abordo el objetivo específico número uno de este trabajo en el que busco analizar de forma sociohistórica la memoria del territorio donde está ubicada la Huerta Guacamaya, reconociendo saberes y relaciones en torno a la tierra y las formas comunitarias que se dan en un sector del barrio 20 de Julio que renombramos como Guacamaya (también conocido como el Hueco) en la primera fiesta del maíz en el año 2022, en la comuna 13 de Medellín, Colombia. El cual, se muestra en la siguiente foto donde se resalta la platanera como legado histórico que se da con todo el proceso de invasión, esclavización y colonización en Abya Yala<sup>4</sup>. De esta forma se sentipiensan horizontes de sentidos políticos, éticos y ecológicos de liberación del cuerpo-tierra-territorio entendido desde Lorena Cabnal (2010, 25) como “una propuesta feminista que integra la lucha histórica y cotidiana de nuestros pueblos para la recuperación y defensa del territorio tierra como una garantía de espacio concreto territorial, donde se manifiesta la vida de los cuerpos” dominados en el entramado de poder global configurado desde Europa que, a la vez, se imbrica con un patriarcado ancestral. Por lo tanto, así como señala Maydi Bayona (2023, 13) “parte de la superación del conflicto estriba en la concientización de la necesidad de vincularnos con la pluralidad y complejidad de sabidurías ancestrales que se contienen en las dimensiones corporales, espirituales, mentales y comunitarias” donde habitamos la vida, correlacionando aspectos subjetivos y colectivos que me atraviesan en este territorio por ser el lugar donde he crecido, en el cual, se estableció mi familia materna desde 1975 y mi padre, desde 1980.

---

<sup>4</sup> Forma de nombrar al continente de América Latina y el Caribe en lengua Guna Dule, también nombrados Guna Tule, y significa tierra en plena madurez.



Figura 3. Sector Guacamaya (antes el hueco), en el barrio 20 de Julio  
Fuente: Archivo personal (2025)

Ha este terruño llegó mi abuela materna, María Resfa Hernández, con todos sus hijos pequeños, entre ellos mi madre Piedad, y su segundo esposo Luis Octavio Deossa en busca de “futuro”. Ambos esposos de la abuela fueron asesinados con arma de fuego, el primero en el municipio de Armenia mantequilla, Antioquia, de donde venían antes de llegar al Valle de Aburrá; por las dinámicas de la violencia política bipartidista entre Conservadores y Liberales en los años 60. Y el segundo, mi abuelo, lo mataron en una tienda del barrio 20 de Julio a finales de los años 80, por defender a su amigo víctima de un atraco. La abuela desde muy joven le tocó trabajar como empleada doméstica, siendo madre viuda de 12 hijos. Sus hijas aprendieron este oficio y sus hijos, en su mayoría, se dedicaron a la construcción de casas o a ser mecánicos. Al ser una familia extensa encontraron una casita en el sector La Colina, zona de invasión del barrio 20 de Julio, donde empezaron a echar raíces en medio de la escasez y la precariedad. En esa época uno de los sustentos era sembrar algunos alimentos, árboles frutales y criar gallinas o cerdos en pro de resolver, en ciertos tiempos, las necesidades básicas del hogar. Mi padre, Juan, también llegó a esta ladera de la ciudad, encontró trabajo en la industria metalmecánica y participó activamente en los convites para la organización y construcción del barrio de forma colectiva.

### **1.1. La colectiva Pachakutik y la Huerta Guacamaya**

La Colectiva Pachakutik y la Huerta Guacamaya surgen en el mes de septiembre del año 2021 en un escenario de pospandemia debido a la COVID-19 y el estallido social

en Medellín y Colombia. Todo empezó tras el encuentro de tres amigos de infancia del barrio que no se veían hace algunos años: Alex, Jonathan y yo.

Vernos después de 10 años fue reconocernos con el territorio, sus problemáticas e historia. Yo volvía a visitar a mi familia materna después de haber sido desplazado forzosamente en el año 2011, un episodio de dolor en mi vida que me había alejado de mi abuela, tías, tíos, primos, los amigos y el lugar donde había crecido y vivido hasta mis 18 años.

Al volver percibía la gente del barrio atrapada en el tiempo en un círculo vicioso que pareciera sentenciar la historia del mestizo popular a la vida de servidumbres, delincuencias, violencias y drogadicción, aunque algunos logran romper esas cadenas. Vidas condenadas a la exclusión y la falta de oportunidades dignas. En ese encuentro hablamos con asombro de las dinámicas de la *turistificación* como fenómeno que iba cogiendo cada vez más fuerza en el sector, cooptando el espacio de la gente del barrio e instaurando una dinámica de extracción global de la memoria y la cotidianidad de una territorialidad marcada por la urbanización de la guerra a finales de los años 90 e inicios del 2.000, y que posteriormente se configura como un espacio de entretenimiento global en torno a la resiliencia de la gente sobreviviente, a partir del 2014.

Con nuestros caminos y sentires del territorio pensamos en hacer un proyecto barrial y así se activó la juntanza. Alex, que venía sembrando girasoles en un morrito al borde del callejón de escaleras frente a su casa, nos comenta de un espacio baldío que conoce en el sector el Hueco proponiendo sembrar ahí un proyecto comunitario.

Un día de septiembre, del 2021, nos encontramos Alex y yo, conseguimos un pedazo de machete oxidado y sin cachea, un palustre sin mango y una cabeza de una pica donde mi abuelita Resfa y fuimos a sembrar un palito de aguacate que germinó en la composta de mi casa en el barrio Campo Valdés, el cual llevé atravesando la ciudad en bicicleta, de oriente a occidente, hasta el baldío de la huerta.



Figura 4. Machete, pica y palustre, las primeras herramientas para sembrar  
Fuente: Archivo personal (2021)

En esa ocasión, subimos a la cancha de tierra amarilla al lado del baldío desde Calle Nueva, una calle que separa el sector el Hueco de una de las pocas zonas verdes del barrio. Trepamos por el borde de un muro cercado con rejas y electricidad que divide lo que será la Huerta Guacamaya de las tierras del ancianato del convento de monjas de la Madre Laura, por el extremo sur, miramos el espacio con altos pastos verdes entre árboles carnavalitos, girasoles silvestres, bambucitos, achiras, mafafa, heliconias, diente de león, llantén, entre otras plantas propias de este espacio que nombrábamos malezas cuando hay propiedades alimenticias, medicinales, musicales e importantes para el cuidado del suelo y el relacionamiento de las aves, roedores, insectos y microorganismos que hemos ido comprendiendo y renombrando como *bunezas*.

Entre lo enmontado del terreno se encontró un palo para la pica, se voleó machete en un pequeño tramo, se hizo el hueco, un ritual con tabaco y se sembró una intención corazonada en el territorio junto al arbolito de aguacate. Por esos días, nos contaba Miro, un campesino urbano que viene sembrando en una parte de este terreno baldío hace más de 20 años, al costado norte de la Huerta Guacamaya; que Alex, su primo, le había preguntado si podíamos tomarnos ese monte. Miro le dijo que sí, que eso no era de nadie. En ese contexto nos dio a entender que ya sembrar esa tierrita implicaba legitimarla ante la comunidad, brindándonos su apoyo y experiencia en pro de cultivar alimentos con la gente del barrio a pesar de las disputas y las problemáticas por la tierra que allí se dan. Durante el resto de año de ese 2021 nos empezamos a encontrar los domingos, invitábamos a la gente y fuimos desmontando el terreno. Al principio fue arrancar el pasto que estaba muy crecido, quitar algunas bunezas y descubrir lo que estaba oculto, a nuestra sorpresa encontramos basura enterrada como plástico, escombros, desechos y ruinas de casas, y uno que otro cadáver de animal sepultado, pero también lombrices, gusanos, larvas, escarabajos, babosas, ciempiés, alacranes, grillos, mariposas, abejas nativas, entre otros insectos que habitan el territorio.

Así fue surgiendo la “Huerta por la Convivencia y la Paz”, que fue el primer nombre con el que inició este proyecto en un área de 15 metros de ancho por 30 metros de largo, el cual empezamos a mover con juntanzas comunitarias barriales y convocatorias de Presupuesto Participativo a nivel de la comuna 13, Secretaria de Juventud y Secretaría de la No Violencia. Posteriormente, en el año 2022, se transformó en la Huerta Guacamaya, la cual se ha ido tejiendo con la gente del barrio, la ciudad, el país y de otros países, forjando apropiación territorial y lazos de *ecosmunidad*.

Al respecto, en el podcast *Las Milpas nos hermanan*,<sup>5</sup> una conversación por videollamada que se dio con el Colectivo Coamil Federalismo de la ciudad de Guadalajara en México, en la que intercambiamos historias en torno a lo que ha sido la Huerta Guacamaya, Alex, fundador del proyecto, nos contaba:

Acuñaada como Huerta Comunitaria para la Paz y la Convivencia. Ése fue el nombre que le habíamos dado inicialmente. Este proyecto nació de un sentir de Julián, yo y otro amigo que nos encontramos. Propuse una huerta en un lote baldío y pues nos resonó mucho y comenzamos a trabajar sobre un proyecto para una financiación. Entonces, igual que íbamos escribiendo el proyecto fuimos al territorio que era un basurero, lo podemos, lo organizamos y nos ganamos una financiación con la Secretaria de Juventud y Presupuesto Participativo. Así es como nace la huerta... [Posteriormente] en una introspección, los abuelos y guías del territorio me hablan, me dicen y me muestran el símbolo de la Guacamaya y resulta que allí hay árboles muy hermosos y justo en esa meditación recordaba yo cuando era un niño que salía a estudiar y se posaban dos Guacamayas en esos árboles, entonces los abuelos me decían esto se llamará Huerta Guacamaya. Y así fue, es hermoso, porque nos trae esos colores, nos trae esos mensajes del cielo que representan la Guacamaya. (Colectivo Coamil Federalismo 2024, párr. 2)

La Huerta Guacamaya ha encauzado principios de comunidad, paz y convención, pero también una relación y un vínculo espiritual con el territorio, una resignificación de los animales y una relación guiada por la meditación y la interpretación de recuerdos, señales, sentires, símbolos y corazones que nos conectan con el lugar de arraigo en la ciudad. Por ejemplo, el espíritu sabio de la Guacamaya como animal de poder nos conecta con su plumaje vivaz y alegre que llena de colores la vida siendo un puente entre el cielo y la tierra, el amarillo, el azul y el rojo simboliza el fuego del sol renaciente, la creatividad, la comunicación entre los humanos, los animales, los ancestros y la sanación del territorio y su gente. De esta forma, tejemos también la memoria con la Guacamaya como ancestral del territorio y de la comunidad que se va recreando, en la que nos vamos moviendo hacia adentro y hacia afuera en acciones en el cuerpo-tierra-territorio, pues reconocemos las cuestiones que nos atraviesan y que venimos sanando personal y colectivamente con el espacio que se habita, la gente y los seres no humanos con los que nos relacionamos.

---

<sup>5</sup> El podcast se puede escuchar en la siguiente página: <https://www.zonadocs.mx/2024/09/19/radio-coamil-la-milpa-nos-hermana-conversacion-con-huerta-guacamaya-de-medellin-colombia/>



Figura 5. Colectiva Pachakutik en una presentación musical de Iniciativas de paz en el Museo Casa de la Memoria

Fuente: Matilde Velázquez Flores (2023)

En este caminar sembrando con la comunidad surge la colectiva Pachakutik a finales del año 2021, un grupo conformado por jóvenes del barrio 20 de Julio y la ciudad de Medellín en la que en un principio participaron Alex Flores, Cristian Idarraga, Laura Daniela Mejía, Eliana Franco, Manuel Coral, Carlos Flores y yo, Julián Londoño, los cuales podemos observar en la foto anterior. También participó Matilde Velázquez, una fotógrafa mexicana que vivió en el sector un tiempo y ha trabajado con nosotros en la huerta haciendo actividades de siembra y de arte, además, ha sido un puente con otros procesos de huerta como el Colectivo Coamil Federalismo.

Sus integrantes han variado en el tiempo, cada uno estando en sus propios ritmos, sin jerarquías fijas y con un trabajo horizontal, afectivo y comprometido. El grupo se ha conformado entre mujeres, hombres y diversidades sexuales, teniendo ritmos de activación donde se trabaja constantemente en procesos con la huerta y la comunidad y otros ritmos más pasivos donde nos dejamos de ver por un tiempo, algunos se van y no vuelven, otros vuelven de repente o llegan personas que renuevan el proceso como Brenda Rubiano, artista y sembradora de vida de la ciudad de Bogotá; Sebastián Quintero, estudiante de ingeniería agronómica de la Universidad Nacional y habitante de la comuna 13; y Manuela, Paula, la abuela Vicky, Simón y Carlos, *hermagos* del grupo *Hijos del Arcoíris*, un espacio surgiente de medicina alternativa y natural que se viene conformando para sanar la vida. Estos seres, en los últimos meses del año 2025 vienen participando con más fuerza en este proceso.

La colectiva nos hermana al son de la tierra, entre conversas, cantos y siembras hemos florecido en el territorio y dispersado semillas que se repliegan hacia otras latitudes. En los cinco años de proceso han salido y entrado personas siendo Álex y yo

los que hemos estado constantes sosteniendo el proyecto, teniendo momentos difíciles de baja participación pues son espacios que se nutren con la fuerza colectiva. Por otro lado, también nos hemos tejido con la gente del barrio que no necesariamente se nombran parte de la colectiva Pachakutik, pero participan de los procesos de huerta y de activación comunitaria. De esta forma, la gente simplemente se junta, aporta sus saberes, fuerza de trabajo y alegría para sembrar y compartir dándole impulso a este proyecto por la vida y lo vivo.

Desde la perspectiva de Cristian Idarraga, un músico, sembrador, diseñador y líder, integrante de la colectiva que nos acompañó desde el año 2021 hasta diciembre del 2024, compartía que la Huerta:

Me parece un proyecto fértil, bonito, porque nos ha permitido compartir primeramente entre nosotros, ha sido un proyecto que inició con la intención de impactar a una comunidad pero a medida que lo vamos caminando nos hemos dado cuenta que la comunidad somos nosotros, los que integramos la colectiva, que las diferentes formas de pensar, que la riqueza que trae cada uno al proyecto lo hace un lugar de aceptación al otro, de compartir, de crecimiento mutuo, colectivo y se van uniendo personas claves, que van enriqueciendo. Vamos a sembrar un domingo y encontramos en la tierra mucha sanidad, mucha palabra, consejo en otro, en el amigo, en el compañero, entonces decimos que se construye paz. Yo creo que cuando uno va y conecta con la tierra y con la siembra, es inevitable que surja paz en nuestras vidas, es conectar con la madre. Es como una terapia bella. Sembrar ahí hace un camino, un camino muy bonito. (Colectivo Coamil Federalismo 2024, párr. 4)

En este proceso con la Colectiva Pachakutik además de sembrar, ha sido potente la relación con la música medicina. Desde el principio Alex, Cristian y Carlos nos contagiaron con la guitarra, el tambor y las maracas cantando canciones a la tierra y a la ancestralidad desde una mezcla de sonidos andinos y afroandinos que se usan en espacios ceremoniales de tomas de medicina ancestral como Yagé, honguitos o círculos de palabra de mambe y ambil. Son cantos con frecuencias elevadas y con letras conscientes en torno a la *Pachamama*, al ser, a la vida desde una mirada espiritual y en conexión con un sentipensar con lo vivo, resignificando relaciones con los animales, ríos y montañas como ancestros. Posteriormente se articuló Manuel con la quena, Eli con la guitarra, Laura con el tambor de temazcal para cantarle a la vida. En ese proceso se han compuesto varias canciones y se han realizado diferentes presentaciones musicales en la Huerta Guacamaya y en otros escenarios de la ciudad. Las canciones despliegan un sentido profundo de conexión con la vida como “Mestizos de Pura Sepa”, “Manifestación”, “Mírame a los ojos”, entre otras. En ese camino se han activado espacios de experimentación y

formación musical como parte de las apuestas pedagógicas que caminamos con la *ecosmunidad*.

## 1.2. Las dinámicas huerteras

En la siguiente imagen doy cuenta de un tiempo de la huerta en su proceso inicial en el primer año donde nos empezábamos a encontrar doña Cristina, Alex, Carlos, Cristian, Miro, Palomo, Jesús, Andrés, Laura, Manuel, Eli, Matilde, Ferney, Salomón, Juan Pablo, Carlitos, Mateo, Jonathan, entre otras personas niñas, niños, jóvenes y adultos que hemos confluído a mover la tierra en este espacio, tejer amistad, compartir palabra dulce y cantarle a la tierra, dándole fuerza a este proyecto de sembrar en *ecosmunidad* sanando con el territorio.



Figura 6. Los inicios de la huerta  
Fuente: Archivo personal (2021)

En su transcurso durante estos 5 años ha llegado muchas más gente, alrededor de la huerta han pasado al menos 200 personas a compartir y sembrar la vida con nosotros, entre ellos doña Virginia y sus talleres de fermentos; Andrés del proyecto Tierraza; Paula, Manuela, la abuela Vicky, Simón del grupo hijos del Arcoíris; Andrés y Camila de Tierra Rebelde; Juan, Pepe y algunos del *parche* de La Matera; Zuad y los jóvenes del derecho a no obedecer; Juan y Dani de Cinestrato; el Mago y Nataly, desde Argentina; Caro os, Teddy, Eli y los seres de danzas de paz y el movimiento vegano de Medellín; Luisa, Jacobo y Maicol del semillero de investigación *Wêt Wêt Fxi`zenxi* – hablemos de los buenos vivires–, entre muchos otros *hermagos* con los que nos encontramos a sembrar, realizar talleres de alimentación, composta, arte y cultura, investigación colectiva, fiestas de maíz y juntanzas huerteras de ciudad.

Pero también desde un principio han estado infinidad de plantas, insectos microorganismos, animales que vamos haciendo cada vez más conscientes como parte del territorio, reconociendo su papel ecosistémico en estos espacios como sus potenciales alimenticios, medicinales, espirituales y simbólicos. En ese sentido en la huerta hay unos grandes árboles nativos como los *carnavalitos* ya que florecen en la época de carnavales. Su nombre científico es *Senna spectabilis*, tienen entre 30 y 50 años y hacen parte de un entorno de bosque que se cierra en la huerta.



Figura 7. Jornada de siembra con agro nivel  
Fuente: Archivo personal (2021)

Uno de los primeros aprendizajes que emergieron, en el año 2022, fue en torno a la dirección de las camas para sembrar. En un inicio las hicimos verticales guiados por los saberes de Miro, si bien tuvimos excelentes resultados con la cantidad de Acelgas que sembramos, cosechamos, compartimos y disfrutamos, nos dimos cuenta que de esta forma se lavaban los nutrientes.

Con los saberes de Jesús, técnico agrícola y Andrés, biólogo y fundador de Tierraza, aprendimos a realizar un agro nivel, tal como se ve en la fotografía. Trazamos todo el espacio según la curvatura natural de la montaña y sembramos más de 400 plantas de maíz. El maíz lo habíamos conseguido con la red de guardianes de semillas que custodia *Espora*. Era maíz velita libre de químicos. El *hermago* Andrés, replicador de semillas, nos compartía auyama, diversidad de frijoles, frutos y otros alimentos. También notamos que otras plantas las sembraban las aves como el ají pajarito, y otras que germinan, al parecer solas, están ahí en la tierra o son movidas por el viento y aprendemos a reconocerlas como la achira, el chusco quemado, la mafafa, el Jasmín de noche, entre otras. En ese sentido, aprendemos a pensarnos con la tierra, sus formas de asociación y la

necesidad de relacionarnos y potenciar el cuidado y liberación de estos espacios desde el diálogo de saberes intergeneracional e *interespecista*.

Al respecto, el antropólogo Eduardo Kohn en *Cómo piensan los bosques* posiciona formas de pensamiento en la antropología que prestan atención a los tipos de vidas que existen más allá de lo humano, y más allá de lo moral, como marco analítico, “que permita que las lógicas de la vida más allá de lo humano trabajen a través de nosotros, es en sí una práctica ética” (2021, 312), reconociendo una ecología de seres y saberes como pensamientos vivientes y salvajes que yacen más allá de lo humano. De esta forma, “abrir nuestro pensamiento de esta manera podría permitirnos realizar un mejor *Nosotros*, un *Nosotros* que pueda “florecer” no solo en nuestras vidas, sino también en la vida de aquellos que vivirán más allá de nosotros” (Kohn 2021, 317). Es así que se posibilitan otras posiciones en pro de comprender el mundo, relacionarnos y pensar los sentidos de liberación que se dan con las plantas, los animales y la gente en la Huerta Guacamaya.



Figura 8. Jornada de siembra en la Huerta Guacamaya  
Fuente: Archivo personal (2023)

En esa línea, uno de los niños que ha estado participando de este proyecto, Juan Pablo, de 12 años aproximadamente, que aparece de espaldas en esta fotografía frente Andrés; al compartir la palabra dulce, tímida y vivaz en una jornada de siembra en el 2022, nos contaba los saberes de algunas plantas medicinales que su abuelo le había compartido en el municipio de Caucasia donde vivía antes de migrar a la ciudad de Medellín, reconociendo usos medicinales y alimenticios que nos enseñaba acerca del tomate y la albahaca.

En este diálogo, Jesús nos compartía su conocimiento sobre la aleopatía, la forma en que las plantas y sus propiedades químicas interactúan entre sí promoviendo un equilibrio y un ecosistema armónico y asociativo que beneficia las plantas y los suelos, equilibran el control y cuidado de plagas, aumenta el nivel de nutrientes, mejora la conservación de humedad, etc. Por ejemplo, algunos insectos que se comen el tomate la albahaca puede repelerlos.

Estos saberes se siguen complementando en el diálogo con sabidurías populares, mestizas y ancestrales que se comparten en mingas *huerteras*, articulación con otros procesos sociales y ambientales, círculos de palabra en la Universidad de Antioquia y la ciudad, en salidas de campo a comunidades indígenas en la región y el país, y el compartir de medicinas ancestrales con algunos taitas, Jaibanás o médicos botánicos Êbêra (también escrito Embera), Nasas, Murui-muina, kichwas, Senú, entre otros; y que nos ayudan a comprender la dimensión espiritual de las plantas y las propiedades medicinales que tienen, por ejemplo, la albahaca.

Esta es una planta sagrada que venimos contemplando en la Huerta. Sus saberes medicinales son de amplia difusión y comúnmente es usada para prevenir o curar malestares gástricos como dolor de estómago. Su conocimiento recae en ser dulce y ayudar a limpiar las energías del cuerpo, atrae buenos espíritus y refresca el ser. En términos humanos, su uso se da en la preparación de alimentos, realización de bebidas calientes y frías, y baños para la armonización del cuerpo, la mente y el espíritu. En ese sentido, se convierte en una planta sagrada ya que nos ayuda a conectarnos y armonizar con nuestra espiritualidad, sanar malestares físicos del cuerpo y alegrar las comidas con sus sabores y olores. Por otro lado, la siembra alelopática nos enseña que la albahaca protege los sembrados de tomate o maíz contribuyendo a no usar pesticidas o agroquímicos que matan la diversidad de insectos, mariposas, abejas, etc., que coexisten en la huerta.

Cabe resaltar que la semilla de albahaca que reproducimos en la huerta se conecta con una albahaca florecida de la mamita Miriam, en la vereda Cristóbal del municipio de Liborina, Antioquia, una mujer campesina con la que intercambiamos y resguardamos algunas semillas libres que sembramos. Si bien la albahaca es de proveniencia asiática y se insertó al Abya Yala en el siglo XVII por cuenta de los europeos, se ha integrado a la cultura campesina y a la siembra popular siendo muy conocida y usada en la cotidianidad como medicina alternativa y condimento en el hogar.

De esta forma, aprendemos a sembrar para el tejido ecosistémico que interactúa en esta huerta, dimensionamos la conciencia de cuidado de relaciones *ecosmunitarias* que contribuyen a la agricultura sintrópica (Gietzen 2016) como praxis de recuperación de los bosques y siembra de cultivos alimenticios asociativos, como forma de agroforesta que nos invita a proteger y diversificar los suelos y las formas de vida de millones de microorganismos y organismos que allí cohabitan.

Lo que vamos aprendiendo de las plantas también se expande en el diálogo con el territorio, pues nos permite comprender procesos de armonización para sanar las heridas que cargamos por el contexto violento en el que hemos crecido, encontrando un sentido espiritual y político en la siembra que se da en la Huerta Guacamaya dimensionando la paz propia, colectiva e interespecie.

En ese sentido, en las zonas periféricas de la ciudad nos vamos agrupando diversidad de seres, unos que han migrado del campo, otros, hijos de los que han migrado tiempo antes, con los que construimos tejidos comunitarios en relación con los espacios que compartimos en el barrio generando procesos de apropiación y disputa del territorio contra los actores armados y las lógicas administrativas de la ciudad que van en contravía de la relación con la tierra, los animales, las plantas y los alimentos pues se prioriza el capital sobre la vida enrumbando el mundo a la extinción.

En esa medida, se generan conexiones entre trozos y trazos de la *interancestralidad* popular urbana que recubre a los mestizos en pro de liberar el ser de las lógicas de blanqueamiento, entendiendo estas desde Bolívar Echeverría como efecto de “un “racismo” que exige la presencia de una *blanquitud* de orden ético o civilizatorio como condición de la humanidad moderna” (2010, 58).

Es así que este propósito de la tesis se integra a uno de los sentidos principales con el que se gesta la colectiva Pachakutik (Pachatrece)<sup>6</sup> y la Huerta Guacamaya, en la que nos conectamos con la sabiduría de *volver al futuro* como una forma de reencontrarnos con nuestras raíces borradas de la diversidad de lo que somos como producto de la historia de nuestro territorio, en este nuevo tiempo de transformación en el que nos hermanamos con los pueblos y los seres de la *Sagrada Tierra* con los que cohabitamos el mundo de los Andes y sus sabidurías como las encontradas en *Pachakutik* (escrito también pachacuti, Pachakutik o de otras formas) como palabra Kichwa (también

---

<sup>6</sup> Esta es la forma en que nos nombramos entre nosotros para hacer referencia a nuestro lugar de enunciación en la comuna 13 y es el nombre que se usa en redes sociales como Instagram.

escrito quichua o quechua) que connota un cataclismo o un cambio de orden relacional y ontológico en el sistema mundo. Con Arturo Escobar, en su obra *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, se asume la ontología en una dimensión relacional y política entendiendo “el hecho de que todo conjunto de prácticas enactúa un mundo, aún en los campos de la ciencia y la tecnología; los cuales se presuponen neutrales y libres de valores, además de universales” (2014, 13).

Por lo tanto, desde la Colectiva Pachakutik nos pensamos el mundo posicionando lecturas, sentires y acciones mancomunadas que se articulan con una transformación no solo hacía afuera sino hacia adentro, así como nos sugiere Graciela Mazorco Irueta (2010, 238) un *autopachakutik* como un cambio subjetivo, familiar y colectivo transformando la “energía-materia para volverse, en sí mismos, un paradigma no etnocéntrico ni antropocéntrico para otros seres humanos, en la propia o en otras sociedades y culturas” en diálogo con lo viviente diferente a la especie humana.

De esta forma, la Colectiva Pachakutik (2025b) se enuncia como “Pacha, tiempo; kutik, volver, dar una vuelta en la espiral. Nos reconocemos en nuestros orígenes ancestrales, avanzamos no en linealidad sino en una elíptica, volvemos a nuestro ser integral a saber vivir la vida como seres y en comunidad, viviendo en equilibrio” con el *cosmoverso*.

En efecto, nos tejemos en la Huerta Guacamaya como un espacio que se piensa la convivencia y la paz en un territorio marcado por la imposición de la violencia política y el diseño neoliberal; la defensa y el cuidado de semillas, la soberanía alimentaria, la reconexión con nuestras raíces interculturales diversas de los pueblos no blancos, resignificando la memoria borrada de la gente mestiza oprimida que ha sufrido profundas heridas físicas y/o psicológicas en la configuración del sistema mundo moderno/colonial como “consecuencia del *racismo*, el discurso hegemónico que pone en cuestión la humanidad de todos los que no pertenecen al mismo *locus* de enunciación” (Mignolo 2007, 34). En consecuencia, se corazona con la urgencia de sanar-haciendo tejidos vivos y reflexivos con los mundos que nos habitan a partir de procesos pedagógicos, sentipensares críticos, creativos, afectivos y eficaces que posibilitan forjar procesos comunitarios barriales, la defensa y la recuperación de la relación cuerpo-territorio y cuerpo-tierra desde una mirada otra de la memoria histórica, y posicionar lecturas de temas socioambientales que nos atraviesan en la ciudad en tiempos de crisis climática y civilizatoria.

## 2. Aterrizando con las nubes

El sol estremece el día con gran calor en una tarde de julio de 2025. Me recuesto en la hamaca y contemplo el paisaje de ciudad construido entre montañas que se pinta en la comuna 13, en Medellín.

Desde la Casa en el Cielo, el lugar que habito y que se dispone como espacio de encuentro y construcción de la colectiva Pachakutik y la Huerta Guacamaya, aprecio la *Escombrera*, un espacio marcado por la desaparición forzada paramilitar desde finales de los años 90 e inicios de los 2000, y debajo los barrios el Salado y 20 de Julio. Sentipienso en la memoria que atraviesa este territorio y las gentes que han llegado a asentarse en este lugar ubicado en la cuenca occidental de la ciudad de Medellín en el proceso de configuración de la sociedad moderna/colonial, en una dinámica cambiante y que se sigue transformando en el tiempo pero que ha estado marcada por unos patrones de poder violentos y dominantes que se siguen imponiendo en la modelación de las subjetividades y las estructuras sociales en un sistema de orden y control que prioriza el capital y el mercado sobre la vida, sobre una base de desigualdades sociales, de clase, género, especie, étnico-racial, reproduciendo un patrón de poder que organiza el mundo para explotarlo, sometiendo los pueblos y la Sagrada Tierra como base económica de la organización de las estructuras políticas, culturales e ideológicas del sistema neoliberal que condiciona las interrelaciones sociales.

Desde la colectiva Pachakutik se generan procesos de re-existencia contra estas formas del orden impuesto a través de la Huerta Guacamaya que permiten concebir la relación comunitaria desde una posición donde se expresa el cuerpo-tierra-territorio como conciencia de liberación de las estructuras de dominación que nos atraviesan como mestizos de ciudad, si bien esta concepción se retoma desde los feminismos comunitarios decoloniales en Abya Yala, se reconoce que las estructuras de dominación sobre los cuerpos estaban presentes antes de la invasión europea siendo las mujeres víctimas de una violencia patriarcal desde donde se organizan los territorios y se explota la tierra. Como hijo de una madre y crítico de las relaciones que se tejen en la tierra como territorio histórico del que soy parte, reconozco la necesidad de liberar el cuerpo como territorio político de disputa y deconstrucción del patriarcado ancestral y colonial moderno, tal como nos recuerda Lorena Cabnal posicionando la defensa de la tierra y el territorio donde he crecido “fortaleciendo el sentido de afirmación de su existencia de ser y estar en el mundo” (2010, 22).

En el territorio cordillerano del Valle de Aburrá se construye la ciudad de Medellín que va configurando de otra forma la montaña, el ambiente, los espacios y los relacionamientos ante las necesidades que surgen al vivir juntos, más en barrios populares y periféricos. De acuerdo con Erika Ramírez y Tania Gómez (2011, 331) en la ciudad de Medellín se da un proceso de crecimiento acelerado producto de los procesos de industrialización y la violencia generalizada, “los habitantes que llegaron a la gran ciudad, desplazados de sus lugares de origen por la violencia o tras el “sueño ciudadano”, conforman la periferia urbana y tratan de establecer allí una conciliación entre el mundo rural y el mundo urbano” en contextos atravesados por la exclusión social, política y económica; la violencia política, estructural y social, y la construcción de barrios informales en un inicio.

La gente que ha llegado a este Valle de Aburrá se ha ido mezclando en un proceso intercultural encontrándose mundos diversos de los pueblos de esta parte de la Cordillera de los Andes, africanos y europeos que se han ido *transculturalizando* (Ortiz 1987) tras la invasión, conquista y colonización por parte de las colonias euro-cristianas de estos territorios y sus pueblos, y la trata esclavista por más de tres siglos, configurando un capitalismo racial como fundamento de la división social de clases. De esta forma, así como señala Manuel Zapata Olivella (1989) en *Las claves mágicas de América*, se reconoce que las identidades culturales se han configurado sobre una compleja articulación de raza, clase y culturas marcada por la resistencia de los pueblos indígenas, afrodescendientes y posteriormente los campesinos, frente a la violencia colonial, el genocidio-etnocidio, la esclavitud, el racismo y la imposición de una cultura europea, desde la capacidad de resignificar el sufrimiento histórico en clave de re-existencia, creación cultural y transformación social.

De este proceso violento de sometimiento y civilización se reconfigurará la identidad asociada al campo, que retomada desde Europa se imbricará en el habitante rural que ha tratado de ser categorizado homogéneamente como campesino/a, el cual ha sido un mestizo empobrecido, cristianizado y humilde al que le han distorsionado, lo han separado y le han tratado de borrar el legado de sus antepasados no europeos, que fueron eliminados, explotados y sometidos. Pues el campesino como producto del mestizaje carga herencias que se han diversificado cada vez más, generación tras generación, reproduciendo con ello patrones patriarcales ancestrales y coloniales.

Esto se va a ir configurando en la ruralidad a partir de estructuras de explotación, esclavización y generación de riquezas administradas por gamonales, a través de la

organización de las poblaciones en torno al trabajo en la mita, las haciendas y las minas en las que se va imponiendo el proceso de evangelización y civilización occidental.

No obstante, aunque se ha instaurado un proceso largo de borramiento de esas memorias ancestrales aún perviven saberes y prácticas que la gente reproduce cotidianamente en su condición de campesino o urbanita como *huellas de pervivencia*.

Por ejemplo, Hernán Yepes, un hijo de campesina y campesino del Valle de Aburrá que nació y creció en el territorio donde está hoy el barrio 20 de julio, en una conversa al preguntarle por su pertenencia étnica me dice: “yo creo que también soy indígena, si estas tierras siempre han sido de indígenas y ellos estuvieron por aquí” (2025, entrevista personal). Aunque él nació siendo “campesino” en los años 50 en las mangas de estas cuencas del occidente del Valle de Aburrá, tras el proceso de invasión y urbanización en la época de los setenta se fue configurando un barrio en este territorio, convirtiéndolo a él en mestizo de ciudad junto con un gentío que llegaba del campo.

Este reconocimiento es una base importante para retejer nuestras raíces, disputar la identidad, superar el conflicto y sanar las heridas que nos deja la cara a oculta de la modernidad/colonialidad en los procesos complejos de la urbanidad. Por otro lado, aparece una reflexión sobre la territorialidad respecto a los sectores populares de los barrios de ladera que también se han ido formando en zonas que antes eran rurales. En esa lógica, la ciudad va transformando el territorio, pero el territorio transformado se sigue sostenido sobre la montaña y sobre bases culturales y étnico- raciales diversas oprimidas, que guarda una relación directa con el ecosistema biodiverso de fauna y flora que lo circunda o habita a su interior. En el caso de Medellín esta relación se ha basado en el desplazamiento, desconocimiento, desconexión, sometimiento e instrumentalización de los bienes comunes, los animales y la tierra debido al modelo de ciudad que se impone como artificio de la modernidad y del sistema económico capitalista (Ramírez y Gómez 2011). Siendo un tema que ha tomado relevancia debido a la crisis climática, haciendo que sea un elemento fundamental a la hora de pensar la ciudad y su relación con el ecosistema biodiverso de ríos, flora y fauna que ha desplazado y sometido.

Acá radica un sentido del mundo propio de lo que somos hoy como sociedad mestiza producto de este proceso en el que se ha impuesto una cosmovisión del mundo occidental, en la que perviven y re-existen legados de los pueblos indígenas y afrodescendientes que se han *intertransculturalizado* como sectores campesinos, populares y obreros, constituyéndonos culturalmente en los barrios de ladera y generando una disputa por la ciudad, entendida esta como “construcciones humanas cargadas de

representaciones, símbolos, ideologías” (Ramírez y Gómez 2011, 335) que recrean un hábitat desde una necesidad y un derecho al techo digno para vivir que escapa a los intereses y el diseño de la urbe como centros de concentración de capital, fuerza de trabajo étnico-racial, circulación de mercancías y poder político para administrar la región rural y urbana. Aunque hay contradicciones en las laderas se va configurando otra territorialidad en disputa marcada por las formas de lucha por el derecho a la vida digna de los pueblos oprimidos despojados y desplazados del campo a la ciudad.

Desde la Colectiva Pachakutik esto es importante y se plantea inicialmente como el lugar de enunciación y una apuesta desde un giro decolonial por deconstruir el ser y tejernos con nuestras raíces, saberes, prácticas, relaciones y luchas negadas, oprimidas y dominadas liberando la dimensión comprensiva de los mundos que nos habitan en la ciudad como parte de nuestra *interancestralidad* popular urbana como una memoria de re-existencia y reivindicación de saberes negados de los pueblos diversos, complejos y en contradicción que recubren al mestizo, posibilitando transitar caminos propios hacia otros mundos posibles en el mañana que amanece hoy en medio de esta larga noche del sistema mundo capitalista moderno colonial.

### **3. La larga noche del capitaloceno**

Actualmente estamos viviendo una crisis socio-ambiental profunda a nivel global sobre la Sagrada Tierra debido a un proceso basado en lo que autores como Jason Moore han nombrado como el Capitaloceno, un cambio de era que se da a partir de 1450 y que trasciende los postulados que señalan la crisis ambiental desde el Antropoceno y el desarrollo industrial del capitalismo, según el autor

“el “nuevo” imperialismo de la Edad Moderna resultaba imposible sin una nueva forma de ver y ordenar la realidad. Solo se puede conquistar el globo si este se puede ver. Aquí las formas tempranas de naturaleza externa, espacio abstracto y tiempo abstracto permitieron a los capitalistas y a los imperios construir redes globales de explotación y apropiación, cálculo y crédito, propiedad y ganancia a una escala sin precedentes”. (Moore 2020,223)

Articulando esta lectura con los postulados de la perspectiva decolonial, reconozco las raíces de esta crisis a partir de 1492 con la invención de América y el encubrimiento y dominación de los otros seres humanos que habitaban estos territorios nombrados como indios salvajes y reconocidos actualmente como indígenas, los procesos de esclavización de africanos que fueron traídos a este continente sometiendo su fuerza de trabajo al modelo de saqueo, explotación y privatización de la tierra, los bienes

comunes y los animales para la producción de mercancías y la acumulación de capital por parte de los europeos, configurando una racionalidad moderna marcada por dualismos como la separación entre naturaleza y cultura, lo avanzado y lo atrasado, lo objetivo y lo subjetivo, razón y emoción, entre otros. Reproduciendo un androantropocentrismo eurocéntrico patriarcal y colonial como base de la modernidad (Puleo 2022) que se encuentra en la formación de las repúblicas y los Estados-nación.

Esta cara colonial encubierta de la modernidad es lo que Aníbal Quijano y otros van a nombrar la matriz colonial del poder, del saber, del ser y de la naturaleza. De esta forma, “Con la conquista de las sociedades y las culturas que habitaban lo que hoy es nombrado como América Latina, comenzó la formación de un orden mundial que culmina, 500 años después, en un poder global que articula todo el planeta” (Quijano 1992, 11).

En este proceso, la gente explotada y dominada de Abya Yala y África ha sido la principal víctima, pero detrás de ellos, los estragos y los efectos sobre las otras especies animales, ríos, bosques, mares, montañas son devastadores.

En ese sentido, se parte por reconocer un carácter colonial y racial vigente en las raíces históricas del Capitaloceno como fenómeno socio-ambiental que da cuenta de la crisis civilizatoria que vivimos en nuestro tiempo.

Por lo tanto, retomando a Arturo Escobar (2014) se dimensiona un sentido por reconocernos desde una ontología política Otra a la impuesta desde occidente, entendida esta como la posibilidad de ver otros mundos, otra perspectiva de la realidad y de la vida que se ha encubierto en la cara oculta de la modernidad como dirá Enrique Dussel (1994) y que permite tejernos con otros mundos que perviven y emergen como posibilidades de pensarnos distinto con la vida y lo vivo, ante la devastación que ha traído el capitaloceno.

#### **4. Decolonizando la memoria del territorio: pueblos que siembran y viven de otra forma con la tierra**

Desde una ontología política y relacional, como propone Escobar (2014), se teje un sentido de liberación ética y epistémica como posicionamiento crítico de otras formas de pensar las relaciones que nos tejen en un territorio localizado en el barrio, donde se generan movimientos desde los cuerpos y espacios oprimidos que nos conectan con otros horizontes de mundos que contenemos, reconociendo la memoria de un territorio y su gente en el Valle de Aburrá.

#### 4.1. Los mundos que contenemos

Reconocer nuestra historia es tejer en espiral con la memoria del territorio, pues somos un mestizaje blanqueado al que le han borrado sus relaciones con otros mundos que contenemos fruto de un proceso histórico que nos constituye como re-existencias ante el mundo impuesto por las colonias españolas y diseñado en la república capitalista, patriarcal y racista, que nos contiene.

Por tanto, se abre un horizonte político y espiritual contra una especie de *memoricidio* del que hemos sido víctimas tras un mecanismo de dominación basado en el *borramiento radical de la otredad* como forma de exterminio físico y cultural de un pueblo y su memoria. No obstante, existen *huellas de pervivencia* que conectan, permiten redescubrir y tejer un horizonte de sentido *ecosunitario* que se dimensiona en conexión con la tierra con la que nos relacionamos en un margen, una trifrontera, una trinchera deslocalizada de la ciudad entre árboles, insectos y aves en la que surge la Huerta Guacamaya. La cual, está rodeada por muros y rejas cercados con electricidad que marcan límites entre barrios que dividen clases sociales altas o medias de las gentes empobrecidas de la ladera.

En efecto, se hace un esfuerzo por tejer la memoria del territorio con estudios históricos y socioculturales del Valle de Aburrá como referente común que permite reconocer el territorio como un espacio connotado de memorias que nos anteceden y que contenemos en el espacio compartido, donde reconocemos que soy porque somos como nos recuerda la sabiduría del *Ubuntu* y el *Muntu* del pueblo Bantú en África. “El *Ubuntu* desarrolla principios de hermanamiento con las otras personas, más allá de las identidades monógamas [...] Propicia identificaciones para construir y crear juntas; en donde el bienestar de la una, depende del bienestar de todas y viceversa” (Mena y Meneses 2019, 51), propiciando relacionamientos horizontales, solidarios y cooperativos. Un poco como nos enseña la asociación de plantas en relaciones alelopáticas de complemento y cooperación en los cultivos como la *milpa*, al respecto nos compartía Cristian Idarraga, líder de la Huerta Guacamaya: “nosotros en la huerta aprendimos un saber ancestral que es la milpa: [la] asociación que hacían nuestros abuelos nativos de tres plantas principalmente que eran el maíz, la calabaza, que aquí la conocemos como la auyama, y el frijol” (Colectivo Coamil Federalismo 2024, párr. 8), lo cual, nos permite expandir el horizonte para sentipensar con lo vivo.

En esa medida, se articula la sabiduría del *Muntu* como una “concepción totalizadora. Es la visión integral del universo proveniente de varias culturas africanas

(especialmente bantú), que incluye los seres naturales, astrales y divinos compenetrados en el río que fluye uniendo pasado, presente y futuro” (Sandoval 2016, 337), que complementa una posición diferente con los otros humanos y no humanos, desde una dimensión espiritual y cósmica que también es política, pues rompe la concepción moderna del mundo, comprendiendo de forma Otra los sentidos de la vida y lo vivo.

De esta forma, reconocer los saberes, prácticas y relaciones que no se han tejido dignamente como parte de nuestra memoria histórica profunda es hacer un esfuerzo por comprender la herida que nos reviste, es una forma de sembrar la vida en el territorio sanando-haciendo. Pues sembrar es conectarnos con esas memorias de la tierra, de los seres que las habitan y los cuerpos que las han caminado, que han dejado huellas de su historia tanto en objetos arqueológicos como en los relacionamientos interculturales, usurpados y negados que perviven en nuestra cotidianidad en forma de saberes, prácticas y creencias o en elementos concretos y sagrados como las semillas y los alimentos.

#### **4.2. Reconociendo el tejido histórico de las memorias de un territorio y su gente**

Antes de 1492 el Valle de Aburrá era habitado por otras gentes. Desde esos tiempos el maíz, como se aprecia en la imagen, ya era el alimento de los pueblos de estas tierras, por lo tanto, se reconoce y honra su historia y pervivencia como memoria viva de estos territorios y sus gentes. Por otro lado, el Valle de Aburrá fue el nombre con el que los colonizadores empezaron a identificar a un grupo de “indígenas”<sup>7</sup> que habitaban este territorio, lo cuales, según los cronistas, llamaban Aburrá al río que hoy nombramos Medellín, el cual hace millones de años surgió entre los brazos de la cordillera central de los Andes.

---

<sup>7</sup> Algunas palabras que están entre comillas es porque las pongo en sospecha por lo que encubren.



Figura 9. Maíz de colores cosechado en la Huerta Guacamaya  
Fuente: Archivo personal (2023)

Según investigaciones arqueológicas “se ha logrado evidenciar un poblamiento que se remonta a más de diez mil años antes del presente” (Botero 2021, 18) desde la confluencia del río Grande que recoge al Aburrá, a lo largo del Cañón que confluye en el río Porce. Según la arqueología, desde hace diez mil años empezaron incursiones de grupos humanos desde el río Magdalena hasta llegar al Valle de Aburrá. Siete mil años después esta red de ríos habitada por distintas gentes, amigas o enemigas, conformaban “una intrincada red de caminos [que] alcanzaba montañas y valles en todas direcciones que, como manos y pies, comunicaban con facilidad los tres grandes ríos y las gentes asentadas en sus cuencas” (Botero 2021, 21). Esta memoria del territorio nos revela una parte de nuestra historia profunda como habitantes del Valle de Aburrá que ha quedado encubierta en los relatos oficiales modernos de la nación.

#### **4.2.1. Valle de Aburrá: una forma Otra de pensar con la tierra y con lo vivo**

Tras la llegada de los españoles, como el mariscal Jorge Robledo, se empezó a instaurar una sociedad basada en el exterminio y dominación del Otro considerado “salvaje”, según la crónica escrita por Pedro Cieza de León en 1541, cuenta que “cuando entramos en el Valle de Aburrá fue tanto el aborrecimiento que nos tomaron los naturales del que ellos y sus mujeres se ahorcaban con sus cabellos o de los maures de los árboles y aullando con gemidos lastimeros dejaban allí sus cuerpos” (citado en Botero 2021, 25). Entre los primeros 50 años de la empresa colonial, los efectos en el Valle de Aburrá arremetían en una lógica de exterminio de las comunidades que aquí vivían y que por

aquí pasaban, el suicidio era una de las formas de escapar antes de someterse a dicha empresa para algunos, cuando las condiciones de una vida son allanadas por la violencia, dolor, sufrimiento y no se encuentran caminos para re-existir.

Otra crónica que da cuenta de este exterminio es la del visitador Francisco de Herrera y Campuzano que cuenta como en el Valle de Aburrá se mandó a reducir la gente Aburrá por ser vecinos de gentes guerreras como los “cuacuces y urabaes” con quién se comunicaban, “pero también por tener tierras fértiles y abundantes con aguas dulces y minas de sal [...] los sacaron de sus tierras y asientos antiguos, cambiando el uso del suelo para el ganado vacuno y porcunos de la gobernación de Popayán y para su sustento y proveimiento de las ciudades de Remedios, Zaragoza y Guamocó” (citado en Botero 2021, 25). Y así sostener la explotación de las minas de oro que se siguen saqueando hasta hoy en detrimento de las poblaciones, los ríos, las montañas, los animales, en fin, el ecosistema biodiverso:

Los nuevos sistemas productivos determinados por la propiedad privada sobre la tierra y por la circulación de mercancías proveniente de mercados externos, llevó al abandono de algunos productos y a la introducción de otros. Resulta evidente que el mantenimiento y la explotación extensiva de vacas, cerdos, caballos y mulas cambió en forma radical el uso y la calidad del suelo, al igual que el uso y la oferta de los productos nativos. (Botero 2021, 26)

De esta forma, se reconoce que en la base de la fundación previo a la ciudad de Medellín reposa un etnocidio contra las gentes denominadas Aburráes por los invasores, borrando sus prácticas y conocimientos, y usurpando el territorio, cuerpos de mujeres, hombres, niños, además de semillas, saberes y bienes comunes. En ese proceso inicia la dominación de la gente de estos valles y montañas por parte de los españoles, se modifica el uso del suelo, se instaura la explotación de la tierra y los animales, se da la expansión de la frontera agrícola, la devastación de bosques, selvas y ríos, trayendo de por sí la alteración de los ecosistemas de flora y fauna y la destrucción de la biodiversidad. En efecto, se confabula una explotación animal y ecológica dentro del sistema de dominación (Ponce, 2020) colonial que somete al mismo tiempo los pueblos de estas tierras y del continente africano, configurando la era del capitaloceno.

En el Valle de Aburrá, según las crónicas de Sardela, citado en Botero (2021, 159) “nunca pudo hallar poblado, sino fueron ciertos bohíos como a manera de ventas; e estaba aquí un bohío e a dos leguas otro, e en cada uno había sembrado su comida de maíz e halló muy grandes acequias de agua hechas a mano”.

Las tierras eran muy fértiles, la gente se conectaba entre caminos de piedra muy elaborados que dan cuenta de la organización social, la movilización por los territorios y el intercambio de objetos, minerales, plantas, semillas y alimentos por medio del trueque. Este territorio ancestral de las gentes Aburráes:

Con sus tierras agrícolas, “bermejales”, “terraplanes”, salados, pozos de agua, “zanjones”, caminos, etc., debió ejercer una particular atracción a los pobladores del siglo XVII [...] los asentamientos aburráes se fueron disipando en la memoria de la sociedad mestiza, hasta quedar hoy reducidos a espacios urbanizables o quizás, inventarios de materia prima para la industria ladrillera. (Vélez 1999, 239)

Los antepasados de estas tierras tenían otros saberes, comprensión y prácticas en relación a la vida y lo vivo. Por ejemplo, retomando a Philippe Descola en *Más allá de naturaleza y cultura* (2012), en los estudios realizados en la Amazonía entre Ecuador y Perú se reconoce que:

La mayoría de las plantas y los animales poseen un alma (wakan) similar a la de los humanos, una facultad que los incluye entre las “personas” (aents) en cuanto los dota de conciencia reflexiva e intencionalidad, los hace capaces de experimentar emociones y les permite intercambiar mensajes tanto con sus pares como con los miembros de otras especies, entre ellas, los hombres. (Descola 2012, 27)

Por lo tanto, se comprende que la interacción entre las comunidades y su entorno marca ontologías distintas a la impuesta por occidente, reconociendo precedentes de otras formas de socialización que trasciende el artificio dualista que se le ha cargado al sentido que divide naturaleza y cultura que trata de imponerse como universal y que legitima la explotación y la dominación de la Sagrada Tierra, los animales y los pueblos subalternizados. Por lo tanto, superar el antropocentrismo en los estudios de la cultura implica “metamorfosearse y repensar su campo y sus herramientas para incluir en su objeto mucho más que el *anthropos*, toda esa colectividad de existencia ligada a él y relegada hoy a una función de entorno” (Descola 2012, 21).

Es así, como a partir de las sabidurías negadas de los pueblos oprimidos se abren potencialidades para repensar el horizonte de futuro. En consecuencia, se comprende que las plantas, los animales y humanos como parte de la Sagrada Tierra no son objetos por socializar sino que se constituyen como sujetos de una relación social, una prolongación de la familia, la cultura y el pueblo que se conecta como un ecosistema totalizante en la biodiversidad de formas y frecuencias donde se articulan las manifestaciones de la vida con las que *ecoexistimos* con tierra y el cosmos como especie *ecoshumana*, no solamente humana, recreando la *ecosmunidad*.

De esta forma, se recoge una memoria profunda del territorio comprendiendo como se fue transformando inicialmente, pero resignificando una forma otra de pensar con la tierra y con lo vivo como memoria *interancestral* del mestizo de ciudad y del campo.

### 5. Una historia más reciente que nos antecede

Sentipensando el barrio donde vivo se percibe como se marcan las fronteras entre el campo y la ciudad, a través de lucecitas que titilan alumbrando trozos de montaña haciendo figuras extrañas que contrastan con la oscuridad de la noche. Con los años la frontera de la ciudad se ha ido extendiendo hacia los altos-medios de las laderas de la cordillera, la gente racializada y empobrecida en sus procesos de migración por violencia política y/o estructural salen de sus territorios en busca de oportunidades cerca de la urbe, encontrado en este sector un refugio para echar raíces otra vez y vivir allí después del despojo acaecido. Lo que antes era verde montaña ahora es color ladrillo y gris cemento, sin embargo, la relación con la tierra no se pierde, se sostiene y se repliega,<sup>8</sup> así como se puede apreciar en la foto.



Figura 10. Maíz florecido en la Huerta Guacamaya,  
Fuente: Matilde Velázquez Flores (2023)

Yendo más atrás de la percepción del presente vivenciado se da cuenta que la Comuna 13 antes era zona rural de la ciudad y había espacios donde residieron afrocolombianos que se escapaban de los gamonales. También llegaron campesinos e indígenas configurando esa Medellín obrera, racializada y empobrecida en expansión de

---

<sup>8</sup> También entre el cemento, el grafiti ha estado presente desde hace varios años como una forma de re-existencia y resignificación de la memoria del territorio, o también, más recientemente, como un instrumento embellecedor del paisaje urbano para atraer turistas.

gentes diversas que se van mezclando desde sus cuerpos, saberes, prácticas y creencias configurando nuevas territorialidades.

Comprendiendo un poco de su historia, a principios del siglo XIX la comuna 13 era una colección de enormes lotes baldíos atravesados por quebradas cristalinas. En el siglo XIX el sector se conocía como La Granja y en 1869 pasó a llamarse corregimiento de La América. Lo que hoy es San Javier entonces era una vereda al igual que La Puerta y El Corazón. Según los registros, décadas después el sector era promocionado como zona de recreo. Luego, en 1938, la legislación local empezó a tratar de urbanizar el sector. Hoy la 13 es una muestra del poder de la transformación social y urbana y, a la vez, conserva territorios y prácticas que evidencian su origen rural campesino-colonial y ancestral de matriz indígena y afroandina.<sup>9</sup>

Los barrios se fueron formando poco a poco con la llegada de la gente, el loteo de terrenos y la invasión de baldíos. Las familias fueron construyendo ranchos de tabla y plástico o casas de bareque y ladrillo, muchos con solar y antejardín para la siembra de alimentos de pancoger. Posteriormente con el crecimiento de las familias o la venta de lotes, estos espacios de siembra serán desplazados para la construcción de casas y callecitas.

Por otro lado, la donación de terrenos para la construcción de iglesias o capillas, la construcción de escuelas, el trabajo del convite y la gestión de los líderes comunitarios fueron conformando los barrios de invasión de ladera. Aunque algunos barrios han sido diseñados como proyectos de vivienda, por ejemplo, la zona central de San Javier;<sup>10</sup> otros se han dado de forma “pirata”.

Dentro del territorio específico de esta investigación, el barrio 20 de Julio se constituyó en 1953 como una urbanización pirata y sus alrededores fueron zonas de

---

<sup>9</sup> Por ejemplo, en la Loma, en límites con el corregimiento de San Cristóbal, “los cerdos y los pollitos son el pan de cada día. Hay cultivos de pan-coger con cebollas, tomates, ajíes, lechugas y otras hortalizas que vecinos canjean entre ellos y a veces venden [...] En el último año algunos líderes sociales –entre ellos jóvenes artistas y raperos con sus madres, tías y abuelas- han estado promoviendo la siembra comunal”. (Vásquez 2015, 282). Por otro lado, de los primeros barrios de esta comuna se reconoce El Salado. “Su origen data del siglo xix, cuando el departamento estaba en plena expansión. Un camino de arriería cruzaba la zona hacia Santa Fe de Antioquia, y se dice que los esclavos que huían de sus gamonales en el Occidente antioqueño se asentaban en esta tierra de vientos frescos y claros riachuelos” (Vásquez 2015, 282).

<sup>10</sup> En 1946 se proyectó por parte de “la Cooperativa de Vivienda [que] compró los terrenos de la finca de Pepe Ángel y trazó sobre ellos el proyecto del barrio San Javier” (Alcaldía de Medellín 2015, citado en Vásquez 2015, 276), solicitando la curia de la erección de la iglesia Nuestra Señora del Carmen.

invasión como las Independencias I, II y III, el Plan del Che, la Colina y el Hueco, barrios que fue haciendo la misma gente.<sup>11</sup>

El Plan del Che antes se conocía como Hoyo Rico según Hernán Yepes (2025, entrevista personal), vecino del barrio. Tras el poblamiento del territorio, en los años 90 y 2000 se da la toma de la comuna 13 por parte de las milicias y las guerrillas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército del Pueblo (FARC-EP) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), tomando este sector el nombre actual debido a un mural del Che Guevara pintado en una esquina donde empieza la planicie. En este lugar tejemos procesos en la Casa en el Cielo, un espacio para el encuentro, la planeación, el compartir y el tejido *ecosmunitario* en torno a la Huerta Guacamaya.

El Plan del Che se conecta con la zona de la Colina y más abajo El Hueco, ahí está la Huerta Guacamaya en un espacio baldío en la frontera de tres barrios y una calle que comunica dos de ellos. Al occidente limita con Calle Nueva, que canaliza la quebrada *Agua dulce* que nace en este sector; al norte, está el barrio 20 de Julio; al sur, Villa Laura; y al oriente, Santa Mónica, donde se encuentra un convento de monjas y una unidad residencial que marcan su límite con mallas eléctricas y altos muros entre los barrios empobrecidos y acomodados, connotando lógicas de desigualdad y exclusión en la ciudad.

Entre las fronteras de los barrios quedan espacios vacíos, al margen, ocupados generalmente para la construcción de viviendas o, en otros casos, como espacios comunitarios como lo es la Huerta Guacamaya, lugares que se visibilizan para su liberación, defensa, aprovechamiento y conservación ante los procesos de urbanización que desplazan la flora y la fauna. Así se puede apreciar en el siguiente mapa:

---

<sup>11</sup> Juan Nepomuceno Arroyave compró los terrenos de Eduardo Sierra en el lugar conocido como El Salado de Correa, sobre la ladera occidental de la ciudad, por las minas de sal que se habían explotado en esa zona. “Cheno” Arroyave inició la venta de lotes y trazó las calles de una urbanización pirata que luego se llamaría barrio 20 de Julio. (Alcaldía de Medellín 2015, 276). En 1963 se da la construcción del barrio Santa Mónica en terrenos baldíos del sector La América, para los trabajadores de Suramericana, Pilsen, Tejicondor y Coltejer. En 1963 se da la construcción del proyecto de vivienda del barrio Belencito en terrenos aledaños a la Congregación Misionera de la Madre Laura. En 1979 se da la mayor invasión masiva en la parte alta de los barrios 20 de Julio y El Corazón, en una zona alejada de la ciudad, llevando el nombre de Nuevos Conquistadores, aludiendo a la toma de terrenos por parte de familias de bajos recursos. Entre el barrio 20 de Julio y Belencito se erige el barrio Villa Laura y en este un sector que era conocido como Hoyo Rico, que con el tiempo se nombrará Plan del Che tras la toma guerrillera y el mural del Che Guevara en una esquina, realizado alrededor de los años 2000. Arriba del Plan del Che se van conformando los sectores de las Independencias I, II y III, a un lado y encima del barrio 20 de Julio. Los barrios se fueron formando entre el barro que con los años se transformó en “pasamanos al tiempo que pavimentaron escalas, escalitas y callejones estrechos” (Vázquez 2015, 284).

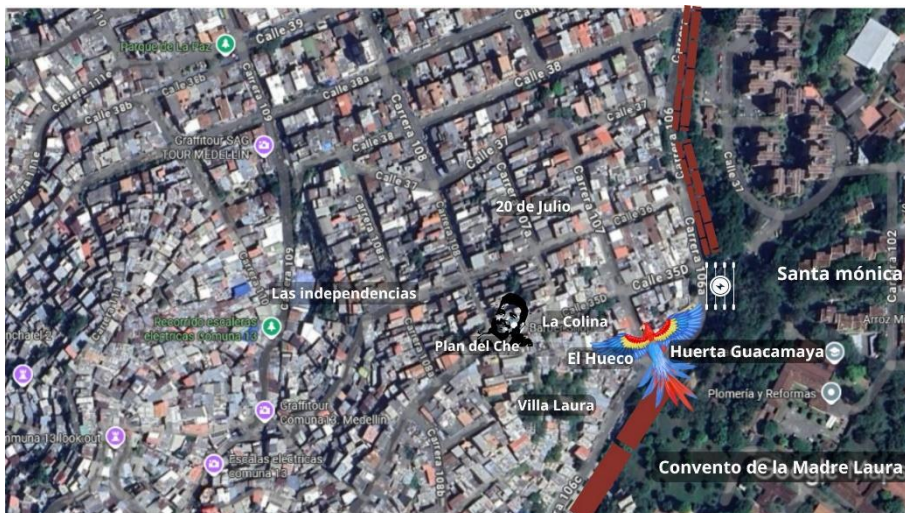


Figura 11. Mapa del territorio donde está la Huerta Guacamaya

Fuente: Elaboración propia en Canva a partir de un mapa en Google Maps (2025)

## 5.1. Historia de fronteras, muros y re-existencias en torno a la Huerta Guacamaya

Alrededor de la Huerta Guacamaya y con la colectiva Pachakutik nos hemos ido conectando con la memoria del territorio y el barrio a través de la siembra, el compartir de la palabra y de música andina tejiendo horizontes de sentido *ecosmunitarios* en el barrio y la ciudad. En el siguiente fragmento se hace un esfuerzo por tejer la memoria viva de la gente del barrio, sus historias y su relación con los procesos comunitarios y la tierra en este sector.

### 5.1.1. Poblamiento de las laderas en la cuenca occidental de la ciudad: la configuración de una *interancestralidad popular urbana*

Desde la memoria de la gente respecto a la construcción del barrio dentro del territorio de ladera en la cuenca occidental de la ciudad, se reconoce que se han mantenido prácticas y creencias en torno a las plantas, la tierra y las relaciones comunitarias que difieren de la lógica mercantil e individualista que impera como proceso de blanquitud en la urbe.

Con el proceso de urbanización y blanquitud se ejerce una fuerte dominación sobre la tierra desplazando la flora y fauna, contaminando las quebradas y los espacios verdes, y depredando la montaña con cemento y ladrillo; sometiendo la diversidad de gentes indígenas, afrodescendientes, palenqueros, raízales y campesinos despojados de sus territorios y mundos de sentido, conformando un sector de gente mestiza popular urbana con fragmentos étnico-raciales en los que se produce un proceso de blanquitud

instrumental (Echeverría 2010) marcado por la violencia política que se da en la comuna 13 y el país.

No obstante, se reconoce ahí una *interancestralidad* popular urbana como re-existencia, es decir una relación mutua y simultanea entre diferentes linajes ancestrales que se tejen en la ciudad entre contradicciones, conflictos y disputas que re-existen de alguna forma ante el proceso de despojo y blanquitud que ha tratado de borrar y blanquear la diversidad. Es así que se resignifican estas relaciones como parte de un entramado complejo de las *memorias de pervivencia* plurales que se conectan con el mundo de sentidos del mestizaje, en el que se han transmitido formas otras de hacer y vivir, de sembrar, comer, reír, cantar, sentir, soñar, compartir, crear, relacionarse y pensar en paralelo a la cosmovisión occidental hegemónica. En esa medida, los mundos de sentidos son amplios, se tejen entre sí, algunos se imponen, otros se borran y otros perviven y nos muestran caminos sabios como horizontes de liberación del ser, el saber, el poder y la Sagrada Tierra.

### **5.1.2. Re-existencias entre fronteras**

La frontera que se dibujó como límites entre los barrios 20 de Julio, Villa Laura y Santa Mónica se remonta a los años setenta y ochenta, y se sigue transformando hasta hoy. Ha sido un sector que se ha ido construyendo en el tiempo con la dinámica de la urbanización *interancestral* popular, la injerencia de guerrillas, la administración pública, la dominación subterránea de las bandas delincuenciales, las lógicas neoliberales y neocoloniales en torno a la turistificación en la comuna 13 y procesos comunitarios de apropiación y transformación territorial.

En este entramado de relaciones históricas aún existía un espacio baldío en un nudo trifronterizo en el barrio, ese espacio apropiado y liberado es donde nace la Huerta Guacamaya y lo imaginamos como parte de un corredor *biocultural* de la ciudad que se extiende hacia las zonas verdes que atraviesan el convento de la Madre Laura, el cerro de Carisma y las ladrilleras ubicadas en la extensa cordillera como horizonte de disputa por la defensa, protección y liberación de la montaña. Llamamos a su apropiación y respeto ya que las relaciones de *coexistencia* que interactúan allí son vitales para la gente, los animales, los árboles, plantas, microorganismos, quebradas y nacimientos de agua con los que compartimos un ecosistema *biocultural* en la urbe.

### 5.1.3. La memoria de siembra en el territorio compartido

En los sectores del Plan del Che, la Colina y el Hueco se reconocen prácticas de siembra que se sostuvieron durante todo el siglo xx por parte de Don Crispiniano y algunos de sus hijos y que persisten en el siglo XXI por parte de otras gentes mayores del barrio como Miro, Palomo, Rosa, Joaquín, Teresa, Resfa, Libia, los jóvenes de la Huerta Guacamaya, etc., como práctica heredada interancestral que pervive en algunas zonas verdes de la ladera, o en la casa, en recipientes como materas o pequeños jardines.

Antes de los años setenta se sembraba en este sector, varios testimonios dan cuenta de la finca de Crispiniano y los sembrados de café, pomos, plátano, naranjas, guayabas, entre otros alimentos que crecían en estas montañas. En ese tiempo había diversos afluentes hídricos, nacimientos y una biodiversidad de fauna y flora que habitaban este territorio.



Figura 12. Vista del árbol de aguacates en el sector la Colina y el Hueco del barrio 20 de Julio  
Fuente: Archivo personal (2025)

En esa medida, se reconocen *huellas de pervivencia* que dan cuenta de la re-existencia en las formas como la gente vive cotidianamente en el barrio y se relaciona con sus *matas* y los espacios verdes que cohabitan entre el cemento, connotando una relación de cuidado, afecto y bienestar con las plantas que benefician la familia y la vecindad. Por ejemplo, como podemos ver en la imagen, en la parte media alta de la ladera en el sector La Colina, alrededor de un árbol de aguacate que fue sembrado por doña Rosa hace 40 años pero que hoy pertenece a la parte frontal de la casa de Viviana y Alejandro, mis tíos,

se beneficia el entorno familiar y vecinal con los que se comparte las bondadosas cosechas.

Por lo tanto, trato de dimensionar eso que vengo nombrando como *ecosmunidad*, como la representación de un horizonte de futuro que intenta integrar la comprensión del mundo desde la relación que tejemos con la diversidad de árboles, plantas, animales y microorganismo, las montañas cordilleranas y las abundantes fuentes hídricas, pero también con el sol, la luna, las estrellas, las nubes, los ciclos de lluvia, los vientos y los truenos en un entorno vivo que nos posibilita el sustento como el oxígeno que nos da la plena capacidad de respirar. Así, se reconoce una dimensión *ecosabia*, cósmica y comunitaria de la vida en las *ecointerrelaciones* entre todas las especies y seres como horizonte de sentido de liberación de los mundos otros posibles como una resignificación de una *ontosabiduría* relacional y política como legado interancestral.

La *ontosabiduría* relacional se conecta con la ontología relacional que plantea Arturo Escobar (2016), nombrándola de otra forma como postura política para romper la visión de mundo homogenizante de la modernidad/colonialidad en aras de construir formas otras de nombrar en pro de liberar las categorías lógicas de la racionalidad occidental, haciendo un esfuerzo por conectar la dimensión de la experiencia de los seres que componen una comunidad en relación a un territorio donde más allá de la razón se siente, se ama, hay unas emociones, conexiones, sabidurías y espiritualidades que se conectan con procesos de cooperación, solidaridad y reciprocidad que hace posible la vida en condiciones de precariedad, desigualdad e injusticia como hemos visto entre trazos y trozos de reivindicaciones históricas oprimidas. De esta forma, se hace un esfuerzo por resignificar “las teorías y prácticas que se realizan en nuestros mundos como comunidades y seres sociales que somos [...] con necesidades vitales propias de un orden injusto y desigual, que aquejan de distintas formas a los pueblos” (Díaz 2020, 112).

En ese sentido, se comprende la *ontosabiduría* relacional como una praxis, teórica y práctica, para la reivindicación de otros mundos óptica y epistémicamente posibles, existentes y subalternizados que se inscriben en luchas como la de los pueblos afrodescendientes del pacífico colombiano como señala Escobar (2014), de donde han llegado muchos desplazados a configurar y construir la ciudad y la comuna 13.

#### **5.1.3.1. El poblamiento del barrio**

Entrando en contexto, en los años cincuenta el país atravesaba un periodo oscuro nombrado la época de La Violencia. En Medellín se dio la intensificación del conflicto

bipartidista entre conservadores y liberales generando una violencia política que reprodujo acumulación de tierra por desposesión, desplazamientos masivos forzados de gente que empezó a llegar a las ciudades como Medellín y el surgimiento de múltiples grupos de guerrilla. Paralelamente se venía impulsando un modelo de industrialización por sustitución de importaciones. El sector textil junto a la industria de alimentos y la metalmecánica creó un aglomerado manufacturero que configuró el desarrollo de la ciudad.

En ese tiempo Hernán Yepes, vecino de 75 años nacido en lo que es hoy el Plan del Che, recuerda que en este sector

Había palos de manzana criolla, hasta durazno. Había palos de brevo ¡¿Qué no había aquí?! Había de naranja lima. Eso ya no se ve. La mandarina también. Toronja. Toda clase de fruta [...] En los años 60 y 70 todavía se veía el cultivo aquí. Por aquí sembró mi papá y Manuel donde queda el centro de salud, ese morro era lizo ahí no había nada, eso lo sembraba él. Tomate, chócolo. Eso era una finca muy grande [...] Había cañabrava, piña blanca, había un plátano morado, así como morado. Y lo persigue mucho la culebra [...], pero era una delicia, era más dulce que el banano, es como banano, pero morado [...] Acá había mucha cosa pa' comer. Todo eso se acabó. (Hernán 2025, entrevista personal)

También se pescaban *corronchos*, unos peces que cogían por la zona donde hoy están los barrios de la independencia y el Hueco. Decía don Hernán: “cogíamos de esos corronchos cafés. Eso los cogíamos y los hacíamos como en sardinas” (Hernán 2025, entrevista personal).

A finales de los años sesenta e inicios de los setenta empezó a llegar gente *graniadita* a la ladera del 20 de Julio por donde vivía Crispiniano. Héctor Espinal, un tío político y habitante del barrio me compartía que:

cuando nosotros llegamos por acá, justamente en este punto donde nosotros estamos, eran mangas vírgenes, eran mangas bonitas, potreros muy bonitos. Había sembraditos por ahí de guayabas. En la parte de abajo del Hueco, allá en el 20 de Julio había nacimientos de agua, en el cual nosotros éramos felices pescando, íbamos, sacábamos corronchitos para fritarnos para la comida y todo eso. (Héctor 2025, entrevista personal)

Dando cuenta de una relación con el territorio diferente a la que los niños y jóvenes de mi generación nos tocó vivir y ahora con los niños de hoy se distancia más ese relacionamiento con la naturaleza en la ciudad. Al respecto de don Crispiniano recuerda Héctor que:

había una finquita ahí al lado de nosotros, de un señor que lo conocíamos por Crispiniano, él sí tenía una finca muy grande, él tenía sembrado de plátano, naranja, mangos. Él sembraba mucho porque la finca era muy grande. Y nosotros nos manteníamos en esos

potreros de él robándole mangos y lo que pudiéramos comer por ahí. (Héctor 2025, entrevista personal)

Entrando en los años setenta y en adelante, las zonas de siembra se fueron reemplazando paulatinamente por lotes, viviendas, calles, caminos, centros de salud y escuelas, dando lugar a la urbanización de la zona verde.

Es importante anotar que con la vejez de Crispiniano, que venía con una tradición de siembra, se fue acabando esa vocación en su familia por el contexto de urbanización, aunque hasta sus últimos años se preservó un Cafetal a bajo de su casa. Después de su muerte en el año 2003 esta zona se empezó a urbanizar borrando hasta cierto punto esta relación con la tierra en el territorio, instaurando otras formas de vivir. Decía don Hernán Yépez que todo se acabó porque:

se acabó el mayor, Crispiniano. Él le daba a eso, a él le gustaba mucho sembrar. Y había un señor don Luís que venía desde arriba el Corazón, ese sembraba aquí y partían utilidades. Sembraba tomate, se sacaba para comer aquí mucho y se vendía a dos pesos la caja. El chócolo se sembraba más que todo pa el gasto. Todos los días se comía mazamorra y arepa de mote. (Hernán 2025, entrevista personal)

Además, mantenían sus planticas medicinales como anís, hierba buena, albahaca, limoncillo, etc.: “Aquí había anís, mi papá sembraba anís [...] Había yerba buena. Manuel, [su hermano], sembraba mucha albahaca, eso se les echaba a las carnes, pa bebidas [...] Aquí había plantas medicinales como el limoncillo también” (Hernán 2025, entrevista personal).

El café fue un cultivo característico de la zona y se sostuvo hasta los años 2000 más o menos, las cosechas también se fueron reduciendo poco a poco. Según nos cuenta don Hernán: “ese cafetal no duró ni tanto, eso como hasta el ochenta por allá daba café, mi papá vendía la carga a 200 pesos y ahora está a 3 millones. 200 pesos en ese tiempo era mucha plata” (Hernán 2025, entrevista personal).

El hermano de Hernán, “Manuel sacaba poquito, no sacaba la carga, pero si sacaba algo de café, hasta después de los 2000”. Sin embargo, por algunos bordes, entre morros y calles se siguen viendo los palos de café como parte de los vecindarios en el sector de Calle Nueva.

### **5.1.3.2. Así nos fuimos levantando acá en el barrio**

Según Héctor Espinal, mi padrino y habitante del barrio que vive hace 54 años en este sector, me contaba de su llegada al barrio:

a mí me trajeron de un pueblo llamado San Jerónimo, Antioquia, a los ocho años [...] Resulta que nosotros en San Jerónimo vivíamos en la pobreza absoluta, vivíamos en unos peladeros por allá muy arriba, sí, había nuestros sembraditos de plátano, cafecito, pero había mucha pobreza. Mi papá pues ya viendo eso vino a buscar futuro acá a Medellín y nos trajo muy pequeños a nosotros para poder trabajar en algo por acá, y nos ubicamos en este barrio.

Nos vinimos a habitar aquí a la comuna 13, a los diez años empezó a colmarse, a llenarse [...] Se empezó a poblar porque se vino gente de todo el Urabá Antioqueño. (Héctor 2025, entrevista personal)

Y del Chocó, desplazados por la guerra. Eso se dio a finales de los años setenta. El proceso de urbanización se acrecentaba generando cambios en la economía y las formas de vida asociadas a la relación con el campo, transitando a otras que marcaba la urbe, dándose una imbricación entre ambas dinámicas.

En ese sentido, la relación con la tierra en la ladera siguió siendo la forma de re-existencia de muchas familias pues, es difícil en un principio al llegar a un lugar nuevo generar las condiciones materiales de subsistencia lo que hizo que sembrar y producir alimentos fuera la alternativa para pervivir. Por ejemplo, María Ernestina, la mamá de Héctor Espinal era la que organizaba la familia para sembrar y re-existir. Sus conocimientos y saberes garantizaban la siembra y cosecha de distintos alimentos, siendo la familia la fuerza de trabajo para cuidar los sembrados y vender parte de la cosecha en el barrio para generar una economía propia de subsistencia. Así lo cuenta Héctor (2025, entrevista personal):

El solar era un poquitico grandecito, mi mamá que ha sido mujer emprendedora del campo y de todo eso, hizo su huertecita ahí en la casa porque nos quedó un pedazo de solar y sembró unas plantitas de zanahoria. Tenía sembrada zanahoria, repollo, tomate, tomatito, platanitos y mi mamá con esos cultivitos que hacíamos ahí, hacía bolsitas y paqueticos y nos mandaba a nosotros a venderlo a donde había más población, y también como nosotros éramos una familia más o menos grandecita, nosotros fuimos doce muchachos [...], ella se encargaba de contratar subidas de material desde la parte de abajo del 20 de Julio, contrataba adobes y arena y todo eso para subirla aquí a la parte de arriba y nos ponía a todos a cargar en costalitos, en ollas [...] Era una mujer emprendedora de berraca, esa era mi madre y así nos fuimos levantando acá en el barrio.

El barrio se fue construyendo y las familias se la rebuscaban para subsistir sembrando alimentos para el autoconsumo y la venta, cuando se acaba la cosecha se la rebuscaban moviendo material de construcción y aprendiendo otras labores de las que la gente ha subsistido como obreros de construcción, amas de casa, mecánicos, entre otros; e infinidad de trabajos informales que se reinventan para vivir sin contar con garantías laborales como salud, pensión, prestaciones sociales, entre otras. En otros casos, cuando el empobrecimiento es tan extremo y las necesidades son urgentes se realizaba la práctica

del *chute*, de la que hablan muchas personas del barrio como mi familia materna, la cual consistía en ir a pedir comida a los barrios de ricos en Santa Mónica. Me contaba el tío Nelson en una conversa con mi abuelita Resfa:

A mí me tocó dos veces ir a pedir chute con mi hermano, y nos soltaron unos perros, nos tocó salir corriendo [...] A mí me tocaba ir por la aguamasa a la ochenta, y mamá le sacaba las carnititas más buenas y las lavaba [...] Yo me acuerdo, lo más triste es que mi mamá ajustaba el arrocito con las cascaras fritas de las papas de la sopa. (Nelson 2025, entrevista personal)

Las formas de vida en el barrio también eran precarias por las lógicas de un sistema y su forma de dominación en las que la gente en su pervivencia va encontrando los caminos ingeniosos, creativos y solidarios para hacer su casita en tabla, contar con agua, electricidad, escalas, caminos, canchas y otros espacios que van recreando las formas de comunidad como un principio organizador del barrio de ladera. Héctor, me contaba que:

aquí en la parte de arriba le vendieron ese solar [a mi padre]. En sus conversaciones nosotros lo escuchábamos que le costó ocho mil pesos. Nos ubicamos acá arriba y ya hicimos un rancho ahí. Claro que después levantamos en adobe y tejita. El agua había que cargarla desde la parte de abajo del 20 de Julio en ollas y [...] del nacimiento sacábamos la aguüita. Y no había energía ni nada. La energía venía desde el 20 de Julio en crucetas, en alambres pelados. Cuando llovía muy duro y venteaba mucho hacían corto, se juntaban porque el alambre no venía forrado, era así pelado del todo [...] y se quedaban sin luz por ahí dos o tres días hasta que alguien pudiera organizarla. La misma gente del barrio por ahí hacían recoletas para que lo organizaran. (Héctor 2025, entrevista personal)

En este escenario, la comunidad de vecinos provenientes de distintas regiones se organizaba y realizaban las acciones de convite como forma de trabajo comunitario y estrategia de organización del barrio de invasión. Nos cuenta Juan, mi padre que:

no había calles, alcantarillados [...] Las alcantarillas se hicieron a través de las Acciones Comunes. La Acción Comunal iba a la alcaldía o a la gobernación, yo no sé, y ellos les daban cemento y materiales para eso. Y se llamaban a convites y normalmente se trabajaban los domingos. Unos boleaban pala, los otros hacían material [...] Se revolvía cemento y se tiraban muros, se sacaban alcantarillados. Y así sucesivamente las acciones comunales citaban a un convite para determinadas partes y se hacían muros de contención. (Juan 2025, entrevista personal)

Los procesos de invasión y loteo de los predios fueron configurando barrios que se enmarcaban con la construcción de la iglesia en acciones de convite, sumando la fuerza solidaria de la comunidad aledaña. Cuenta don Hernán (2025, entrevista personal) que “la del 20 me tocó ayudar hacerla, a vaciar cepas. Eso fue en el 66 que empiezan hacer la iglesia de aquí. El adobe fue regalado por don Luis que era el dueño del Tejar”.

La gente con la fuerza de su trabajo fue construyendo los espacios simbólicos de su barrio articulado a referentes independentistas, patrióticos y coloniales dentro de ese proceso de industrialización y urbanización como horizonte de sentido conservador moderno impuesto desde Europa, pero con rezagos de una herencia campesina y ancestral andina y afroandina que van constituyendo el barrio 20 de Julio y los sectores las Independencias I, II y III, y Nuevos Conquistadores. También se crearon otros sectores como referentes de reivindicaciones subversivas de izquierda como el Plan del Che y otros nombres se mantuvieron en consonancia con la ubicación en la montaña como el Morro, la Colina o el Hueco en esos márgenes que agrietan el orden que se establece. En el 2022, tras la primera fiesta de maíz en la Huerta Guacamaya, se propone la reivindicación del sector el Hueco como sector Guacamaya.

Las zonas de la Colina y el Hueco están en la parte media baja de la montaña, y eran los límites que colindaban con el cafetal de Crispiniano. De ahí para allá, me decía Hernán que esas tierras eran del convento de La Madre Laura. Tras los procesos de invasión las monjas legalizaron esos lotes dando escrituras a las familias que allí vivían, de esto nos da cuenta varios vecinos de este sector como la familia Flores, Miro, doña Rosa, entre otros.

En la zona donde está la Huerta era un inmenso vivero y era el lugar donde iban por leña en los años 65. Hernán, dice que había grandes árboles de más de 100 metros de altura. Esos árboles los fueron tumbando, “de ahí salió mucha madera, eso llegaron y tumbaron todo eso y empezaron a construir” (2025, entrevista personal).

Don Joaquín, por ejemplo, habitante del sector desde 1968, entre muchas historias me contaba que “esta casa la hice en tapia sobre un baldío que me tomé. Al frente donde las monjas, ahí donde está la huerta había un pastizal y muchas vacas, yo cogía la boñiga y el material de allá pa levantar aquí mi casita en bareque” (Joaquín 2025, entrevista personal).

De esta forma, tras la urbanización e industrialización del espacio aparecen otros referentes de identidad y relacionamiento con el territorio distanciándose de la vocación rural, marcados por un mestizaje plural y masivo capturado en la idea de ciudadano como resultado del proceso de democratización y asunción de sujetos con derecho dentro del Estado moderno, en un tiempo donde la constitución no reconocía a los pueblos indígenas, afro y campesinos como sujetos especiales de derecho y el derecho a la ciudadanía era restringido para algunos privilegiados.

### 5.1.3.3. Los azares, el pillaje y las opciones de vida subterráneas

Sentipensando dimensiono las lógicas del barrio entre la precarización, la exclusión y el empobrecimiento como caldo de cultivo para la reproducción de formas interculturales *subterráneas* como sustratos colectivos emergentes de la sociedad diversa, asociados a estilos de vida *azarosos* como formas de subsistencia, es decir las vías delincuenciales, el pillaje, la extorsión, el sicarito y la drogadicción. Por otro lado, también se van conformando grupos de milicias y guerrillas como constructo de una ideología marxista, leninista y maoísta, grupos paramilitares de estirpe conservadora, capitalista y narcotraficante. Por último, aparecen formas contraculturales y antisistema como el punk, los grupos de RAP y demás formas organizativas juveniles que se va configurando a partir de los años ochenta en el territorio.

Todo esto va denunciando, de cierta forma, la precarización de un mundo moderno/colonial en disputa donde se aprende a subsistir en él y a transformar sus mecanismos de opresión hasta cierto punto, a nivel subjetivo y colectivo, creando redes comunitarias interconectadas que son fragmentadas por el ejercicio de la violencia política, el disciplinamiento y el control de los cuerpos por uno u otro grupo, reapareciendo formas otras de coexistencia con lo que va quedando.

### 5.1.4. La urbanización de la guerra en la comuna 13

Desde los años 80 y 90 el territorio reconstruido en callejuelas como laberintos, escalones, lomas, rieles y planes entre morros y huecos marcados por la ladera y las quebradas en la comuna 13, se configuraba como barrio de invasión y de loteo a partir de la acción colectiva y las organizaciones comunitarias como los movimientos de personas sin techo, movimientos como la Asociación de Mujeres de la Independencia (AMI) “comités de servicios públicos, asambleas barriales, Juntas de Acción Comunal, Junta Administradora Local, asociaciones comunitarias y toda suerte de organizaciones” (Grupo Memoria Histórica 2011, 199) que articulan redes de trabajo comunitario con objetivos comunes y actividades e intereses diversos. Muchos de estos procesos fueron estigmatizados y violentados por el proyecto paramilitar que busco atacar la base social y comunitaria de la comuna 13 bajo discursos y prácticas ideológicas discriminatorias y racistas de ultraderecha, basadas en la construcción del enemigo interno y en estrategias de guerra como *cortarle el agua al pez*.

En ese contexto de reconstrucción del territorio en formaciones barriales, se dieron dinámicas marcadas por las bandas delincuenciales de jóvenes al servicio del microtráfico

y el sicariato, articuladas a la emergencia del narcotráfico que entró a chocar con la intromisión de milicias urbanas asociadas a los grupos guerrilleros de las FARC-EP y el ELN que ocuparon y administraron el poder y la autoridad en este territorio en disputa.

Posteriormente, en los años 2000 empieza la incursión paramilitar por cuenta del Bloque Metro y el Bloque Cacique Nutibara, estructuras de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) asociados a las estructuras delincuenciales del Cartel de Medellín que mantenían un control territorial desde la cooptación de jóvenes al servicio de las dinámicas del microtráfico y el sicariato.

En estas relaciones de poder marcadas por las dinámicas de la guerra se fue configurando otro escenario, otra lógica de dominio y otra dirección de la violencia contra la población civil: líderes sociales, gente señalada de colaboradora de la guerrilla o gente que presenciaba un acto atroz de violencia fueron declarados objetivos militares (Grupo Memoria Histórica 2011). Algunos testimonios de la gente del barrio nos cuentan que la comuna 13:

resultó llena de milicianos. Los milicianos tuvieron una época donde mandaban todo esto, lo que ellos dijeran. Y ellos decían que estaban cuidando el barrio. A mí nunca me cobraron plata, pero la gente sí les daba comida. El problema se armó cuando llegó el gobierno de Uribe y la Operación Orión, cuando llegó el ejército a sacar a todo el mundo. Resultó que en las milicias había muchos de las AUC, estaban infiltrados [...] Entonces eso se volvió una guerra, donde en este momento hay muchos desaparecidos que nunca se sabe dónde están [...] cogían la gente que no tenía nada que ver y los desaparecían. Hasta hoy los siguen buscando. (Vecino 2025, entrevista personal)

Desde julio de 2024 hasta el sábado 27 de septiembre de 2025, se han encontrado siete cuerpos víctimas de la desaparición forzada entre los años 2002 y 2003 (Uribe 2025) exhumados en *La Escombrera*, presuntamente víctimas del actuar militar y paramilitar en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Este espacio ha sido una cantera de arena y ladrillo que se está comiendo la montaña y a la vez un botadero de escombros usado como fosa común que no había sido reconocido por el Estado a pesar de las denuncias de las madres buscadoras de hijos desaparecidos víctimas del conflicto armado interno alrededor de 20 años, que hoy han alimentado el avivamiento del movimiento social con la consigna “Las cucas tienen razón”, exigiendo justicia y reparación a la comuna 13 como actor colectivo víctima del conflicto armado.

En ese escenario, cuenta la gente del barrio que “a todos esos líderes que había, todos los mataron. No quedaron sino los líderes que, por ejemplo, los partidos tradicionales la iban con ellos. De resto, todo lo que fuera distinto por sospecha los mataban. Eso cobró la vida de muchísima gente” (Vecino 2025, entrevista personal).

La huella invisible de la guerra ha sido el desplazamiento intraurbano, que a la par ha implicado la fragmentación del tejido social, el borramiento de liderazgos comunitarios y la reducción de la acción colectiva, bases identitarias de la construcción del territorio por parte de la gente como legado de solidaridad, reciprocidad y comunitariedad que reconozco como huella de una pervivencia interancestral mestiza popular urbana en la comuna 13 que aún re-existe.

Las lógicas de la guerra por el control territorial y el poder del Estado por vías armadas en una guerra de guerrillas y autodefensa *narcoparamilitar* es un fenómeno reciente que marcó la realidad de esta zona de la ciudad reconfigurando las bases sociales desde la fragmentación, el dolor y el horror. El proyecto *narcoparamilitar* se impone articulando un nuevo proceso de disputa y control del territorio entre las bandas y combos armados como patrones heredados de una violencia reciclada en los residuos de la guerra. Todo esto se convirtió en “experiencias cotidianas que sometieron a la población a situaciones de permanente incertidumbre, terror, miedo y zozobra” (Grupo Memoria Histórica 2011, 174) marcando y moldeando las relaciones y comportamientos de las personas, dejando profundas huellas emocionales y psicológicas de dolor y rupturas profundas en el tejido social y comunitario.

La pérdida de viviendas, bienes y cultivos fue una constante en muchas familias de los barrios como efecto de la guerra, fracturando la relación con la tierra y la siembra que se había instaurado en el ámbito urbano popular como forma de sustento alimenticio familiar y parte del tejido social.

La pérdida de la vivienda y el desplazamiento significó un deterioro sensible de la calidad de vida de las personas, pues no sólo se perdió la casa, también se afectaron formas de ingreso y rompieron redes familiares y sociales de apoyo a la supervivencia construidas en su relación cotidiana con el entorno. (Grupo Memoria Histórica 2011, 171, 172)

Por ejemplo, una mujer adulta comparte su testimonio: “mi casa era muy grande, 105 metros cuadrados construidos y 329 metros cuadrados el área del lote. Al frente tenía tres palos de mango, tenía mangos todo el año” (Grupo Memoria Histórica 2011, 172).

Llegar despojada al barrio de ladera, volver a arraigarse al territorio con prácticas asociadas a la siembra y el disfrute de las bondades de un árbol frutal, tejer lazos comunitarios y esperar la vida nuevamente son actos de supervivencia comprometidos con la lucha por una vida digna en la ciudad, sin embargo, estas luchas han sido fracturadas de muerte. La gente popular de ladera volvió a ser despojada de su territorio tras ser víctima de las atrocidades de la guerra. El despojo y la fragmentación social son

historias que parecen acompañarnos siempre desde que empezó la empresa colonial, como un legado de la herida que nos ha dejado el proceso de civilización y modernidad.

En este territorio la gente “lamenta la pérdida de *la comuna* un lugar que a pesar de las carencias y precariedades significa también para muchos el esfuerzo colectivo, la resistencia frente a la exclusión y, por lo tanto, es una fuente de identidad y reconocimiento” (Grupo Memoria Histórica 2011, 204).

La fuerza de la gente ha sido la asociación vecinal y la acción colectiva, cifradas en el convite como la forma de reconstrucción de los barrios de Ladera. Los movimientos de jóvenes y mujeres han sido la forma de organizarse, promoviendo el arte y la cultura como re-existencias frente a la violencia. A esa fuerza se vuelve, para disputar el territorio desde otro sentido y otra dirección, pues

las acciones colectivas de los jóvenes han buscado restarle dominio al poder armado y quitarle espacios a la violencia mediante acciones de retoma simbólica y cultural de los espacios signados por la marca de la violencia y mediante el recorrido y puesta en escena del arte, el encuentro y el diálogo. (Grupo Memoria Histórica 2011, 223)

Uno de esos grupos ha sido Agroarte, un “proceso colectivo, organizativo de base conformado en el 2002 por habitantes del barrio San Javier a partir de un proceso de resistencia frente a las problemáticas desatadas por la Escombrera y las violencias selectivas en la comuna 13” (Agroarte 2025, párr. 1), generando procesos de memoria y resistencia en torno a la siembra y el arte como el RAP, enunciando un sentido potente de vida en diálogo con el ecosistema, pues “somos aquellas plantas callejeras que se resisten a que les echen cemento” (Agroarte 2025, párr. 5).

Con estas memorias del territorio marcadas por el dolor y las re-existencias se teje un sentido profundo de la *ecosmunidad* como horizonte político y ético para sanar juntos con la vida y lo vivo, pues la potencia de la colectividad, la siembra y el arte se tejen con la memoria de un territorio que busca transformarse con la Sagrada Tierra y la comunidad, más allá de las lógicas que imperan desde la organización *narcoparamilitar* en los barrios y la turistificación como base del proyecto neoliberal.

#### **5.1.5. La pacificación de la guerra y la cooptación del tejido social y las organizaciones comunitarias**

Tras la toma paramilitar en la comuna 13 se da el proceso de desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que busca desmontar estos grupos alzados en armas en el gobierno del expresidente Álvaro Uribe Vélez entre los años 2003 y

2006.<sup>12</sup> Sin embargo, durante ese periodo y después del mismo se reconfiguró el conflicto urbano en la comuna a partir de “pequeñas organizaciones o sociedades delincuenciales, conocidas o referenciadas como combos, bandas o grupos armados” (Escobar Hoyos 2016, 55) articulados a remanentes del paramilitarismo, que han cooptado las juventudes del barrio disputándose el control económico, la extorsión y el microtráfico en cuadras y sectores pequeños del territorio donde administran la muerte en unas lógicas de confrontación de todos contra todos y el control poblacional, que se va sostener hasta el pacto del fusil en el año 2013.

La organización colectiva y comunitaria después de borrada ha sido cooptada desde una *suplantación de lo comunitario al dominio del narco-para-Estado*, implantando formas de control desde las amenazas, el asesinato, la desaparición y el desplazamiento forzado sobre la población para orientar sus acciones entre límites impuestos y controlados. Las Juntas de Acción Comunal (JAC), el Presupuesto Participativo y los liderazgos sociales han sido sometidos cambiando las formas de su accionar y si se resisten son obligados a cerrar estos espacios o eliminados. En ese escenario han surgido liderazgos *narcoparamilitares* de desmovilizados que han competido con las organizaciones comunitarias por los recursos públicos, estrechando “sus vínculos con la administración municipal, mientras la relación de ésta con las comunidades se deterioraba a causa del temor por su cercanía con la Corporación Democracia” (IPC 2012, 106 citado en Escobar Hoyos 2016, 66), una organización que surge tras la desmovilización de la AUC como consolidación de proyecto político legitimado en los barrios por parte del Estado. Es decir que los grupos *narcoparamilitares* reemplazan a la comunidad en los espacios de participación ciudadana y al mismo tiempo controlan los barrios desde las dinámicas delincuenciales de los *combos* armados.

Los daños a las organizaciones y a la acción colectiva en el territorio fue una lógica que se instauró tras la urbanización de la guerra que hoy sigue siendo una continuidad, donde la fractura social causada está presente pues “las relaciones basadas en la solidaridad y la confianza se han visto fuertemente impactadas por la lógica de silencio y aislamiento que impone la violencia y la regulación de los grupos armados” (Grupo Memoria Histórica 2011, 197).

---

<sup>12</sup> El expresidente Uribe fue Condenado a prisión en primera instancia por soborno y fraude procesal el 1 de agosto de 2025, aunque en segunda instancia fue absuelto (el 21 de octubre 2025) su proceso seguirá en la Corte Suprema de Justicia. A pesar de esto la memoria y la historia colectiva ya lo condenó.

Las juventudes de barrio en la condición de precarización y empobrecimiento de la vida en que se han encontrado, sin acceso a oportunidades dignas de educación y de empleo, reproducen estilos de vida en torno a las dinámicas delincuenciales que se articulan desde los combos armados. En ese sentido, se da “el reclutamiento como materialización del poder y forma de control en el territorio, puesto que esta práctica, termina generando una lógica o ambiente de estabilidad económica para los jóvenes y sus familias, creando dos nuevos sentidos, uno de legitimación de los actores” (Escobar Hoyos 2016, 71) armados y otro de obediencia y dependencia a la economía ilegal.

Esta reconfiguración de los grupos armados en el territorio se ha impuesto en alianza con la fuerza pública que, por amenazas o sobornos, generan una complicidad impuesta o mediada por intereses económicos que se articula al control territorial.

En este contexto se da la guerra de *fronteras invisibles* como disputa armada por los pequeños territorios, cooptando las juventudes y administrando la económica del microtráfico y la extorsión. Las *fronteras invisibles* se dan entonces como la demarcación simbólica que diferencia el control de una zona por parte de una banda delincencial en disputa con otras bandas, generando un control del territorio, de los cuerpos y las subjetividades juveniles populares víctimas de esta dinámica. En ese periodo recuerdo con dolor que me asesinaron más de 12 amigos, en una Medellín hostil que no respetaba ninguna vida por el simple hecho de cruzar una calle de un barrio al cual no pertenecías.

Ante el agudizamiento de la violencia urbana y la disputa entre cabecillas del Cartel de Medellín, confabulado en la Oficina de Envigado como espacio de organización del narcotráfico y el microtráfico, y la dispersión de la violencia entre múltiples grupos armados en zonas vecinales del barrio llevaron al Pacto del Fusil como acuerdo entre bandas delincuenciales, reorganizadas por la oficina para repartirse el territorio, las plazas de microtráfico y la extorsión bajo una lógica paramilitar:

Como se recordará, en Medellín, en julio de 2013, las Autodefensas Gaitanistas de Colombia, AGC (conocidas entonces como los Urabeños y rebautizadas por el expresidente Santos como Clan del Golfo) y la Oficina del Valle de Aburrá, conocida también como la oficina de Envigado, concertaron no agredirse entre ellas, ese acuerdo es al que le denominamos el Pacto del fusil. (Análisis Urbano 2019, párr. 4)

Esto llevó a la disminución de las tasas de homicidios, por ejemplo, en el 2009 fueron asesinadas 2.186 personas, pero desde el 2013 la cantidad de homicidios empezó a descender llevando a que en el 2015 se presentarán 498 casos (Análisis Urbano 2019).

En el contexto anteriormente descrito se empieza a configurar un proyecto de turistificación como modelo de ciudad en el barrio 20 de Julio, basado en la urbanización social y la captación de capital extranjero como proyecto institucional neoliberal de la élite antioqueña a partir de la construcción de unas escaleras eléctricas a cielo abierto en las escalas, caminos y callejones de los barrios de la parte media de las Independencias I, II y III, que en un principio tenían un propósito de facilitar la movilidad a las gentes de estos barrios, no obstante, terminó configurando una lógica de turistificación en el territorio que se ve modificado por dinámicas inducidas, globales y comerciales con la figura de distritos culturales y de entretenimiento convirtiendo este sector de la ciudad en:

una atracción de diversión, basado en su paisaje estético barrial colorido, cual galería de arte urbana por sus grafitis, junto a la impresionante envergadura de la obra de unas escaleras eléctricas dentro de ese paisaje, sumado a la narrativa de un pasado violento (Giraldo, Van Broeck y Posada, 2014) exotizado y ahora mercadeado, sustentado en un proyecto de “transformación” de ciudad a partir de la renovación urbana. (Rojas Navarro 2021, 18)

Esta lógica trae consigo la generación de empleos de forma desordenada e informal que alimenta las dinámicas de extorsión y el control territorial de los combos en los barrios articulados al funcionamiento del turismo dentro de una narrativa falseada de una supuesta paz como estrategia de pacificación. Por otro lado, se da también el encarecimiento de la vida, el desplazamiento forzado y la segregación espacial de la gente del barrio y un aumento de la contaminación del paisaje auditivo, visual y de residuos sólidos. Además, esto se conecta con un turismo depredador basado en la explotación sexual, la venta y el consumo de drogas, dinamización de las economías y el capital del microtráfico y el narcotráfico.

En esa vía, se refuerza la ciudad como un referente global de entretenimiento con una oferta *narcoturística* y una exotización y mercantilización de la memoria violenta del territorio como instrumentos de explotación y de consumo en la dinámica de extracción cultural neoliberal, que se refuerza con la producción cinematográfica comercial, siendo la comuna 13 uno de los referentes del turismo más visitados a nivel nacional.

#### **5.1.6. “Si no hay plata que haya plátano”**

Por otro lado, las relaciones con la tierra se han sostenido durante estos periodos marcados por la violencia, la pacificación y la *turistificación*, de esto da cuenta la siguiente fotografía.



Figura 13. 20 de Julio, platanera en la entrada a la zona turística del barrio las Independencias I  
Fuente: Archivo personal (2025)

Por otro lado, algunas personas del barrio como Miro, un mestizo popular urbano con un legado campesino muy marcado, algo así como un campesino urbano, da cuenta de estas relaciones de pervivencia de la memoria del territorio a lo largo de varios encuentros y algunos círculos de palabra que hemos podido compartir junto a estudiantes y otros integrantes de la Colectiva Pachakutik.

Miro, trabajó la agricultura hasta sus 30 años en el municipio de Abejorral donde sembraba café, plátano, maíz, frijol, etc. Él y su familia llegaron en la pobreza extrema a un barrio de la parte alta del Salado donde les tocó vivir en un *cambuche*. Luego llegaron a un lote en la zona del Hueco donde empezaron a armar su casa con objetos encontrados y reciclados, dice él que su casa parecía un payaso. En ese tiempo, por la zona de la huerta “había guaduas grandes por donde nacía una quebradita que se llamaba Agua dulce. Como a los 15 o 17 años empezaron a invadir todo esto generando una amenaza de deslizamiento de tierra desde hace por ahí 40 años” (Miro 2025, entrevista personal).

Con la invasión de la parte del Hueco de esa ladera se contaminaron las aguas, dice miro que eso se volvió un cagadero, “eso huele [...], había que taparse la nariz” (2025, entrevista personal).

Miro, empezó a sembrar en la zona donde está la Huerta Guacamaya hace aproximadamente 20 años hasta hoy. Al ser un terreno baldío, él nos dice básicamente que la tierra es de quien la trabaja: “para usted decir que eso es suyo tiene que mostrarme un sembrado [...] Trabaje, siembre y eso le va dar un título a usted de una mejora,

tampoco va hacer el dueño, pero va tener un título de mejora, es la relación respetable” (2025, entrevista personal). En ese sentido, sembrar es hacerle una mejora al espacio y es una forma de legitimarlo con la comunidad del barrio, pues el espacio se lo han querido apropiar algunos vecinos, los grupos armados, las monjas del otro lado de las rejas y la alcaldía de Medellín.

Hasta hoy se da la disputa por este espacio en que venimos estableciendo una toma comunitaria para el aprovechamiento de la gente del barrio y la apropiación del territorio en diálogo con los animales, insectos, plantas, árboles y microorganismos que *ecoexisten* en este ecosistema, legitimando este lugar como un espacio para la siembra, el encuentro, el disfrute y el cuidado de la zona verde conformando un *corredor biocultural* que se sostiene entre muros, cercas eléctricas y fronteras barriales como forma de re-existencia ante los procesos de violencia y turistificación que vivimos en el territorio.

En este espacio, Miro (2025, entrevista personal) ha sembrado yuca, frijoles, maíz, café, etc. Dice él, que hace algunos años “cuando me subió la policía, después de sembrar maíz y frijoles, ya me dio por meterle aguacates, mango, limón, naranja, lulo, café, plátano”.

En ese ejercicio de sembrar ha habido conflictos con las monjas, debido a que en la parte de ellas han estado tirando matamalezas afectando los sembrados de este lado de la gente del barrio, matándole hasta 35 palos de café a Miro. A nosotros, en la parte de la Huerta Guacamaya, también las monjas han matado algunos sembrados como el de albahacas en el 2022.

Además de sembrar, Miro ha tenido animales en este espacio como terneros, marranos, gallos y gallinas finos para el autoconsumo y la venta como economía de subsistencia, o para peleas de gallos que son populares en la zona.

Por otro lado, Miro cuestiona la desunión en el barrio para ponernos de acuerdo y hacer procesos comunitarios y apropiarnos del territorio, pues cada uno parece andar por su lado. Dice él:

Cuando hay una unión buena usted llega y le convida a aquel, vamos a sembrar, antes de invitar a eso hago uno, dos o tres viveros, cuando estén ya invito a los niños y los pongo a cada uno para que vayan sembrando [...] y les digo, mijo, esta es la primera vez que usted siembra en su vida, y se le dice, yo te invito a sembrar más de una vez, que cada persona siembre como mínimo 10 o 20 palos. Pero es contado el que siembra. Y sabes por qué no siembran. Porque llegan y dicen no es que siembra un palo, pero es que me voy a morir y no le voy a ver los frutos al palo. En cambio, el campesino no hace sino sembrar. Y la palabra del campesino dice si no como yo que coma el otro. Si yo siembro y si mañana yo no como que coma el otro. Y si el hijo también se muere queda mucha gente, de eso es que se va a vivir. Sobre eso es que se trata. Mañana la plata se acaba,

usted tiene un plátano me hago una sopa, si no hay plata que haya plátano que de ahí comemos. (Miro 2025, entrevista personal)

Forjar la unidad ha sido todo un reto en un territorio fragmentado, empobrecido y excluido donde las lógicas de precariedad, violencia política, estructural y social han golpeado el tejido comunitario instaurando divisiones basadas en una mentalidad blanqueada individualista. Volver a compartir en comunidad nos ha llevado a generar procesos de encuentro, diálogo e intercambio de sentires. Sembrar la vida en resonancia de ese propósito que nos menciona Miro, si no puedo comer yo que coman otros, es una perspectiva de futuro de re-existencia que plantea un horizonte de sentido en torno a la forma colectiva como nos soñamos el mundo aún con los que no han nacido, sentipensando en que mundo le vamos a dejar a esos que apenas vienen.

Palomo, otro vecino que siembra en la montañita de la Huerta Guacamaya, un habitante de toda la vida del territorio, al encontrarnos un domingo de siembra en la Huerta Guacamaya me decía que cuando él recogía alguna cosecha la compartía con la gente del barrio como le pasó con el último racimo de plátanos, “se ha sembrado muchas cositas [...] para que haya bastante comida pa compartir. Yo gozo allá apenas veo que están todos esos palos de aguacate crecidos [...] Lo que cojo lo comparto con la gente, hace poco cogí unos bananos más dulces” (Palomo 2025, entrevista personal).

De esa manera vemos que, aunque hay desunión y fragmentación también hay apuestas, pensamientos y acciones que caminan en pro de fortalecer los lazos comunitarios barriales en medio de las diferencias.

Otro punto importante tiene que ver con los saberes en torno a la influencia de los ciclos lunares para regar las semillas, por ejemplo, Miro (2025, entrevista personal) nos contaba que: “lo que pasa es que tiene que mirar el tiempo de menguante, porque usted siembra en creciente la mata crece grande y no echa casi nada. Cuando la luna está llena tiene una semana para usted sembrar maíz, frijol, café, cualquier fruta, una mata de plátano, tiene que buscar esa luna”.

En este sentido, se reconoce como el cosmos influye en la relación de las plantas y su crecimiento como un saber ancestral, campesino y popular que se teje en la Huerta Guacamaya y su entorno como herencia de pervivencia que se siguen transmitiendo en el contexto de ciudad.

Alrededor de la siembra también se dio la construcción de la cancha popular de tierra hecha por la gente del barrio, a un lado de lo que es hoy la Huerta Guacamaya, con la gestión del líder Over ante un político que financió y apoyó con recursos económicos

la construcción de este espacio hace un poco más de 6 años. No obstante, mucho antes de que Miro empezará a sembrar en lo que hoy es su huerto se intentó hacer una cancha, en un tiempo en que no sembraban todavía:

porque en ese tiempo no había donde. O sea, acá íbamos a hacer la cancha. Lo que yo tengo ahora, lo que es mi huerta, ahí nosotros trabajamos para la cancha [...] A mí me tocó cargar coche. Resulta que no se hizo porque bajaron tres monjitas con los tombos. Señores, ¿qué van a hacer? Una cancha. ¿Quién les dio permiso? No nos dio permiso nadie.

Háganme un favor, se me van y esto es mío. Ya al tiempo después de eso, pues que ya empezó el proceso ya de la calle, empezó el proceso de la radicación de atrás, entonces ahí fue donde mi hermana se metió y mi hermana ganó eso. Y esa cancha que luché voleando pico y pala, coche, nunca supe que eso sería mío. (Miro 2025, entrevista personal)

Estas memorias de la gente del barrio nos hablan de las luchas y las re-existencias para construir su territorio, las canchas populares del barrio han sido espacios necesarios para el buen vivir de la gente, pues en ellas se da la alegría, la diversión, las confianzas y los lazos comunitarios entre el juego, aunque también se viven disputas y calenturas de momento que llevan a los golpes y en ocasiones trascienden a la muerte o al desplazamiento forzado.

Nos decía Palomo, un futbolista popular desde niño que participó en los convites y en los partidos de fútbol en los lugares donde fueron haciendo las canchas como la de Villa Laura, la de las Independencias I, la del chispero y esta última, la del Hueco, entre otras: “entonces eran peladeros, nosotros decíamos vamos a jugar un torneíto. Entonces poníamos dos arcos pequeños, hacíamos el torneo [...] Entonces ya las monjas dieron el permiso para esa, la cancha en Villa Laura, en el peladero donde quemaban las llantas” (Palomo 2025, entrevista personal).

Con las canchas recuperaron espacios de desperdicio y tierras concentradas por las monjas en la zona del Hueco y Villa Laura para destinarlos como espacios de uso común para el disfrute de la gente, donde el deporte se vuelve canalizador social de conflictos y una expansión de sentidos y propósitos de vida.

Por último, hay una relación con las plantas y la siembra que siempre se ha sostenido en el hogar adentro o afuera, cuando hay solar o un pequeño jardín. Pues hasta hoy damos cuenta de estas relaciones que se dan en espacios compartidos en el vecindario donde resisten pequeñas zonas verdes entre el cemento donde se siembran alimentos y plantas medicinales como penca sábila, pronto alivio, menta, mangos, aguacates, plátano,

orégano, etc.; otras plantas ornamentales y algunas otras que crecen rebeldemente entre las grietas del asfalto como el diente de león.

En las casas, las abuelas y las madres, sobre todo, siembran en materas y aprenden a tener una relación cotidiana de cuidado con las plantas con las que se habla, se armoniza el hogar y se mantiene una energía de protección y de cuidado dentro de la familia, también ante cualquier dolencia se vuelve una dispensa natural de medicinas basadas en plantas que se tienen en la casa o alrededor en el vecindario. Los saberes se van compartiendo, pues lo que el uno no sabe el otro lo complementa y se van transmitiendo formas de cuidado familiares y colectivas que se sostienen en relación con las plantas que la gente cuida o las que nacen en su rebeldía, trayendo beneficios vitales que posibilitan la pervivencia en los barrios populares, siendo legados vivos de los tejidos *interancestrales* que carga la gente mestiza de ciudad. Eso lo he visto mucho en mi madre y abuela, y en parte del tejido de cuidado solidario y afectivo que circunde en los hogares del barrio.

## **6. Cerrando esta siembra**

La colectiva Pachakutik se gesta con un horizonte de sentido de *volver a las raíces* como apuesta colectiva, comunitaria y territorial que se teje con la comprensión del tiempo en espiral de algunos pueblos indígenas. Al respecto, las sabidurías del pueblo Kitu Kara expuestas por Patricio Guerrero (2012, 219-20) nos dicen que:

una mirada diacrónica hace posible empezar a mirar la existencia de otras temporalidades, de historicidades fronterizas diversas, de tiempos no marcados por la linealidad evolucionista e historicista de occidente, sino de temporalidades cíclicas, espirales, que tienen otra visión del tiempo, en la que el pasado no está detrás como en occidente y el futuro adelante, sino que el pasado, como en las sabidurías andinas, está adelante, porque es un tiempo vivido y conocido y por eso nos permite construir memoria, y el futuro, está detrás, en la espalda, porque es un tiempo que aún no nace.



Figura 14. Espiral de ritual de siembra y conexión con la huerta y el territorio  
Fuente: Matilde Velázquez Flores (2023)

En esa medida, nuestro lugar de enunciación se ubica desde la comprensión de una temporalidad en transformación que implica volver al futuro para tejer la memoria del territorio, es decir, mirar atrás para tejer algunos trozos de nuestra ancestralidad borrada permitiendo que emerjan trazos de las fuerzas vitales que nos conectan con la defensa, cuidado y liberación de la Sagrada Tierra, los pueblos y los animales.

A través de la juntanza y la acción colectiva hemos ido tejiendo lazos comunitarios, afectivos y solidarios que perviven a pesar de las lógicas de urbanización, modernización, violencia política y *turistificación* atravesadas por una blanquitud de matiz neocolonial que se da en la comuna 13 y en otras partes del Valle de Aburrá, la región y el continente. Pues no es un fenómeno aislado, aunque diferenciado, se proyecta como mecanismo de dominación de los territorios donde habitan los pueblos despojados y subalternizados como lógica del modelo neoliberal en la ciudad.

Este horizonte nos invita a hacer visible lo invisible, es decir, tejernos con los mundos diversos que nos habitan y cohabitamos en los territorios y sus memorias con las gentes oprimidas de un lado y del otro, con las que nos encontramos y creamos acciones en pro de causas populares de liberación de los cuerpos, las mentes, los corazones, la tierra, los animales y el territorio a partir de la siembra, el juego, el ritual, el diálogo de saberes, el compartir, la música, el bazar, las fiestas del maíz, los talleres de arte, las actividades agroecológicas, las danzas de paz, la promoción del Acuerdo Global Basado en Plantas, entre otras.

Este reconocimiento integra las contradicciones que cargamos como sociedad y nombrarnos desde la parte borrada de la historia, que no nos cuentan en la escuela pero que se viene manifestando con fuerza y sutileza en la Huerta Guacamaya como un espacio

de acción territorial, ecológico, político, ético, espiritual y creativo que nace con un sentido de convivencia y paz en el sector el Hueco, permite resignificar la memoria, la identidad mestiza interancestral y la relación con el *ecoterritorio* como horizonte de liberación.

En esa medida, se da cuenta en este primer capítulo de una metodología que nombro como un *enraizamiento popular, un tejido interancestral con la memoria del territorio* conectada con la siembra y las relaciones comunitarias como legado ancestral indígena, afro, campesino y mestizo popular urbano que permite concebir la idea de *ecosmunidad*.

En consecuencia, se reconoce un pensamiento *ecofronterizo*, deslocalizado, indisciplinado y encuerpado en esta metodología que va más allá de la investigación, siendo un accionar cotidiano de liberación desde el proceso de sembrar, alimentarse y compartir en la Huerta Guacamaya entre humanos, animales, plantas y microorganismo, lo cual, posibilita pensar desde la interconexión con la tierra y los seres vivos con los que compartimos en un ecosistema.

De esta relación se gestan canciones que cocreamos para cantarle a la tierra, expandir la conciencia de la existencia y sanar las heridas que le hemos causado a la Sagrada Tierra y que cargamos como herencia cultural en el barrio. En ese sentido y en consonancia con la memoria del territorio contada en esta tesis, hago alusión a una parte de la canción *Mestizos de pura cepa*, escrita y compuesta por uno de los fundadores de la Colectiva Pachakutik, Alex Flores:

Toda semilla es el universo todos vamos sembrando la vida, el sol y la luna se alegran, el agua y el viento se transforman, y el fuego que habita en tu corazón va resonando el amor que sentías.

Recuerda como tus abuelos sembraban los alimentos en la tierra, se curaban con las plantitas no tenían EPS ni farmacias, sus tiendas de barrio eran los árboles y huerticas que los sostenían.

Familias enteras montañeritas cultivaban frijol y maíz, la calabaza también el plátano, la yuquita qué rica raíz, flor amarilla para los ojitos y matarratón para la fiebre. (Y que no falte la albahaca). Mestizos de pura cepa alimentados con arepa, calentado de frijol si está trasnocado mejor [...] (Alex Flores 2022, canción de la colectiva Pachakutik)



## Capítulo segundo

### Horizontes de sentidos políticos, espirituales y ecológicos en relación con la tierra y el territorio en la Huerta Guacamaya

#### 1. Sembrando vida

La tierra nos llamó a sembrarla en la Huerta Guacamaya y con ella sembrar la vida desde el corazón en mancomunidad con la gente y la memoria de nuestro territorio en el que nos hemos conectando profundamente con el maíz, un poco de eso lo refleja la siguiente ilustración de la primera Fiesta del Maíz realizada en la huerta en el año 2022, diseñada por Matilde Velázquez, fotógrafa mexicana e integrante de la Colectiva Pachakutik. La tierra nos ha ido enseñando que la vida se organiza desde la siembra y la alimentación, aprendemos el acto poderoso de la olla comunitaria, la chicha, el compartir de la cosecha como una práctica espiritual, política y ecológica de re-existencia para juntarnos, sabernos y como acto afectivo y recíproco para sanar la vida propia, familiar y colectiva con los seres con los que cohabitamos el territorio en un una pequeña trifrontera al margen del proyecto de urbanización y turistificación diseñado en la ciudad, donde nos juntamos con la gente del barrio, los árboles, los animales y la tierra sin marginarnos. Así, un poco como nos señala Marina Garcés en *Alterar los mapas, abrir los posibles: ensayos sobre cultura, política y colectividad*, al respecto de Espai en Blanc que hablaban de crecer en los márgenes sin ser marginales como horizonte de descentramiento institucional, conceptual y político habitando espacios en blanco que “se pueden abrir en el lugar más inesperado y no reconoce el mapa preestablecido” (2022, 63).



Figura 15. Ilustración de la imagen de la primera Fiesta del maíz en la Huerta Guacamaya  
Fuente: Matilde Velázquez Flores (2022)

De cierta forma es interesante esta postura, pero muy diferente a como se posiciona la Colectiva Pachakutik, pues también se descentraliza desde el lugar de la naturaleza sometida y dominada por la humanidad y la modernidad. Dentro del sentido de mancomunar se teje la memoria del territorio compartido en tiempos discontinuos de la historia que nos atraviesa, que se puede apreciar en el primer capítulo como una resignificación de la interancestralidad que nos recubre y un reconocimiento de los saberes y sentires negados que se han transculturalizado (Ortiz 1987) e integrado a la cotidianidad como forma de re-existencia y horizonte de liberación de las gentes diversas, los animales y la tierra.

Reconozco que todo se conecta con la energía vital de la vida, sanamos el ser con el territorio en el que nos afectamos con la tierra y vibramos con la potencia de la conciencia espiritual que nos trae la relación con la exuberancia y la espesura de la naturaleza donde establecemos vínculos y relaciones con mundos de sentido de lo vivo. Y en esa dinámica aprendemos a tejer relaciones ecosmunitarias mediadas por las acciones de siembra que se conectan con los relatos y las memorias interancestrales de nuestros pueblos para expandir sentidos propios que van despertando en nuestro hacer, caminando con los sonidos del corazón que guían el andar con el amor que nos traen los latidos de la tierra.

Somos una extensión de la tierra, hijos del arcoíris, de las lluvias, los vientos y el sol; del maíz, el frijol, la auyama, la yuca y el plátano; somos una diversidad de seres que van encontrando claridad y plenitud en las *huellas de pervivencia* presentes en la cotidianidad que habitamos en un mundo en crisis. Nos tejemos con las semillas nativas, criollas y libres como vínculos vivos de la memoria de los pueblos y el territorio que hacen parte de nuestra identidad mestiza campesina, andina y afroandina en el Valle de Aburrá.

En este trabajo hablo desde un *Nosotros* como un asunto sentido, corporalizado, pensado en otra latitud que se desmarca de la dominación del ser y el saber en el que me implico con otros y otras como horizonte metodológico. Es por eso por lo que identifico una afinidad por escribir en segunda persona del plural en algunos tramos, pues busco que mi escritura implique la realidad de la que se escribe y al lector, transitando a un equilibrio que rompa el individualismo de la primera persona y la frialdad objetiva de la tercera persona, no obstante, no evito caer en estas formas de expresión pues también las transito. Y aunque hablo desde mi lugar de enunciación, todo lo sentipensado en esta tesis

no sería posible sin los otros que han integrado la Colectiva Pachakutik y todas las formas de lo vivo que hacen parte de la Huerta Guacamaya, la historia del territorio que nos antecede y de la que somos parte, y del mañana soñado que se teje, inclusive, con los que aún no han nacido. De esta forma escribo mi historia, nuestra historia, pues es personal y colectiva, eligiendo el punto medio de un *Nosotros* que no me excluye ni excluye a los otros o a ellos o aquellos, con los que creo un sentipensar que me permite concebir la idea de *ecosmunidad* como horizonte de liberación político, ecológico y ético de un pensar con lo vivo más allá de lo humano.

## **2. Activación comunitaria y conexión con el territorio en la Huerta Guacamaya**

Desde el principio la Colectiva Pachakutik ha hecho un ejercicio por activar la comunidad en torno a la siembra, la convivencia y la paz en la Huerta Guacamaya. El accionar se ha mediado por prácticas de educación popular ambiental, artística y cultural promoviendo un sentipensar crítico y creativo en aras de transformar la mentalidad de la gente del barrio y el territorio. Las actividades realizadas las hemos ido registrando y publicando en nuestra cuenta de Instagram @Pachatrece, donde se da cuenta de la línea de tiempo del proyecto de siembra durante estos 5 años de proceso.

Las dinámicas se han basado en encuentros dominicales cada ocho días, en la medida de lo posible, habiendo domingos de descanso. Sin embargo, las personas que tienen la posibilidad de tiempo tratamos de estar presentes cuidando la siembra en el transcurso de la semana, pues en ocasiones las labores de trabajo y estudio nos dificultan ir diario a la huerta. Cada cierto domingo invitamos a la gente a realizar tomas colectivas del espacio público por medio de un baffle, música, juegos populares, talleres, círculos de palabra y olla comunitaria como un asunto de juntarnos, reconocernos y reconocer nuestro territorio, abrir los referentes de pensamiento y plantear alternativas de apropiación y tejido comunitario en torno a la siembra.

La huerta se va gestando como una escuela viva en un pedazo de montaña que se sostiene entre el cemento donde los saberes se comparten y la acción colectiva se articula para meterle mano a la huerta y a la celebración de la cosecha como una reivindicación política, cultural y ecológica comunitaria, tal como se aprecia en la siguiente fotografía. Aprendemos del proceso asociativo de la milpa, una forma de siembra de maíz, frijol, auyama, ají y plantas medicinales que nos hermana con la sabiduría ancestral y propicia un sentipensar con lo vivo.



Figura 16. Círculo de palabra en jornada de siembra en la Huerta Guacamaya  
Fuente: Cristian Idarraga (2021)

### 2.1. Recorriendo el proceso transitado en la Huerta Guacamaya

A finales del año 2021 hicimos nuestra primera activación comunitaria, para ese espacio contamos con la financiación de Presupuesto Participativo de la comuna 13 (C13) y la secretaria de Juventud en el marco de la convocatoria de Dinámicas juveniles C13. Durante esos días diseñamos un *flyer* y lo pegamos por los postes, muros y tiendas del barrio invitando a la gente a participar de este proyecto. Por otro lado, gestionamos un parlante, un micrófono y una carpa que nos prestó la Mesa de Juventud C13.

Ese domingo salimos Alex y yo desde las 8:00 a.m., instalamos en la calle una mesa y los recursos técnicos gestionados y empezamos desde abajo de las escalas del barrio el Hueco a animar la gente del barrio a participar de la jornada por medio del bafle. Les contamos de las actividades a realizar, detallamos el orden del día que incluía juegos populares para niños y adultos como carrera de costales, costalitos de agua y bingo de aporte voluntario; compartir de refrigerio y construcción de un sueño colectivo del territorio. La gente fue escuchando, los niños y adultos se organizaron y salieron a compartir. Durante el transcurso del día se puso música animando el ambiente.

Ese día jugamos, nos divertimos, nos reconocimos, invitamos a la gente a sembrar en la huerta por la convivencia y la paz, comimos en comunidad y construimos el pasado, el presente y el futuro soñado en el territorio. Con el recurso económico gestionado compramos costales, bombas, papel crack, cinta, marcadores, el bingo, semillas, herramientas como machetes, azadones y pica; y los refrigerios. Desde ahí se motivó la gente a sembrar y se iniciaron las juntanzas dominicales en la huerta con la fuerza colectiva. Durante el transcurso de ese año los niños y algunos adultos asistían constantemente a meterle mano a la huerta, pero también había personas que creían que ahí no crecía nada. En ese tiempo se logró consolidar el proyecto, desherbar la huerta,

sacar la basura que fue arrojada por varios años a este lugar, realizar camas horizontales guiados por los saberes de Miro y empezar a sembrar alimentos como la acelga, frijoles, tomate, rúcula, flor amarilla, albahaca, entre otras plantas alimenticias y medicinales. Las primeras cosechas se compartieron con la gente que iba a sembrar a la huerta y con algunas familias del barrio que tenían necesidades económicas insatisfechas. Se recuerda con alegría nuestra primera relación con la acelga, un alimento que muchos del barrio no conocíamos, incluyéndome, de la que aprendimos sus nutrientes y formas de prepararla.

En el 2022, se inició el taller de construcción del agro nivel, una estructura en A hecha con madera con un péndulo en el centro hecho con una cuerda y una piedra, que ayudaba a realizar el trazado a nivel del terreno de la huerta para realizar las camas en la huerta y así sembrar el maíz. Con el apoyo de Jesús, un habitante del sector con formación en técnico agrícola, medimos el espacio de la huerta reconociendo su tamaño de 15 metros de ancho por 30 de largo, reorientamos las camas horizontales y las hicimos verticales aprendiendo que de esta forma se conservan mejor los nutrientes en la tierra, se retiene la humedad y se aprovecha mejor el espacio para sembrar. También comprendimos que el maíz ayuda a cuidar el suelo por ser una planta con raíces profundas que remueven nutrientes de abajo de la tierra hacía la superficie. En ese proceso nos acompañó Andrés, habitante del sector con formación en biología y fundador del proyecto de siembra Tierraza, en San Javier. Con él, aprendimos sobre el aporque del maíz, el cuidado de las plagas sin químicos y los tiempos de cosecha, además de propiciarnos diversidad de semillas libres de químicos.

Desde el domingo 13 de febrero hasta marzo 6, se hizo la primera siembra de más de 400 semillas de maíz, era una variedad nombrada velita que nos compartió Espora, una corporación integrante de la Red de Semillas libres de Colombia. Durante ese tiempo hasta el mes de junio, realizamos actividades agroecológicas en la huerta, círculos de palabra y prácticas de música medicina cantándole a la tierra y al territorio.

El 1 de julio, cosechamos las primeras mazorcas, compartimos algunas con la gente del barrio como símbolo de soberanía y libertad, otras las desgranamos y montamos una chicha de maíz en la Casa en el Cielo. Para ese propósito indagamos con algunos indígenas Êbêra Chamí y Múruí-muina como realizar la chicha, pues no contábamos con el conocimiento. El domingo 10 de julio realizamos la primera Fiesta del Maíz llamada *Bëk'uara: soberanía de pensamiento, palabra y acción*. *Bëk'uara* es una palabra de la lengua Êbêra bedea que significa maíz dulce o maíz amarillo. Fue un

espacio para el compartir del juego y el aprendizaje, basándonos en los saberes recogidos en estos tiempos de siembra y cosecha. Espacio pensado para el diálogo y el encuentro con otras formas de existir y hacer comunidad, tomando y entendiendo los saberes ancestrales desde nuestros sentires, respetando las tradiciones de las comunidades más antiguas de nuestras tierras que nos muestran el camino armonioso en conexión profunda con la sabiduría del acto de sembrar, cuidar y compartir con abundancia, la cual la entendemos como el amor. (Colectiva Pachakutik 2022, párr. 1)

Ese día nos convocamos desde las 10:00 am hasta las 5:00 p.m., realizamos juegos populares como brincar al lazo, talleres de fotografía experimental en cianotipia botánica con Matimorfosis, taller de plantas aromáticas y medicinales con la Casa Cultural y Agroecológica La Matera, un parloteo, la proyección de un documental, se compartió música Pachakutik y se hizo una frijolada vegana de olla comunitaria. Esos frijoles aún los recuerda la gente del barrio pues decían que nunca habían comido frijoles tan ricos. En esa celebración de la cosecha sacamos un parlante con micrófono en aras de animar la gente del barrio a participar, pusimos música, realizamos un altar con semillas y elementos de la tierra y el territorio, haciendo de la jornada un asunto espiritual, comunitario, político y ambiental desde la autogestión y la fuerza colectiva. En esa oportunidad nos acompañó un grupo de más de 30 jóvenes de Medellín del proceso político El Derecho a No obedecer. Al final de la jornada nos reunimos los de la colectiva Pachakutik y algunos integrantes de La Matera, y celebramos a modo de reunión en la Casa en el Cielo. Durante el transcurso de ese año seguimos activando la comunidad con labores culturales en la Huerta Guacamaya.

En el 2023, iniciamos el año organizando la infraestructura de la huerta, pusimos una puerta en la entrada y pintamos un letrero en madera con el nombre Huerta Guacamaya. También realizamos otras adecuaciones como las camas de siembra con guaduas y constantemente jornadas de siembra compartiendo chocolatadas, mingas de trabajo y pacificación de los grupos violentos del barrio que se nos querían imponer. Por esos días, al gestionar las guaduas para las camas de siembra que nos había propiciado Ferney, un vecino del barrio, *los manes de la vuelta* que hacen parte del combo armado que pretenden controlar esa zona del territorio nos impidieron entrarlas a la huerta generando amenazas contra Alex y lo integrantes de la colectiva. Esta situación nos llevó a movilizarnos, hablamos con personal de la Secretaria de la No violencia de la Alcaldía de Medellín, programamos una minga, y al son de la fuerza colectiva, pancartas y diálogo mediamos la situación con los actores armados, movilizamos el apoyo comunitario y subimos las guaduas a la huerta.

Posteriormente, el domingo 26 de marzo, se hizo la juntanza pro mural de la Guacamaya en la huerta, con chocolatada y juegos populares. Por esos días también se hizo el mural de doña Gilma, una mujer del barrio víctima del conflicto armado que había muerto de forma natural. El 3 de mayo se hizo una minga de siembra de maíz y activación comunitaria. Posteriormente se realizaron talleres de aporque del maíz que consistía en acumular tierra en la base del tronco o tallo de la planta para que crezca firme y con buenos nutrientes, facilitando el riego e impidiendo la acumulación de humedad.

El 29 de junio, fuimos anfitriones de un recorrido de Medellín en la Cabeza, un programa de la Secretaría de Juventud de Medellín que promueve caminatas juveniles por diferentes escenarios de la ciudad.

El domingo 8 de octubre, celebramos la *segunda Fiesta del Maíz: conectando con la tierra en comunidad*, “fue el sentido que tuvo esta celebración de la cosecha del maíz, compartiendo bebidas, alimentos, saberes, música andina y talleres creativos, además de las labores culturales en la huerta Guacamaya entre la alegría, la afectividad y la conciencia medioambiental a partir del arte y la cultura” (Colectiva Pachakutik 2025a, párr. 1). Fue una celebración de autogestión similar a la primera fiesta del maíz.

El 21 de octubre, participamos en los senderos y tejidos por la memoria intercomunal hablando de ¿cómo se construye paz por medio de la ecología y la siembra en la ciudad?, con un programa de Iniciativas de Paz de la Secretaría de la No Violencia. En ese escenario resaltamos la importancia de volver a las raíces y al tejido en comunidad como herramienta de sanación para la paz a través de la siembra en la huerta. Ese encuentro incluyó un recorrido por el cementerio Universal, un conversatorio sobre las víctimas del conflicto armado y la desaparición forzada, y una feria artesanal en el Museo Casa de la Memoria.<sup>13</sup> De este espacio se crea el video *Senderos y Tejidos por la Memoria Intercomunal* (Velázquez 2023) y cerramos el encuentro con una presentación musical como Colectiva Pachakutik. En ese encuentro participó la Red de Víctimas Sobrevivientes, un espacio de mujeres de varias organizaciones que trabajan por los derechos de las víctimas en Medellín; La Casa Cultural y Agroecológica La Matera, un espacio de juventudes para la cultura y la agroecología urbana; y MedePaz, una organización autónoma de excombatientes firmantes del acuerdo de paz entre el Estado Colombiano y las guerrillas de las FARC, “que buscan contribuir a la construcción de la paz, pero también exigir el cumplimiento de lo acordado en el proceso de paz” (Muñoz

---

<sup>13</sup> La secretaria de la No violencia tras el cambio de Alcalde en el año 2024 fue cerrada.

2021). Durante ese año seguimos constantes con los domingos de siembra en la huerta Guacamaya.

En el 2024, continuamos con la misma dinámica además de realizar otras actividades. Por ejemplo, el sábado 4 de mayo se hizo una jornada cultural de exploración de territorio nombrada: *Autonomía, territorio y cianotipia en la Huerta Guacamaya*, que incluyó dos talleres, uno de crónica literaria en relación a la memoria del territorio y otro de fotografía cianotipia, cerrando con una conversa acerca de la gestión cultural y sostenibilidad a través de plataformas digitales de criptomoneda. Esta jornada se realizó en conjunto con el colectivo Cinestrato y Platohedro, y fue financiada por Nouns amigos, una plataforma libre de criptomoneda que financia proyectos culturales.

El 23 de junio, se realizó una juntanza mágica en la huerta desde la autogestión con talleres de elaboración de compostera, cosecha de orégano, *lentejada* comunitaria, juegos populares y procesos de fermentación en compañía de La Casa Cultural y Agroecológica La Matera y la abuela Virginia. El 4 de agosto, se gestó la segunda juntanza mágica sobre el calendario y k'iin Maya en la huerta, y alimentación física, mental y espiritual en la Casa en el Cielo. Dirigido por el Mago y Nata, viajeros de Argentina e integrantes del proceso Caminantes Somos.

El domingo 11 de agosto, se hizo el taller bailando con las plantas, un espacio de yoga danza y meditación acción, compartir de palabra en torno a la relación con la tierra y las emociones, y compartir de música medicina.

El 23 de octubre, realizamos una actividad alternativa a la fiesta del maíz con el Colectivo Cinestrato, que contó con financiación de la política pública de Cultura Viva Comunitaria y los estímulos económicos de arte y cultura de la ciudad de Medellín, llamada *Arte, tierra, vida: Tejiendo comunidad construyendo buenos vivires en la ciudad* (Pachatrece y colectivo Cinestrato 2024, párr. 2), donde se realizó un intercambio de saberes por medio de un recorrido experiencial entre colectivas y organizaciones que trabajan por la resignificación de la memoria y el patrimonio desde la diversidad del arte y los saberes ancestrales. Conectamos procesos desde la comuna 4 hasta la comuna 13, acercándonos a saberes sobre la fotografía alternativa con procesos análogos, escultura en cerámica, consolidación y lucha permanente de huertas comunitarias y pigmentación con tierra, cerrando con una presentación de música afroandina por parte del grupo Amanaser y música andina por la Colectiva Pachakutik.

En el 2025, iniciamos con el proyecto *Huertas comunitarias para los buenos vivires* con el semillero de investigación que coordino desde el 2023, *Wèt Wèt Fxi'zenxi*

–hablemos de los buenos vivires–, articulado al Grupo de Investigación en Estudios Interculturales y Decoloniales de la Universidad de Antioquia. En esos primeros meses del año había preocupaciones por que el proceso había quedado un poco solo, yo andaba en Ecuador en las clases presenciales de mi maestría y Alex quedaba sosteniendo el proyecto, pues los otros integrantes se habían retirado de la colectiva Pachakutik a finales del año 2024. Además, había riesgos por parte de actores armados del barrio y actores institucionales que querían sacarnos del espacio baldío que venimos ocupando, ante lo cual, resistimos con la juntanza y las dinámicas colectivas realizando el 9 y 15 de febrero una gran siembra de maíz.

De abril a junio, realizamos actividades de *ecocartografía* de la huerta, sentidos *ecosmunitarios*, círculos de palabra, cantos a la tierra y jornadas de siembra agroecológicas y bioculturales. Con el semillero de investigación *Wêt Wêt Fxi 'zenxi* –hablemos de los buenos vivires–, realizamos el taller *Hijas del sol: el papel de las abejas nativas en los sistemas de siembra*, reconociendo las abejas de la huerta e instaurando casitas para su proliferación.

El 30 de junio se realizó la *Minga cultural el Milagro* como parte de un proceso pedagógico con actividades de danzas de paz, adecuación de la huerta y la cancha, olla comunitaria y talleres para cuidar la vida con Casa Mándala Ecovegan, el movimiento vegano de Medellín y el grupo de Danzas de Paz de Antioquia. En esa oportunidad se promovió el Acuerdo Global Basado en Plantas, que busca posicionar en la agenda política de los gobiernos una transformación de los sistemas alimentarios como forma de contrarrestar los efectos de la crisis climática.

En julio, realizamos siembras por la vida en la huerta guacamaya, círculos de palabra sobre agricultura sintrópica y tejidos de solidaridad con la huerta el Jardín de las Delicias, en Marinilla, ante la agresión de violencia sufrida en su huerto comunitario.

En agosto, hicimos un recorrido de avistamiento de aves y un taller de identificación de aves urbanas con el apoyo del semillero de Ecología urbana de la Universidad Nacional, sede Medellín. En septiembre hicimos el taller de cometas con niños *Alas para la tierra* y estudiantes de trabajo social que hacen su trabajo de tesis con la Huerta Guacamaya. En octubre, se realizó una cosecha de yacón y la creación de un sirope de yacón.

En noviembre, hicimos el proyecto *Batará alas y raíces*, dialogando entre la relación de las plantas y las aves como Proceso de Educación Ambiental (PROCEDA), en el que realizamos una *ecocartografía* con cianotipia de las aves de la huerta, recorrido

de avistamiento de aves y siembra de plantas para las aves, ese proyecto fue financiado por Presupuesto Participativo C13. En este proceso identificamos las siguientes aves: Tortolita rojiza, Tórtola orejada, Mango pechinegro, Colibrí colirrufo, Carpintero habado, Batará carcajada, Espatulilla común, Elaenia copetona, Mosquero alicastaño, Sirirí común, Golondrina azul y blanca, Cucarachero común, Cucarachero chupahuevos, Mirla pantanera, Azulejo común, Azulejo palmero, Canario coronado, Espiguero ventriamarillo, Mielero, Picogordo gris, halcones, gallinazos, coquito, guacharacas, loros y en algunas ocasiones hasta guacamayas, entre otras.

Ese mes, realizamos los talleres de máscaras de animales de poder con el proyecto Ni arte ni sana. También, tuvimos un encuentro con la Escuela Sociopolítica Trenzando Territorios del Valle de Aburrá donde conversamos sobre el proceso de re-existencia territorial, la liberación de los pueblos, la tierra y los animales alrededor de la huerta comunitaria urbana.

Y en diciembre, se empezó a realizar el mural por la paz y la convivencia de la guacamaya que fue borrada. En ese contexto, se autogestionó la pintura y los materiales y se contó con el apoyo de una artista de Bogotá conocida como Lirio de Agua, llamada Brenda Rubiano. En ese proceso, al iniciar a pintar el mural fuimos víctimas de una agresión por parte de un grupo armado del barrio, los cuales llegaron al espacio amedrentándonos con un arma de fuego, diciendo que si pintábamos ese muro nos daban bala y nos sacaban de la huerta. Al final logramos mediar la situación a través del diálogo, pues ellos habían sido los que nos borraron la guacamaya para hacer un mural de uno de sus amigos que habían matado por esos días. Conciliamos acordando dejar un espacio para poner el rostro de su amigo al lado de la guacamaya, de esta forma logramos seguir adelante con el mural propuesto siendo respetados por este grupo armado.

En el trasegar de la Huerta se han hecho, aproximadamente, más de 100 actividades *agropecuarias* de siembra y talleres de diferente tipo en torno a juntanzas, mingas y encuentros dominicales, de las que se describieron las más relevantes anteriormente, contando con la participación aproximada de 900 personas. Se han hecho tres murales, dos de la guacamaya y otro de un rostro de doña Gilma. Se han realizado dos fiestas del maíz, un encuentro de Cultura Viva Comunitaria y una jornada de Danzas de paz, entre otras actividades importantes.

En estos escenarios se potencia la resignificación colectiva del territorio y los animales, donde la Guacamaya es el espíritu ancestral que guía el proceso conectando sentidos como “llenar el territorio de colores de vida, seguir soñando en que son posibles

otros mundos y que podemos desplegar las alas, cantar y conectarnos con la sagrada tierra para sembrar el alimento, pero también el espíritu, el trabajo comunitario y la transformación de nuestros entornos más inmediatos” (Colectiva Pachakutik 2022, párr.2). Es así que se invita a la comunidad a apropiarnos de nuestra memoria interancestral, volver a las raíces, conectarnos con la tierra y afianzar la relación con la vida resignificando el nombre del sector el Hueco como sector Guacamaya en la primera Fiesta del Maíz, “para que el territorio se llene de colores vivos y vuele alto con su canto de lucha por una vida digna” (Colectiva Pachakutik 2022, párr.3), apropiándonos del territorio para el uso y disfrute de la gente, animales y plantas como *ecosmunidad*.

Las tomas culturales y ambientales realizadas se conforman como escenarios que se gestan entre alianzas y juntanzas con procesos sociales, culturales, ambientales y académicos con los que generamos redes de trabajo colectivo y territorial apostando por relaciones recíprocas, solidarias, autogestionadas en pro de activar espacios comunitarios, ambientales, artísticos y culturales en la Huerta Guacamaya,<sup>14</sup> aunque en ocasiones hay recursos económicos que financian los proyectos por medio de convocatorias públicas.

En ese sentido, la Huerta Guacamaya se va consolidando como un espacio comunitario y *biocultural* de re-existencia donde se potencia la biodiversidad y las relaciones culturales diversas, posibilitando la organización colectiva alrededor de la tierra, reconociendo las relaciones *interespecies* vitales para la vida en la ciudad, diversificando semillas libres de químicos, criollas y nativas, y activando otros pensamientos que invitan a romper la dominación subjetiva y liberar la conciencia *ecoexistencial* del sujeto mestizado y su relación con la tierra y el territorio, en pro de amar la vida al final del día como la gran cosecha, con la esperanza del que siembra para un mañana en el que amanece la liberación de los pueblos y de la tierra, así como nos recordaba Cristian Idarraga “estamos sembrando el corazón y el espíritu para la paz” (Velázquez 2023, 3:33).

### **3. Conectando sentidos ecosmunitarios en la Huerta Guacamaya**

En este apartado me propongo construir lecturas acerca de las relaciones históricas y presentes de los rezagos que quedan en las memorias de la gente del barrio y los saberes de los pueblos con los que se teje la dinámica huertera, en pro de pensar relaciones

---

<sup>14</sup> Estos procesos hacen parte del movimiento social urbano en Medellín, con los que nos relacionamos en las diferentes actividades que se van realizando en la Huerta Guacamaya.

diferentes con la tierra y el territorio en la ciudad dimensionando aspectos relacionales que se dan entre los grupos humanos, animales, plantas y los microorganismos, pero también con las montañas, los ciclos de lluvia, la luna y el sol posibilitando hacer conscientes la relación que tenemos los mestizos de barrio popular en una ciudad blanqueada con las raíces interancestrales que nos atraviesan.

Esta interrelación surge en las dinámicas populares barriales en una dimensión espiritual, política y ecológica para caminar otra forma de vivir en la ciudad, donde volver a las raíces en conexión con la tierra, el cosmos y la mancomunidad genera cuestiones críticas en la praxis de sembrar que permite tejer caminos reflexivos y prácticos para ir sanando la vida de las heridas históricas y presentes que cargamos como sociedad urbana mestiza, aprendiendo a pensar con lo vivo, prestando atención a esas otras forma de sentipensar que surgen con los otros seres diferentes a los humanos con los que compartimos la vida. Un poco como señala Kohn en su libro *Cómo piensan los bosques* (2021, 311) “estos seres no humanos piensan y su pensamiento es una forma de asociación que también crea relaciones entre sí-mismos”, un reconocimiento que nos interpela para pensar las relaciones culturales más allá de lo humano como horizonte de liberación.

### **3.1. Una breve discusión sobre la concepción de comunidad: construyendo la comprensión de *ecosmunidad***

La Huerta Guacamaya es un escenario de encuentro de la gente de los barrios de la comuna 13 y la ciudad, donde se tejen interrelaciones con la sabiduría de la tierra y la siembra que se complementa con el conocimiento popular que la gente guarda en sus memorias de su pasado campesino, afro o indígena tiempo antes de habitar la ciudad, de los relacionamientos interculturales con diversos pueblos y procesos sociales, étnicos y populares donde se transmiten saberes actuales que van tejiendo la memoria y la acción colectiva del mestizo en torno a la tierra en la urbe.

Por otro lado, se teje el saber técnico y científico de las personas que se han formado como técnicos agrícolas, biólogos, sociólogos, diseñadores, comunicadores, fotógrafas, electricista, etc., con los que se va complementando un diálogo intercultural ampliado.



Figura 17. Jornada cultural en la Huerta Guacamaya  
Fuente: Matilde Velázquez Flores (2023)

Tras la experiencia de sembrar en colectividad y comunidad, se van intercambiando conocimientos que devienen en comprensiones propias que se reflexionan en la Huerta Guacamaya, pero también con otras huertas comunitarias con las que cooperamos expandiendo la acción huertera como aulas vivas de re-existencia, expandiendo un sentido de comunidad ampliada, tal como se muestra en la imagen anterior.

Retomando al educador popular e investigador social Alfonso Torres Carrillo (2013) en su libro *El retorno a la comunidad. Problemas, debates y desafíos de vivir juntos*, comprendemos la revaloración de la idea de comunidad en el proceso de modernidad. En este sentido, si bien la comunidad como construcción moderna contempla unas lecturas relacionadas con un vestigio del pasado ante las nuevas sociedades industrializadas, más bien aparece como horizonte potencial para comprender las relaciones otras que se liberan de las cadenas de la individualización que ha marcado el proceso de industrialización, urbanización y mercantilización de la vida.

Por lo tanto, se comprende la idea de comunidad como “un tipo de relación social, como un valor y como un horizonte de futuro que se opone al capitalismo como sistema económico, modo de vida y proyecto ético-político” (Torres 2013, 218).

Las relaciones que se tejen con otros procesos huerteros en la ciudad van ampliando la idea de comunidad en espacios como la mingas y la juntanza como escenarios de siembra, compartir de saberes y fortalecimiento de las huertas comunitarias, diálogos y procesos que marcan un horizonte ético y político de reciprocidad, apropiación y transformación del modelo de sociedad imperante.

Por ejemplo, con Tierra Rebelde, un proyecto de autonomía alimentaria basado en plantas ubicado en el corregimiento de San Cristóbal a 30 minutos de San Javier, se promueve la siembra y la alimentación desde una crítica a la explotación animal y de los territorios generando procesos pedagógicos potentes en relación a la agricultura sintrópica (Gietzen 2016) como agroforesta, recuperación y cuidados del suelo y los ecosistemas biodiversos. Con ellos se han generado procesos recíprocos que se hermanan a trabajar la tierra con la Huerta Guacamaya y el semillero de investigación *Wêt Wêt Fxi'zenxi* – Hablemos de los buenos vivires–, por medio de mingas o acompañamientos para darnos fuerza, posibilitando imaginar en la ciudad el bosque urbano comestible y la expansión de corredores *bioculturales* como proliferación de la vida.

En esos trajines se tejen amistades, se diversifican semillas, se comparte palabra sabrosa, bebidas alegres como chicha o cambucha, contemplando buenas frutas y cosechas entre conversas, cantos, risas y complicidades moviendo la energía colectiva con la tierra, agrietando el sistema y sembrando vida. Camila, de Tierra Rebelde, genera contenido pedagógico a través de redes sociales como Instagram, una de sus últimas publicaciones da cuenta de la potencia de este horizonte de liberación en la ciudad:

La huerta como aula: de aulas muertas a pedagogías vivas. La educación tradicional nos enseñó a competir, la huerta nos enseñó a cooperar. Aquí no hay quien sepa más, hay quien comparte lo que sabe. Nos desconectaron de los ciclos de la tierra, aprender a sembrar nuestro alimento es recuperar autonomía, es dejar de depender de sistemas que nos enferman y nos controlan. La agricultura sintrópica imita el bosque: diversa, abundante, regenerativa. ¿Y si así también aprendiéramos? Sin monocultivos de pensamiento. Aquí el aula es circular, la pedagogía es horizontal. El conocimiento fluye como el agua: de la tierra a nosotrxs, de nosotrxs a la tierra. Retornar a los ciclos de la tierra no es retornar al pasado, es re-imaginar el futuro: con raíces profundas y árboles solidos que sostengan toda la vida. Cada semilla que sembramos es un acto de resistencia. Cada persona que aprende de la tierra es una grieta en el sistema. (Tierra Rebelde 2025)

Otro proceso con el que nos tejemos es La Matera, una casa agroecológica y cultural huertera que promueve economías solidarias y populares con una red interna y externa de productores locales y artesanales, que diversifican diferentes procesos derivados de la relación con la tierra, las semillas, los alimentos, los fermentos, los destilados, las extracciones de esencias, la composta, la siembra, los procesos comunitarios, artísticos y culturales siendo un espacio pedagógico y de re-existencia donde se reivindica el cuidado de la tierra, la protección de semillas, el suelo y los bienes comunes como el agua (La Matera 2025). En la matera nos sembramos en la ciudad como trincheras cotidianas de re-existencia. En un encuentro con el semillero de investigación *Wêt Wêt Fxi'zenxi* –hablemos de los buenos vivires–, nos compartía un compañero que:

“sembrar es un vuelo, un viaje hacia la vida. El dejarse llevar por los elementos para encontrar el aliento al entrar a la tierra, de hacerse uno con ella. También es escuchar, compartir, observar y sentirse ligero como una mariposa” (La Matera 2025, conversación personal).

Con La Matera nos damos fuerza en los procesos de siembra y los *juntas* que se dan como reproducción y ampliación de una comunidad extensa que defiende la tierra, la vida, los animales, la alimentación consciente, las economías solidarias y populares, dignificando de forma práctica una relación otra con la tierra y los *hermagos*, caminando otros mundos que no se diseñan sino que surgen con el movimiento social, cultural, subjetivo y colectivo de unas relaciones diferentes, críticas, basadas en lo vivo que se dan en las huertas comunitarias como trincheras de re-existencia urbana potenciales de vida.

Es así que se vislumbra un horizonte ético y político de mancomunidad, entendida como “la voluntad de compartir medios y fines, recursos y acciones, horizontes colectivos y decisiones individuales [...] [Creando] un vínculo a múltiples escalas y dimensiones de la vida, personal y colectiva” (Garcés 2022, 78).

Aunque estas acepciones se quedan en una relación humana que recogemos como horizonte crítico, dado la naturaleza y la comprensión de las dimensiones políticas, espirituales y ecológicas relacionadas con la Huerta Guacamaya, la relación comunitaria se concibe como forma integral asociada con la tierra y las otras formas de vida con las que cohabitamos el territorio urbano.

Por lo tanto, se recoge la idea de *cosmunidad* de Patricio Guerrero (2018, 20), donde comprendemos que “todas las interrelaciones con la naturaleza, con la sociedad o consigo mismas/os están marcadas por el ordenamiento cósmico de la existencia”.

En esa medida, las relaciones mancomunadas también se tejen con la Sagrada Tierra y el cosmos en saberes cotidianos que nos conectan con plantas, animales, lluvia, energía de la luna, sol y estrellas en una frontera entre barrios al margen de la ciudad donde sembramos.

En ese sentido, *ecosmunidad* es un nombrar otro, una categoría y un sembrar que nos invita a posicionar justicia epistémica dignificando el pasado y comprensiones otras de mundos que contenemos y liberamos, conectando una comunidad ampliada que se piensa “más allá” de lo humano, como señala Kohn, aquello que “también nos sostiene y nos hace los seres que somos y que podríamos devenir” (2021, 307).

Este accionar se amplía a otras regiones donde también se vienen dando disputas importantes por la apropiación del territorio para sembrar y generar procesos

comunitarios, que con dolor van dejando jóvenes sembradores muertos por defender y potenciar la vida y lo vivo. Por ejemplo, en Bogotá y Cali, también vienen proliferando huertas urbanas comunitarias con fuerza en escenarios signados por la violencia que ejerce el poder narcoparamilitar que pisotea las semillas, las erradica, las flagela. En Bogotá pasó con Camila Ospitia y Camilo Sánchez, dos líderes sociales, raperos y huerteros asesinados el 15 de agosto del año 2024 “por la banda los Patacones tras oponerse al microtráfico en su barrio” (Ñáñez 2025, párr.1). Un año después la comunidad *El Bicho*, de la que hacen parte, siguen resistiendo con arte y semillas resignificando sus legados como memoria viva de una lucha por la dignificación de la vida y el relacionamiento con la tierra en los barrios periféricos de la ciudad.

En Cali, tras el estallido social en el año 2021 las huertas comunitarias hicieron parte del prontuario de lucha y los sitios de:

resistencia en los barrios populares, en los parques, en los separadores de las calles y cerca de los bosques urbanos, humedales y ríos. Ellas recuperan espacios olvidados: terrenos baldíos, antiguas escombreras y áreas consideradas peligrosas. Allí, la reforestación y la preservación entrelazan con actividades culturales y educativas, impulsando propuestas económicas populares, pequeñas unidades de negocio y emprendimientos artesanales que desafían la lógica capitalista, al priorizar la participación comunitaria, el bien común y la redistribución de la riqueza, en lugar de la acumulación y maximización de ganancias. (Hurtado 2025, párr. 8)

Además, las huertas impactan en la capacidad de reforestación de las ciudades y el incremento de diferentes especies de aves, artrópodos y mamíferos.

De esta forma, se avizora la potencia de un movimiento urbano en defensa y cuidado de la tierra, de los animales, los árboles y los ríos expandiendo la reforestación, disputando los sentidos de mundo que ha impuesto la modernización en sus procesos de urbanización, industrialización y *turistificación* en unas relaciones de desigualdad, sometimiento e imposición de los pueblos en las ciudades controladas por estructuras subcultas de poder que operan en los barrios ejerciendo el control territorial y de relaciones económicas de microtráfico y extorsión como dinámicas *narcoparamilitares*.

### **3.2. Relacionamientos populares de re-existencia en la Huerta Guacamaya.**

Sentipensando la vida en relación con la tierra y la comunidad en la comuna 13 en un contexto de *turistificación* y desigualdad, donde la lucha comunitaria por la tierra se expande y conecta con otras luchas en otras ciudades del mundo como se da con el Colectivo Coamil federalismo, “un espacio de siembra, milpa y jardín medicinal [que] transforma una de las avenidas más transitadas de Guadalajara en un oasis de alimento,

medicina y memoria. No es solo un jardín: es un aula viva, un espacio de resguardo de la memoria ancestral y una declaración de soberanía” (El Proyecto Esperanza 2025, párr. 1); a través de Matilde Velázquez, una exintegrante de la Colectiva Pachakutik de nacionalidad mexicana que ha estado participando de la Huerta Guacamaya hace algunos años, se crean redes de siembra que traspasan fronteras, pues la tierra nos hermana. Matilde, al retornar nuevamente a su país después de vivir en Colombia, su experiencia con la siembra la llevó a seguir moviendo su energía con otros *hermagos* en Guadalajara, en ese proceso conoció al Colectivo Coamil Federalismo generando puentes de conexión y de lucha como procesos de re-existencia internacionales.

En ese tejer, se da la construcción colectiva del podcast *La milpa nos hermana* (Colectivo Coamil Federalismo 2024), una conversación más allá de las fronteras, donde se habló de la conexión con el territorio que se ocupa con la huerta, de sus dificultades y retos, y las emociones que nos recorren entre la siembra de la milpa y las relaciones culturales y solidarias con las que nos abrazamos con la comunidad en la ladera entre la cuenca que nos abraza.

Actualmente la siembra de Coamil Federalismo se ha visto violentada de forma sistemática, el 2 de octubre de 2025 “plantas de maíz y sobre todo una gran cantidad de calabaza – el corazón de la milpa mexicana ancestral – fueron segmentadas, los ejemplares de plantas frutales, [...] y diversidad de especies del jardín medicinal [...] sufrieron destrozos” (El Proyecto Esperanza 2025, párr. 2), siendo el último daño causado por actores externos que han “seguido un patrón constante, casi sistemático, coincidiendo con las podas en el camellón y labores municipales de mantenimiento en las calles cercanas” (párr. 2), una agresión contra un proceso agroecológico de base desde el año 2016, que posiciona su grito en defensa “¡No es pasto, es milpa!”, “No es pasto, es alimento, medicina y vida” (párr. 3), reclamando el espacio público como suelo vivo.

En el andar de la Colectiva Pachakutik también nos hemos tejido con el Jardín de las Delicias, un espacio que se han tomado actores de la comunidad del municipio de Marinilla para sembrar y reconectar con sus raíces ancestrales y campesinas y pensarse y accionar la disputa del territorio ante el modelo de desarrollo neoliberal que se viene implantando en el oriente antioqueño (Semillero de Investigación Buen Vivir y Territorio 2025a). En el mes de julio de 2025, este espacio también sufrió acciones de violencia, árboles y plantas fueron macheteados y arrojados. “Atentar contra la huerta es también una afrenta contra quienes no hacemos parte de la guerra y el despojo y contra quienes intentamos construir nuestras vidas con las enseñanzas de la tierra, la solidaridad, el

respeto por la naturaleza y la paz inherente a nuestros haceres y saberes” (Semillero Buen Vivir y Territorio 2025b, párr. 3). Contra estas violencias nos posicionamos como procesos de re-existencia en defensa de la vida y lo vivo.

En la Huerta Guacamaya también se han dado procesos de amenaza, amedrentamiento y temor por los aires de imposición de los *combos* armados del barrio, a los que hemos confrontado desde la acción colectiva y comunitaria ganando legitimación y respeto, pues son formas de re-existencia que encontramos con la milpa como aliada ante la destrucción, los daños y la violencia que ataca la vida y lo vivo en los territorios.

En este tejido, también nos articulamos con la academia, con semilleros y grupos de investigación y estudiantes con interés en investigar, participar y potenciar los procesos de Huertas Urbanas Comunitarias en un sentido ético, político y epistémico de acercarnos a la realidad negada de los pueblos subalternizados. En ese camino, se ha creado la cartilla *Huertas comunitarias para los buenos vivires en la ciudad* (Galindo Gómez et al. 2025), en un camino de siembra con cuatro procesos Huerta Guacamaya y La Matera en Medellín, Tierra Rebelde en una vereda del corregimiento de San Cristóbal y El Jardín de las Delicias, en Marinilla. Reconociendo que

Somos sembradoras y sembradores de vida en contextos urbanos, hacemos grietas en el asfalto para germinar semillas de rebeldía frente al gris de la ciudad y así juntarnos como una eco-comunidad extensa. Reconocemos nuestras raíces campesinas, indígenas y afros desde los contextos populares que compartimos. (Galindo Gómez et al. 2025, 4)

Con estos otros proyectos tejemos a la vez caminos solidarios que se articulan a movimientos ambientales, étnicos y sociales como la participación de la Colectiva Pachakutik en la *IV travesía por el suroeste un Abrazo a la Montaña*, en defensa y posicionamiento de los territorios sagrados para la vida, construyendo el distrito agroecológico étnico y campesino ante los intereses extractivos por cuenta de multinacionales como la AngloGol Ashanti y el Estado, contra la que se viene movilizandando el Cinturón Occidental Ambiental (COA), un movimiento articulado de organizaciones campesinas, indígenas, ambientales y sociales que vienen defendiendo y protegiendo el territorio del suroeste en el departamento de Antioquia, al que nos sumamos y apoyamos desde nuestra lucha en la ciudad y en oportunidades nos encontramos a tejer juntos.

El *Abrazo a la Montaña* se realiza cada 4 años y tiene la intención de movilizar la región en defensa de los territorios y la vida, enfrentando las formas biopolíticas del

extractivismo, entendiendo estas en “sus dimensiones y alcances, que implica la producción material, institucional y simbólica de la inviabilidad real o percibida de otras formas de vida, de organización social y de economías” (Hoetmer 2017, 4 citado en Silva 2017, 24). Este Abrazo a la Montaña es:

la movilización más emblemática del suroeste de Antioquia, como apuesta central para el reconocimiento del territorio, sus majestuosas montañas y ríos, la biodiversidad, los bienes comunes y las prácticas culturales de los pueblos campesino y étnicos [...] Vamos caminando, abrazando la montaña; la fuerza del Ancestro es nuestra esperanza; Vamos avanzando, cantando a la tierra; uniendo nuestras voces contra la minería. (Patricia 2024, prrf. 1)

Por último, nos vamos articulando también como movimiento social con Cultura Viva Comunitaria desde el año 2024, con los que se viene participando en la Escuela Sociopolítica Trenzando Territorios; y la Cumbre Nacional Popular en el 2025, donde venimos discutiendo en torno a los conflictos socioambientales en la disputa de ¿la ciudad para quién? Como agenda política y popular que se viene pensando una reforma urbana integral e intercultural a nivel de país.

De esta forma, vamos construyendo horizontes de liberación en torno a la articulación con los movimientos populares, étnicos, sociales, culturales, ambientales y académicos con los que nos relacionamos desde la Huerta Guacamaya. Estos escenarios son importantes en pro de incidir en las construcciones de mundos otros desde el pensar y el hacer, en aras de la liberación de los pueblos sometidos, la tierra y los animales.

#### **4. Un camino de descolonización subjetiva y colectiva con de la tierra y el territorio**

Conversando con algunos de los *hermagos* de la colectiva Pachakutik y la Huerta Guacamaya me compartían sus memorias, que después de conversarlas algunos se propusieron escribirlas para tejer esta tesis de forma colectiva, así como se ha venido sembrando, aportando todos un poquito de su fuerza, su saber, su corazón o su dolor, tristeza y sanación en un proceso que vamos caminando juntos.

La historia de Andrés, biólogo y profesor, sembrador urbano y fundador del proyecto *Tierraza* se ha tejido con la colectiva Pachakutik. La historia que nos cuenta es parte de un escrito personal de su autoría que surgió de un diálogo después de sembrar y que él me compartió para este trabajo:

Mi llegada a la Huerta Guacamaya tuvo todo que ver con mi propia búsqueda de identidad y con la imperiosa necesidad de sembrar semillas para el futuro.

Nací en Medellín en los años 80s y he pasado prácticamente toda mi vida en la comuna 13, San Javier. Vi construir el metro, canalizar las quebradas, desaparecer muchas mangas (prados) y correr sangre. Muchas veces tuve que entrar corriendo a casa por cuenta de una balacera hasta que decidí no salir más. Temeroso de las balas, pero también de los seres humanos en una cultura tan fuerte, tan montadora y violenta, decidí pasar mi adolescencia entre libros, la radio y el TV.

Mi padre, un hombre al que le costaba ser amoroso, o para ser más justo, un ganadero tosco y muy fuerte, temido hasta por los criminales del barrio, compartía conmigo el amor por la naturaleza, aunque de formas muy diferentes. En casa hubo todo tipo de animales, hasta lechuzas y una venada “de mascota”. Las primeras fueron felizmente reubicadas, la segunda murió dislocada después de saltar por el balcón. La domesticación, la caza, el maltrato animal propio de la ganadería, aunque no se reconozca, el uso constante de agroquímicos, las quemadas controladas, todo tenía algo que a mí no me gustaba para nada y que me tomaría muchos años comprender mejor [...] Sin embargo, los cientos de árboles que mi padre llegó a sembrar y a proteger, el cuidado del agua, esa necesidad imperiosa de huir de la ciudad y buscar el monte, disfrutar de la vista y del aire puro, todo aquello sí que me lo alcanzó a dejar impreso en el cuerpo y en el alma, antes de que las violencias lo masacraran a él y a muchos de nuestros sueños. (Andrés 2025, comunicación personal)

Con Andrés se ha cocreado una relación valiosa, ya que desde el principio nos ha posibilitado confianzas, semillas, saberes, sabores, afectos, fuerza, reflexiones y compromisos que han sido importantes para un grupo de jóvenes que se han tomado la tierra para sembrarla sin saber mucho al respecto, pues en el barrio habíamos crecido desconectados de estos conocimientos y prácticas. Él ha sido un puente para tejer esos otros mundos, *aprendiendo-haciendo* vamos sanando con nosotros mismos, pero también con el otro, la tierra, las plantas y los animales en un espacio común que nos convoca en el territorio. Siguiendo con su relato, nos cuenta:

A mis 11 años, seguir los pasos de papá no parecía tan llamativo, pero por lo menos yo ya no tendría que huir como lo tuvo que hacer él del monstruo que había sido mi abuelo. Por otro lado, aún me quedaban mi hermosa madre y toda su familia. Llegaron a la 13 como en los años 60s, trayendo consigo el amor por el campo y el miedo que los echó de él. Mi abuela siempre rodeada de flores y plantas de jardín y mi abuelo, un hombre endurecido por la arriería y la lucha entre azules y rojos, entonces ablandado por los años y el amor a sus hijos e hijas, abonaron en mí esa vena campesina. Mientras mis tíos hablaban de sus escapadas a Los Pomales donde iban a comer hasta saciarse y donde ahora solo crecen urbanizaciones, mi abuelo seguía sembrando arbolitos enfrente de nuestras casas, al borde de la quebrada, como también lo hiciera mi padre. (Andrés 2025, comunicación personal)

Las relaciones subjetivas con la tierra se arraigan a la memoria campesina y urbana de un territorio que se vio transformar por las lógicas de la urbanización social y la violencia política en la comuna 13, y se encuentran en esa transmisión de sentires y saberes que el antepasado hereda a la nueva generación, como ese *amor por la naturaleza* a pesar de los elementos machistas, violentos y autoritarios que se pueden encontrar en

las construcciones subjetivas del ser en este modelo de sociedad moderno/colonial con los que somos críticos para no seguir reproduciendo.

Pues cambiamos la sensibilidad con la que nos conectamos con la vida y tejemos relaciones sociales, buscamos sanar los traumas de las angustiosas realidades que sufrimos en el mundo que habitamos por la forma como se explota, se produce y se administra la vida y la muerte. Siguiendo con la palabra de Andrés:

Así fui creciendo, buscándome en el arte y en grupos ecológicos, preocupado por la capa de ozono y por el calentamiento global, hasta que decidí estudiar biología, lo cual cambió por completo mi vida. Para no alargar mucho esta parte, solo diré que en medio de los ires y venires terminé queriendo saber más y visité dos hermanas de mi padre en Barranquilla, ambas con sus jardines. Entonces le presté más atención a ese deseo interno por sembrar y me traje desde allá una penca, Gaby (porque es una agavácea, un truco para mi mala memoria), la primera que me acompañaría por muchos años. Luego fue otra [...] y otra. Empecé a replicar en casa lo que aprendía en el Jardín Botánico, y poco a poco la gris terraza de mi casa se fue vistiendo de verde. Fue entonces cuando unas de mis mejores amigas y su compañero vinieron a vivir a la terraza y el verde se multiplicó por dos y por tres. Más personas llegaron a hacer parte de ella y así mismo tuvieron que marcharse. Así surgió La Terraza, un espacio urbano que nos brindaba belleza y comida. El nombre surgió de la necesidad de nombrarla, pero también de organizarnos en torno a la vida: compostar, abonar, sembrar, cosechar, colectar agua, usarla con responsabilidad [...] Todo nos hermanaba y nos confrontaba, pero al mismo tiempo nos enseñaba a vivir en comunidad y a valorar aquel oasis en medio de la ciudad. Oasis que se empezaba a meter por las rendijas y a salir por los balcones, dándome la oportunidad de hacer lo mismo que mi padre y mi abuelo: sembrar afuera, junto a la quebrada que un día vi fluir libre y cristalina. (Andrés 2025, comunicación personal)

Con la tierra nos organizamos para cambiar prácticas y hábitos, cuidando y potenciando los bienes comunes como sucede en Terraza, una casa donde se siembra, se composta, se reutiliza el agua lluvia y se usa energía solar.

Si bien la colectiva Pachakutik re-existe, sus integrantes han sido volátiles, han ido saliendo y entrando, y no todos los que convergen en este espacio se nombran parte de este proceso, no obstante, nos tejemos juntos. Andrés, ha sido uno de esos referentes que siempre ha estado, aunque nunca como integrante de Pachakutik.

En este ir y venir aprendemos a sostener, hay veces que no es fácil pues la vida te aqueja tiempo con las cadenas del trabajo, la necesidad de subsistir y, por otro lado, la alta oferta de entretenimiento y la necesidad de dispersión en un mundo de familias extensas, variedad de grupos de amigos e infinidad de conocidos con los que se hace menester compartir. La vida también nos mueve hacia otras regiones, pero siempre quedan algunos sosteniendo el proceso y con la dinámica de los domingos de huerta nos encontramos de a poquitos y van llegando otras fuerzas, de repente nos damos cuenta de que somos muchos y muchas, que estamos bien rodeados, que las aves vienen sembrando

y el viento viene moviendo semillas entre los caminos en cualquier pedacito de tierra. Y no falta una minga o una juntanza bien potente a la que vamos convocando cantándole a la tierra, danzándole a la paz, dialogando entre los cantos de las aves y la biodiversidad de la vida.

Aprendemos a mover la fuerza colectiva, incomodarnos de la lógica de la ciudad, a coger un machete, un azadón o un palín y priorizar y darle fuerza a una relación con la tierra que requiere tiempo, cuidado y afecto. Aquí se sigue después de cinco años sembrando vida en el territorio y reflexiones potentes como las que nos suscita Andrés, que nos permite vislumbrar procesos subjetivos donde encontramos sentidos políticos y espirituales que se tejen con propósitos comunes con la vida. De esta forma finaliza Andrés su relato:

La búsqueda de mis raíces trascendió la familia y se expandió hacia el territorio y los seres que guardaron su memoria. Fue entonces cuando conocí al grupo Pachakutik a la par que conocía abuelos y sabedores de los pueblos nativos. ¿Dónde comenzamos y dónde terminamos? ¿Qué nos define y da sentido? ¿Qué nos hermana y qué es lo que nos divide? Estas y muchas preguntas más, la 13 y su historia reciente de la que hacemos parte, pero sobre todo las ganas de sembrar, más que excusas, se han convertido en razón suficiente y poderosa para caminar cerca, compartir experiencias, historias de vida, pensamientos, semillas, medicinas, corazones. Si bien he hecho parte de muchas huertas colectivas, la Huerta Guacamaya es especial porque allí puedo ayudar a resignificar mi relación con la comuna en la que crecí, con tantos miedos. Los mensajes aprendidos en libros, canciones y dibujos animados se convirtieron en acciones dentro de mi territorio inmediato. Pero, si esto fuera poco, los corazones que allí he conocido bastan para querer frecuentar aquella parte de la cuenca y la montaña. Allí confluimos con nuestras diferencias y contradicciones para tratar de hilar esfuerzos y amistades, sembrar sueños, plantas de paz y aprender a esperar caminando en buena compañía. (Andrés 2025, comunicación personal)

Por último, caminar juntos es expandir horizontes y tejer sueños colectivos de liberación de la vida y lo vivo, resignificar la relación con el barrio y el territorio, y aclarar nuestros orígenes para dirigir con claridad nuestro retorno al futuro, sembrando la vida liberándola en *ecosmunidad*.

#### **4.1. Las semillas, la potencia de la vida**

En la Huerta Guacamaya nos tejemos también con las semillas como potencias de la vida, que nos conectan con la pervivencia y lucha de las comunidades como legado tangible y colectivo de los pueblos del mundo, “consideradas como un don o un bien sagrado, que es el resultado de las innovaciones colectivas y acumuladas por miles de pueblos y generaciones” (Vélez 2015, 8) de sembradoras que las han cuidado, mejorado

e intercambiado, adaptándolas a condiciones geográficas y climáticas diversas y a necesidades culturales y socioeconómicas propias de cada pueblo.



Figura 18. Semillas diversas de frijoles  
Fuente: Archivo personal (2025)

En Abya Yala, la siembra se práctica hace más de diez mil años, siendo fuente del sustento alimenticio, medicinal y espiritual para el buen vivir de los pueblos:

La región tropical y subtropical de América es considerada el centro de origen y de diversificación de la mayoría de los cultivos que hoy día sustentan la agricultura y alimentación en el mundo, destacándose cultivos como: maíz, frijol, papa, yuca, algodón, tomate, ají, ñame, batatas, calabazas, tabaco, cacao, caucho y también otros tubérculos, raíces, cereales, frutales y gran variedad de plantas medicinales y de otros usos. (Vélez 2015, 8)

En las ciudades nos hemos desconectado de estas relaciones de siembra, cuidado y reproducción de las semillas, no obstante, las huertas comunitarias urbanas emergen como escenarios que posibilitan reconocer de nuevo estas memorias, aprender a cuidarlas, sembrarlas y dispersarlas como elemento común de la vida de los pueblos que se sigue transmitiendo, más en un mundo donde se ha buscado privatizarlas, fortaleciendo el legado de re-existencias que aprendemos a resignificar con las luchas por el territorio, la defensa de la vida y de lo vivo hacía un amanecer biodiverso, libre de agroquímicos y transgénicos como horizonte soberano de alimentación basada en plantas.

Actualmente en la Huerta Guacamaya reconocemos cinco variedades de maíz libre de químicos como el maíz arcoíris, amarillo, rojo, negro y blanco, que venimos sembrando y compartiendo para expandir las semillas. Además de más de 10 variedades de frijoles entre arbolitos y de enredadera como el liborino, guajiro, cargamanto campesino, “rojito”, caraota, frijol arroz, frijol mungo, canavalia, chachafruto, entre otros. Tres variedades de papas, la aérea o voladora, la papa ratona y papa morada. También, se

ha posicionado el cardamomo, el yacón y la yuca. Además, hay mangos, uchuva, tomate, cebolla, rábano, flor de Jamaica, ají pajarito, café, aguacate, cacao, limón, mandarina, guayaba, entre otros. Por otro lado, hay plantas medicinales como orégano, penca sábila, borrachero, jazmín de noche, cilantrón, chusco quemado, manzanilla, albahaca, romero, tabaco, diente de león, etc. Y otras plantas como mafafa, ave de paraíso, carnavalito, etc.

En esa dinámica, también hemos aprendido a dialogar con las semillas que hay en la tierra como parte de su memoria viva, las que siembran los pájaros, que a propósito venimos reconociendo más de 25 aves en el territorio y algunas bioindicadoras como el Batará Carcajada (*Thamnophilus multistriatus*); las semillas que lleva el viento por la ciudad cuando caen de los árboles, creciendo en grietas entre el cemento o en espacios verdes pequeños o grandes como semillas callejeras que reclaman su derecho a crecer donde el pavimento ha desplazado esa posibilidad. Reconocer las formas como se repliegan las semillas conlleva comprender la rebeldía y sutileza con la que se libera y germina la vida, brotando en espacios impensables para decirnos que los suelos, aunque parezcan muertos en la urbe no lo están. Así como señala Anna Tsing en *La seta del fin del mundo: sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*, como los matsutake que “nos muestra un cierto tipo de supervivencia colaborativa” (2017, 23) en el desastre planetario causado por el capitalismo.

En esa vía, conectarnos con la semilla es volver a la memoria de los territorios, los pueblos y sus luchas por la expansión de la vida, pues ha sido el sustento y la base de la soberanía alimentaria, la salud y la re-existencia. Son elementos vitales que se han *guardianado* por las abuelas y abuelos sembradores de la tierra en todos lados conectándonos a nivel planetario. Por ejemplo, el café con origen en Etiopía, la albahaca y cardamomo que viene de la India, el mango de Asia, entre otras plantas que se dimensionan en la Huerta Guacamaya, son indicadores de los procesos históricos de la humanidad en la Sagrada Tierra.

Aunque no es fácil sembrar, cuidar y diversificar las semillas en la ciudad, se va haciendo y nacen espacios como el altar de semillas en la Casa en el Cielo, donde se les rinde gratitud, se les cuida, se intercambian y se les valora por su vitalidad.

De esta forma, se enfrenta el modelo capitalista que busca privatizar las semillas e imponer una agricultura tóxica para la vida y lo vivo, pues vemos con preocupación como se impone un mercado basado en productos transgénicos y en base a agroquímicos, dejando pocas posibilidades a mercados locales emergentes con alimentos orgánicos asequibles para la mayoría de gente. Si bien, no logramos hacer un mercado local con lo

que sembramos en la huerta, nos vamos beneficiando poco a poco en la medida en que podemos comer lo que sembramos y compartirlo con algunas personas cuando hay tiempos de cosechas y abundancia, además, se logra resguardar algunas semillas importantes que van pasando de mano en mano para ser sembradas en la ciudad o el campo, formando re-existencias ante este modelo de privatización.

Dispersar semillas criollas y nativas, compartirlas, cuidarlas, se vuelven acciones importantes para generar grietas de liberación de la gente, los alimentos, los animales y la tierra ante el sistema moderno/colonial, siendo un papel importante que atraviesa la apuesta de la huerta comunitaria urbana como espacios que potencian la vida y la soberanía alimentaria.

### **5. Soñando despiertos: construyendo sentidos de vida con la Huerta Guacamaya**

En la Huerta Guacamaya hemos estado conectando con la comunidad a través de los sueños, imaginando posibilidades para crear territorios de paz y de soberanía a través del alimento, las semillas, las plantas y el amor usando la música, el intercambio de palabra y los bombones de sueños, de esta forma, logramos tejer el afecto y el cuidado camino a la manifestación de El Milagro, una minga cultural con danzas de paz que se realizó el 30 de junio del año 2025 en la Huerta Guacamaya.

Esa activación se acompañó con guitarra, maracas, tambora y un canto que surgió en el proceso:

Vamos familia unida en alianza con la tierra,  
 Vamos familia unida en alianza con la tierra.  
 Todos en uno, uno en todos, todas en una, una en todas.  
 Ven a sembrar tus sueños en la Huerta Guacamaya,  
 Ven a sembrar tus sueños junto al frijol y la papaya.  
 Todos en uno, uno en todos, todas en una, una en todas. (Creación Colectiva 2025, conversación personal)<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Canción colectiva en el marco del proceso Danzas de Paz, Liderazgo y Movilización Comunitaria, en una conexión con la comunidad en el barrio Guacamaya a través de los sueños. Se puede ver en: <https://www.instagram.com/reel/DLYwRayRpwK/?igsh=MXI2aWZ4MXoxcHRzNA%3D%3D>



Figura 19. Conectando sueños en el barrio Guacamaya  
Fuente: Archivo personal (2025)

Subiendo y bajando por las escaleras entre los callejones del barrio de ladera, compartiendo sueños en forma de dulces de banano y avena que le fascinó a la gente, se recogieron sueños comunitarios para la huerta como:

Sembrar muchas cosas como cebolla y tomate, maíz, frijol, ahuyama, hortalizas, legumbres, plantas medicinales, árboles frutales y árboles de sombra [...] Que haya prosperidad, que se cuiden las plantas y los animales, y aprender a manejar los desechos orgánicos [...] Ver florecer la huerta como siempre [...] Y hacer una maloca o casa de pensamiento y un parque [...] Vivir bien acá en Medellín. (Sueños colectivos 2025, conversación personal)



Figura 20. Conectando sueños en el barrio Guacamaya  
Fuente: Archivo personal (2025)

De esta forma, nos activamos con la gente del barrio para invitarlos a la minga, generando procesos de relacionamiento y apropiación comunitaria del territorio a partir de los cantos, los sonidos y las danzas. Ese día se hizo el Milagro en el marco de un proyecto de danzas de paz universal, liderazgo y movilización comunitaria, donde la

fuerza femenina lideró y abanderó la acción, entre ellas Caro os, Teddy, Narracacha, Piedad, Brenda y otras personas. Desde muy temprano, 8:00 a.m., nos encontramos en la cancha de la huerta, ese día amaneció con una triste noticia, pues habían asesinado a un vecino del barrio. Lo encontraron en su casa amarrado y apuñalado en horas donde la gente festejaba la final del fútbol colombiano entre Deportivo Independiente Medellín y el Club Independiente Santafé.

Con fuerza iniciamos con la minga, organizamos la cancha de la huerta, los caminos, hicimos nuevas camas y sembramos algunas plantas medicinales como albahaca, romero, hierba buena, fresas y un arbolito de cacao. Hicimos una olla comunitaria donde compartimos lentejas con arroz, ensalada, plátano maduro asado y *guandolo*<sup>16</sup>, llamando al Acuerdo Global Basado en Plantas que busca presionar a los gobiernos para colocar “los sistemas alimentarios en el centro de la lucha contra la crisis climática, con el objetivo de detener la degradación generalizada de ecosistemas críticos causada por la agricultura animal, promover un cambio hacia dietas vegetales más saludables y sostenibles y revertir activamente el daño causado” (Plant Based Treaty 2025, prrf. 1) a los bienes comunes y a la biodiversidad de los territorios.

En esa jornada, se realizaron talleres de tinturas madres con plantas medicinales, armonización del territorio, levantamos altares de poder, compartimos medicinas ancestrales como el mambe y el ambil, y le pusimos un sentido profundo a las danzas de paz manifestando armonía, sanación, no violencia, amor, tranquilidad, confianza, comunidad, respeto a la vida en todas sus manifestaciones, entre otras cosas. Esto mediado por cantos, el sonido de los instrumentos y el movimiento colectivo sincrónico conectando con la vida y la belleza que se expresa en la tierra, en las plantas, los alimentos, los animales, los elementos y la juntanza comunitaria.

En este sentido, danzando para la paz, sembrando semillas libres de químicos y comiendo en comunidad alimentos basados en plantas se reivindica una consciencia política, crítica y ética con el veganismo y las relaciones antirracistas, antipatriarcales, anticapitalistas y antiespecistas como banderas políticas de horizontes de sentido para construir e imaginar otros mundos posibles en la ciudad, volviendo a las raíces ancestrales-populares.

Esta minga fue liderada por la Colectiva Pachakutik, junto a Caro Os y Teddy, activistas pro liberación animal y del Acuerdo Global Basado en Plantas. En el proceso

---

<sup>16</sup> Bebida hecha con agua, panela de caña y limón.

se recogieron sentires importantes de participantes que estuvieron en la huerta, algunos por primera vez. Sus experiencias se basaron en:

Amor, conexión, alegría en el compartir con la comunidad. Yo vivo por estos momentos. Si se siente como un milagro todo lo que podemos hacer en colectivo con esperanza. Muy bacano cuando una comunidad resiste y se mueve por el deseo de la transformación de los espacios. Muy potente cuando no nos quedamos en los deseos, sino que los llevamos a la acción y aprovechamos esos impulsos de transformación. (Varios participantes 2025, círculo de palabra)

En esta juntanza se sumó la fuerza de otros parches y personajes como Tierra Rebelde, la abuela Vicky, Paula, Manuela y Carlos por parte de los Hijos del Arcoíris, Tedy y su proyecto Amaru, Narracacha por cuenta de La Matera, Checho, Eli Castro, Acuerdo Basado en Plantas, Danzas de paz Antioquia<sup>17</sup> y demás *hermagos* del barrio con los que aprendemos el camino colectivo de crear los sueños, gestando formas propias de encontrarnos que se van danzando, sembrando, redescubriendo al ritmo de la *ecosmunidad* que se dimensiona en la Huerta Guacamaya.

---

<sup>17</sup> Estos son amigos, aliados, procesos sociales y colectivos con los que nos reunimos en las actividades que se realizan en la Huerta, aportando fuerza, saberes, alegría y solidaridad en pro de generar proceso comunitario.

## Conclusiones

Lo primero es señalar la importancia de sentipensar con lo vivo, no solamente lo humano y lo social, amplificando un conocimiento crítico “más allá” de lo humano (Kohn 2021) como parte del ámbito de los estudios de la cultura, en este caso cómo pensar con los árboles sobrevivientes de la ciudad que se encuentran en una paradoja entre los espacios verdes de frontera no urbanizados en el barrio que se leen como zonas de *desperdicio y/o de pervivencia*.

Se reconoce que, en los barrios populares como Villa Laura, el 20 de Julio y las Independencias I, II y III, por el alto nivel poblacional y la necesidad de vivienda y techo los espacios se saturan de cemento y a falta de planificación, el loteo de predios por parte de los combos armados y la invasión de terrenos, las zonas verdes son desplazadas junto con la flora y la fauna, desmontando y construyendo casas y caminos hasta que casi todo termina siendo ladrillo y pavimento. La mentalidad instaurada desde la idea de modernidad que se impone en la concepción de vida en la gente de barrio popular y los niveles de vida precarizados, se articulan a las lógicas de blanquitud que desplazan las prácticas y las relaciones que se han tenido con la tierra como forma de normalización y disciplinamiento del orden establecido que se ejerce en la ciudad. Por otro lado, en los barrios vecinos, pero de estratos más altos como Santa Mónica, la arborización hace parte de la arquitectura siendo espacios más cargados de árboles, fauna y flora como diseño urbano del lugar, mientras en el barrio popular de ladera se carece de espacios verdes, no obstante, en algunos de los pocos que quedan la gente siembra comida y plantas medicinales de forma caótica e irregular. De esta forma, se reconoce una desigualdad estructural condicionada en el barrio popular por la escasez y la necesidad de un espacio para vivir, que lleva a una alta urbanización de la montaña sin dejar parques o zonas verdes, aunque los que quedan y se escapan a esta lógica se aprovechan como espacios de *desperdicio o de pervivencia*.

Mirando hacía al lado del mestizo de ciudad de barrio popular, esta condición ejerce un gobierno sobre la mente y el cuerpo del sujeto conllevando a que se priorice la desconexión con la tierra, pues se ha reproducido un estigma con el trabajo campesino considerado “atrasado”, “difícil” y mal remunerado, sobre todo por la gente de ciudad. Y sí, trabajar la tierra es duro, pero también es grato la relación que se da con ese mundo de sentidos al que la ciudad desdibuja y los trabajos del “futuro” que ofrece solo alcanzan

para cubrir las necesidades que se venden en un mundo masificado, diseñado y organizado para la administración de los cuerpos y las mercancías, reproduciendo masas de mano de obra barata.

Las contradicciones que se marcan son las desvariaciones de un orden de poder impuesto que colapsa, los espacios de montaña en la ciudad como zonas verdes, como la Huerta Guacamaya, han sido zonas de *desperdicio*, rincones fronterizos boscosos y “oscuros” entre muros y cercas eléctricas usados para tirar los desperdicios de las construcciones de casas, cuerpos de animales muertos, y en el tiempo de la urbanización de la guerra, una zona donde se ejecutaron prácticas de muerte. Esto ultimó lo mencionó don Joaquín, un vecino del barrio en una conversación personal.

Por otro lado, estos lugares verdes también son zonas de *pervivencia* que escapan a la dominación y transformación de la urbanidad, aunque se ven mediados por la instrumentalización de los usos culturales de la gente aún re-existen redes de ecosistemas vivos que aportan limpieza del aire contaminado (dióxido de carbono) y oxígeno al entorno, integra diversidad de aves, roedores, insectos y polinizadores; protege el suelo ayudando a filtrar las lluvias y alimentar los yacimientos y las fuentes de agua subterráneas; reproduce cantidad de microorganismos y formas de vida botánicas entre piedras, hongos, plantas comestibles no convencionales, entre otras. En consecuencia, se reconocen múltiples beneficios cotidianos que se sostienen en esta interacción que pasan desapercibidos, pero están ahí en sus ciclos y movimientos naturales. Además, como se ha vivenciado en la Huerta Guacamaya, son espacios que, al limpiarlos, sacarle la basura, hacer actividades como el *costal arqueológico*, un costal lleno de objetos curiosos que encontrábamos en la tierra que nos permitía hacer una lectura de la memoria del territorio y una apropiación de este; permite sembrar comida para la gente y los animales contribuyendo a fortalecer ecosistemas vivos.

Así, se ha reconocido la necesidad de concientizar más estas relaciones en el territorio entre comunidad y biodiversidad, en ese sentido, surge la pregunta de ¿cómo proteger estos espacios y potenciar las relaciones culturales y ecológicas en el barrio? De esta forma, se plantea poder fortalecer *corredores bioculturales* con entornos de siembra que potencien la preservación de especies y generen un beneficio comunitario recíproco con la tierra, activando procesos de cuidado mutuo ante los intereses y las necesidades de la gente que desean lotear, vender o construir una vivienda o un negocio en estos lugares de *pervivencia* de lo vivo, por lo tanto, es importante fortalecer la pedagogía popular

ambiental y comunitaria en pro de generar mecanismos de protección ambiental barrial desde la Huerta Guacamaya.

En conclusión, la dicotomía entre los espacios de *desperdicio* y de *pervivencia* nos muestran la potencia y la necesidad de pensar de otra forma la ciudad, recuperar la consciencia con lo vivo y potenciar la memoria de re-existencia que nos enseñan los árboles, sobre todo los más viejos que perviven ante el desplazamiento e instrumentalización de la naturaleza que implica la urbanización de la montaña.

Otro aspecto a señalar es que en el territorio se sembraba antes de la colonia, tras las independencias, durante el proceso de modernización, urbanización e industrialización, y aún ahora, cuando las semillas las han tratado de privatizar la gente sigue sembrando hasta en la ciudad, pero también siembran las aves y el viento que dispersa semillas por los aires que caen de los árboles. Es así como en el amanecer de otros mundos posibles sembrar la vida será un horizonte para organizarnos como *ecosociedad* con la tierra y lo vivo, yendo más allá de lo humano y lo social. De esta forma, se teje un pensamiento con lo vivo como legado presente de la *pervivencia interancestral* que nos dejan los pueblos diversos, las aves y el viento.



Figura 21. Acelga sembrada en la Huerta Guacamaya  
Fuente: Archivo personal (2011)

Otro asunto que se señala es que la *ecosmunidad* se expande, se amplía y se recrea, se reconoce con lo cotidiano que habita la vida, con los seres con los que se coexiste en el día y en la noche, con lo visible e invisible, con lo sutil y lo volátil, con el cuidado, la

asociación y la reproducción de la vida y lo vivo como la semilla que se siembra y se sentipiensas como horizonte de liberación y proyección de mundos otros posibles.

El acto de resguardar la semilla en la ciudad es una base de la re-existencia y un legado de la *interancestralidad* de los pueblos mestizos, pues las semillas son un vínculo con la memoria ancestral, los saberes en torno a su siembra y los sabores en la mesa contribuyendo al bienestar humano, de los animales y de la tierra.

Esto se da en un escenario donde los alimentos que llegan a las ciudades están rociados de agroquímicos y las semillas están siendo privatizadas y modificadas genéticamente, envenenando y manipulando los cuerpos y los territorios como parte de un gran negocio que somete los pueblos del mundo a estas lógicas globales neoliberales, donde prima el interés del mercado por encima del respeto y los derechos a la vida humana, de los animales, los ríos, las montañas y de todo lo que existe como parte de la Sagrada Tierra. En esta medida, se posiciona la naturaleza como una condición viviente con derechos, como horizonte de comprensión de lo que Vandana Shiva (2011) ha nombrado la *democracia de la tierra*.

Es así que las huertas urbanas se pueden desmarcar de “los discursos y prácticas del desarrollo, en los que las semillas son el capital de la industria agrobiotecnológica y los saberes asociados con su cultivo y preservación se privatizan” (Hernández y Gutiérrez 2019, 39), tejiendo un sentido de liberación epistémico, político, ético y ecológico donde se posiciona la relación entre semilla, territorio y saber como bien común de los pueblos, potenciando la descolonización de los saberes y prácticas sobre *agrobiodiversidad*, desafiando el poder de las corporaciones *agrobiotecnológicas* ya que las semillas no son mercancías para la acumulación de capital. También, se van generando posturas críticas frente al mercado de alimentos y la dieta carnificada que se ha intensificado, contra la cual nos posicionamos con posturas éticas y políticas desde una alimentación y siembra basada en plantas, así se articula el horizonte de liberación con la propuesta de poner los sistemas alimentarios en el centro de la lucha contra la crisis climática para detener la degradación ecosistémica que ha causado la agricultura animal y promover las dietas basadas en plantas libres de químicos en pro de revertir los daños causados a la Sagrada Tierra. Al respecto, Nathalia Hernández y Laura Gutiérrez en su artículo *Resistencias epistémico-políticas frente a la privatización de las semillas y los saberes colectivos* concluyen que:

si bien la circulación y comercialización de semillas criollas y nativas es demasiado baja para afectar económicamente el mercado corporativo, la RSLC [Red de Semillas Libres de Colombia] sí ha tenido un impacto político que reivindica el derecho a la soberanía en semillas – incluyendo formas propias de saber sobre ellas – y el cuestionamiento a su acercamiento corporativo. (2019, 61)

De esta forma se concluye que sembrar en la ciudad implica sostener relaciones con la tierra y con los pueblos que han transmitido y resguardado las semillas hace miles de años, que no solo se dan en la ruralidad y que se tejen con *huellas de pervivencia* de los legados *interancestrales* de los pueblos campesinos que nos preceden como mestizos urbanos. Y estos campesinos son el mestizaje de memorias, saberes y la mezcla de culturas y cuerpos diversos de los pueblos que hoy denominamos indígenas y afrodescendientes, no solamente europeos, que son amplios y diversos y que han sido la base de la construcción cultural, material y simbólica de la sociedad colombiana en ciudades como Medellín.

En efecto, entre la dominación y la blanquitud impuesta por la carga cultural hegemónica blanco-mestiza de occidente en los barrios populares de una ciudad mestiza étnica-racial, se reivindican lecturas críticas del barrio como territorio profundo, se posibilita liberar la memoria entre trozos y trazos de la historia común y diversa de los pueblos que contenemos, sembrando y cosechando sentidos de liberación en torno a la Colectiva Pachakutik y la Huerta Guacamaya para pensar otras relaciones *ecosunitarias* con el territorio y la Sagrada Tierra en el barrio y la ciudad.

Para finalizar, es necesario pensar en cómo cambiamos el mundo con acontecimientos como el genocidio de Palestina, donde a pesar de la indignación, la manifestación política de movimientos sociales de todo el mundo y la exigencia de Palestina libre, las grandes potencias muestran su desprecio contra esos otros que se atraviesan en los intereses económicos del imperialismo de los Estados Unidos que respalda a un Israel sionista y fascista. Es difícil cambiar esas cuestiones, pero seguimos poniendo el rezo amoroso del corazón con la energía y la fuerza que se manifiesta en los pueblos que re-existen: *Palestina libre desde el río hasta el mar*. A pesar de la impotencia no se pierde la esperanza, luchamos en pro de un mundo mejor en el que haya paz entre los pueblos, con los animales y la Sagrada Tierra.

Aunque la historia nos habla de guerras hacemos memoria para no repetir lo mismo y sanar las heridas que estas han dejado. Hacemos amanecer la palabra como dice mi *hermago* Álex, en pro de caminar mundos otros posibles. Así vamos marcando

sentipensares de transición y transformación en un tiempo en espiral de largo aliento desde la Colectiva Pachakutik y La Huerta Guacamaya.

## Obradas citadas

- Agroarte. 2025. “Historia”. *Sobre nosotros*. Acceso el 3 de octubre. <https://www.agroartecolombia.co/sobre-nosotros/>
- Albán, Raúl y María Arteaga. 2021. “La Agricultura urbana en Caracas, detectando conflictos locales desde una mirada socio ecológica”. En *Conflictos socioambientales en el sur global: respuestas y construcciones locales de otras naturalezas*, compilado por Catalina Quiroga y Olmo Uscátegui Ramírez, 329-56. Bogotá, CO: Corporación Universitaria Minuto de Dios - Uniminuto. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8679793>
- Alcaldía de Medellín. 2015. *El Libro de los Barrios*. Bogotá: Universo Centro. [https://www.universocentro.com/Portals/0/PDF/Libro\\_Barrios-Def\\_baja\\_indv.pdf](https://www.universocentro.com/Portals/0/PDF/Libro_Barrios-Def_baja_indv.pdf)
- Análisis Urbano. 2019. “El pacto del fusil sigue vigente en Medellín y el Valle de Aburrá. No hay nuevos pactos”. *Medellín*, 16 de febrero. <https:// analisisurbano.org/el-pacto-del-fusil-sigue-vigente-en-medellin-y-el-valle-de-aburra-no-hay-nuevos-pactos/>
- Bayona, Maydi. 2023. “Oshún frente al espejo: la defensa del territorio-cuerpo-tierra de sí misma, en claves afro-políticas”. *Limina R. Estudios sociales y humanísticos* 21 (2): 1-16.
- Bonilla, Laura. 2025. “Las bandas criminales y el orden paralelo estatal que gobierna en Medellín”. *El Espectador*, 26 de junio. <https://www.elespectador.com/colombia-20/analistas/bandas-criminales-en-medellin-y-paz-urbana-el-orden-paralelo-estatal-que-gobierna-en-la-ciudad/>
- Botero, Sofía. 2021. *Huellas de antiguos pobladores del valle del río Aburrá. Piedras, arcilla, oro, sal y caminos*. 2ª edición. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Cabnal, Lorena. 2010. “Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala”. En *feminismos diversos: el feminismo comunitario*, 11-25. Madrid: ACSUR-Las Segovias.
- Colectiva Pachakutik. 2022. “Bëk’uara, la fiesta del maíz”. *Huerta Guacamaya*, 10 de julio. <https://sites.google.com/view/huerta-guacamaya/bekuara-la-fiesta-del-ma%C3%ACz>

- . 2025a. “2da fiesta del maíz, conectando con la tierra en comunidad”. *Huerta Guacamaya*. Acceso el 25 de octubre. <https://sites.google.com/view/huerta-guacamaya/2da-fiesta-del-ma%C3%ADz>
- . 2025b. “Pachakutik”. *Huerta Guacamaya*. Acceso el 3 de octubre. <https://sites.google.com/view/huerta-guacamaya/inicio>
- Colectivo Coamil Federalismo. 2024. “Radio Coamil: “La milpa nos hermana”, conversación con Huerta Guacamaya, de Medellín, Colombia”. *Zonadocs*, 19 de septiembre. <https://www.zonadocs.mx/2024/09/19/radio-coamil-la-milpa-nos-hermana-conversacion-con-huerta-guacamaya-de-medellin-colombia/>
- Descola, Philippe. 2012. *Más allá de naturaleza y cultura*. Madrid: Amorrortu.
- Díaz, Diana. 2020. “Del giro ontológico a la ontología relacional y política, una mirada a la propuesta de Arturo Escobar”. *Cuadernos de filosofía latinoamericana* 41 (123): 99-122. <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/cfla/article/view/5991>
- Dussel, Enrique. 1994. “La conquista espiritual ¿al encuentro de dos mundos?”. En *1492: el encubrimiento del otro hacía el origen del mito de la modernidad*, 67-80. Quito: Abya yala.
- Echeverría, Bolívar. 2010. “Imágenes de blanquitud”: En *Modernidad y Blanquitud*, 57-86. México: Era.
- El Proyecto Esperanza. 2025. ““No es pasto, es milpa”: Defendiendo la vida en la Avenida Federalismo”. *Agricultura*, 8 de octubre. <https://elproyectoesperanza.com/2025/agricultura/no-es-pasto-es-milpa-defendiendo-la-vida-en-la-avenida-federalismo/>
- Escobar, Arturo. 2014. *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana UNAULA.
- . 2016. “Sentipensar con la Tierra: Las Luchas territoriales y la dimensión Ontológica de las Epistemologías del Sur”. *Revista de Antropología Iberoamericana* 11(1): 11-32.
- Escobar Hoyos, Santiago. 2016. “Resistencia y fronteras invisibles. Caso Comuna 13 de la ciudad de Medellín entre el 2008 y el 2015”. Tesis de pregrado. Universidad de Antioquia, sede Medellín. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/server/api/core/bitstreams/28d95457-7ac2-4aea-a694-65ec7db2e99f/content>

- Fals Borda, Orlando. 2015. *Una sociología sentipensante para América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI editores. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20151027053622/AntologiaFalsBorda.pdf>
- Flórez, Teresa. 2022. “Huertas urbanas, otra forma de vivir la ciudad”. *Mutante*, 31 de octubre. <https://mutante.org/contenidos/huertas-urbanas-otra-forma-de-vivir-la-ciudad/>.
- Galindo Gómez, Luisa; Jacobo Gil García, Maicol Gonzales Carmona y Andrés Julián Londoño Deossa. 2025. *Huertas Comunitarias para los buenos vivires*. Tuluá: Malviajadas.
- Garcés, Marina. 2022. *Alterar los mapas, abrir los posibles: Ensayos sobre cultura, política y colectividad*. Quito: La Caracola.
- Gietzen, Roger. 2016. *Abundancia agroforestal: un manual de agricultura sintrópica*. [https://bosquedeniebla.com.mx/wp-content/uploads/2019/10/Abundancia\\_agroforestal\\_sintropica.pdf](https://bosquedeniebla.com.mx/wp-content/uploads/2019/10/Abundancia_agroforestal_sintropica.pdf)
- Grupo Memoria Histórica. 2011. *La huella invisible de la guerra: desplazamiento forzado en la comuna 13*. Bogotá: Taurus.
- Guerrero, Patricio. 2012. “Corazonar desde el calor de las sabidurías insurgentes, la frialdad de la teoría y la metodología”. *Sophia*, 13: 199-228.
- . 2018. *La Chakana del Corazonar: desde las espiritualidades y las sabidurías insurgentes de Abya Yala*. Quito: Abya yala.
- Hernández, Nathalia y Laura Gutiérrez. 2019. “Resistencias epistémico-políticas frente a la privatización de las semillas y los saberes colectivos”. *Revista colombiana de antropología* 55 (2): 39-63. <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/798/652>
- Hurtado, Angie. 2025. “Huertas urbanas: resistencia social y ambiental en la ciudad”. *Agencia Nacional Univalle*, 7 de enero. <https://www.univalle.edu.co/medio-ambiente/huertas-urbanas-resistencia-social-y-ambiental-en-la-ciudad>
- Kohn, Eduardo. 2021. *Cómo piensan los bosques: hacia una antropología más allá de lo humano*. Traducido por Mónica Cuéllar y Belén Agustina. Quito: Abya yala.
- La Matera. 2025. “Cuenta de Instagram”. *La.ma.te.ra*. Acceso el 25 de octubre. <https://www.instagram.com/la.ma.te.ra/>
- Mazorco, Graciela. 2010. “La descolonización en tiempos del Pachakutik”. *Revista de la Universidad Bolivariana* 9 (27): 219-42.

- Mena, Ángela y Yeison Meneses. 2019. “La filosofía del vivir sabroso”. *Revista Universidad de Antioquia*, 337: 50-53.
- Mignolo, Walter. 2005. *La idea de América Latina: la herida colonial y la opción decolonial*. Traducido por Silvia Jawerbaum y Julieta Barba. Barcelona: Gedisa.
- Moore, Jason. 2020. “¿Antropoceno o Capitaloceno? Sobre la Naturaleza y los orígenes de nuestra crisis ecológica”. En *El capitalismo en la trama de la vida: ecología y acumulación de capital*, 201-226. Traducido por María José Castro Lage. España: Traficantes de sueños.
- Muñoz, Víctor. 2021. “En Medellín nace Medepaz”. *El colectivo comunicación*, 11 de diciembre. <https://elcolectivocomunicacion.wordpress.com/2021/12/11/en-medellin-nace-medepaz/>
- Ñáñez, Germán. 2025. “Un año sin Camilo y Camila, dos jóvenes líderes de Bosa asesinados por el microtráfico”. *Revista Raya*, 5 de septiembre. <https://revistaraya.com/un-ano-sin-camilo-y-camila-dos-jovenes-lideres-de-bosa-asesinados-por-el-microtrafico.html>
- Ortiz, Fernando. 1987. “Del fenómeno social de la transculturación”: En *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, 92-97. Caracas: Abya yala.
- Pachatrece y colectivo Cinestrato. 2024. “Arte, tierra, vida: construyendo buenos vivires en la ciudad tejiendo comunidad”. *Cuenta de Instagram*, 27 de octubre. [https://www.instagram.com/p/DBeZ9MaRk\\_b/?img\\_index=1&igsh=MWolZzdzMnhyeWV6YQ==](https://www.instagram.com/p/DBeZ9MaRk_b/?img_index=1&igsh=MWolZzdzMnhyeWV6YQ==)
- Pachatrece. 2025. “Cuenta de Instagram”. *Pachatrece*. Acceso el 25 de octubre. <https://www.instagram.com/pachatrece/>
- Patricia. 2024. “Manifiesto IV travesía por el suroeste: un abrazo a la montaña”. *Cinturón Occidental Ambiental (COA)*, 17 de julio <https://coaterritoriosagrado.org/manifiesto-iv-travesia-por-el-suroeste-un-abrazo-a-la-montana/>
- Plant Based Treaty. 2025. “¿Qué es el Plant Based Treaty?” *Inicio*. Acceso el 8 de octubre. <https://plantbasedtreaty.org/es/>
- Ponce, Juan. 2020. “Estudios críticos animales y sociología: apuntes teóricos sobre el post/anti-humanismo”. *Revista latinoamericana de estudios críticos animales* 7(1): 399-421.

- Post Office Cowboys. 2007. “Otros Mundos”. Video de YouTube, documental sobre un proceso de siembra comunitaria en Medellín y Bogotá promovido por la FAO. [https://www.youtube.com/watch?v=\\_70RY-QfWxY](https://www.youtube.com/watch?v=_70RY-QfWxY)
- Puleo, Alicia. 2022. “El ecofeminismo, conciencia feminista profunda de la crisis sociambiental”. *Análisis Carolina*, 23: 1-11.
- Quijano, Aníbal. 1992. “Colonialidad y Modernidad/racionalidad”. *Perú Indíg* 13(29): 11-20.
- Ramírez, Erika y Tania Gómez. 2011. “La construcción de la ciudad de Medellín desde las laderas informales, tensiones, relaciones y liminaridades en la ciudad contemporánea”. *Estudios de derecho* 13(152): 329-45.
- Restrepo, Paula, Cristina Sandoval, Luis Gallego, María Correa, Kelly Monsalva, y Sara Vergara. 2020. *Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes*. Medellín: Rede de Huerteros de Medellín. <https://www.redhuerterosmedellin.org/wp-content/uploads/2020/06/practicas-comunicativas-en-agricultura-urbana-en-medellin.pdf>.
- Rojas Navarro, Juan Diego. 2021. “Escalera al cielo: procesos de inserción de la comuna 13, sector independencias, a las dinámicas de turismo global a partir de las políticas urbanas de la ciudad de Medellín”. Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia, sede Medellín. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/entities/publication/9f91ca7c-dea0-4c6b-9bbb-c29726eb7ee2>
- Sandoval, Sergio. 2016. “Las herencias del Muntu: Arte y libertad en Manuel Zapata Olivella”. En *Manuel Zapata Olivella: Un legado intercultural: Perspectiva intelectual y política de un afrocolombiano cosmopolita*, 329-43. Bogotá: ediciones desde abajo.
- Semillero de Investigación Buen vivir y territorio. 2025a. “Jardín de las Delicias”. *Información general*. Acceso el 9 de octubre. <https://buenviviryterritorio.com/jardin-delicias/>
- . 2025b. “¡S.O.S! ¡Ataque a El Jardín de las delicias!”. *Publicación en Instagram*, 24 de julio. <https://www.instagram.com/p/DMgvuz9s7Km/?igsh=MWlXOHVzZGNqZzBhaw%3D%3D>
- Shiva, Vandana. 2011. “Democracia de la Tierra y los Derechos de la Naturaleza”. En *La naturaleza con derechos de la Filosofía a la política*, compilado por Alberto

- Acosta y Esperanza Martínez, 139-71. Quito: Abya yala. <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/la-naturaleza-con-derechos-de-la-filosofia-a-la-politica.pdf>
- Silva, Rocío. 2017. “Extractivismo como proyecto biopolítico”. En *Mujeres y conflictos ecoterritoriales. Impactos, estrategias, resistencias*, editado por Estudio para la Defensa de los Derechos de la Mujer DEMUS, 20-57. Lima: Flora Tristán. P. <https://iwgia.org/es/recursos/publicaciones/317-libros/4402-mujeres-y-conflictos-ecoterritoriales-impactos,-estrategias,-resistencias.html>
- Tierra Rebelde. 2025. “La Huerta como aula: de aulas muertas a pedagogías vivas”. *Publicación de Instagram*, 13 de octubre. [https://www.instagram.com/p/DPxQ\\_6TjOD9/?igsh=MXhvbhjeHlydGRqOA=](https://www.instagram.com/p/DPxQ_6TjOD9/?igsh=MXhvbhjeHlydGRqOA=)
- Torres, Alfonso. 2013. *El retorno a la comunidad: problemas, debates y desafíos de vivir juntos*. Bogotá: Cinde el Búho.
- Tsing, Anna. 2017. *La seta del fin del mundo: sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Traducido por Francisco Ramos. España: Capitán Swing Libros, S.L.
- Uribe, Fabián. 2025. “Ya son siete los cuerpos hallados en La Escombrera. Hacemos memoria”. *Hacemos memoria*, 26 de septiembre. <https://hacemosmemoria.org/2025/09/26/ya-son-siete-los-cuerpos-hallados-en-la-escombrera/>
- Vázquez, Katalina. 2015. “Comuna al filo”. En *El Libro de los barrios*, 279-90. Bogotá Universo Centro. [https://www.universocentro.com/Portals/0/PDF/Libro\\_Barrios-Def\\_baja\\_indv.pdf](https://www.universocentro.com/Portals/0/PDF/Libro_Barrios-Def_baja_indv.pdf).
- Velázquez, Matilde. 2023. “Senderos y Tejidos de la Memoria Intercomunal”. Video de YouTube, a partir de un conversatorio de Iniciativas de Paz en Medellín. <https://www.youtube.com/watch?v=imD8V5GTUe8&list=LL&index=8>
- Vélez, Germán. 2015. *Las semillas patrimonio de los pueblos, en manos de los agricultores: acciones sociales para enfrentar el colonialismo corporativo de las semillas en Colombia*. Bogotá: Arfo. <https://semillas.org.co/apc-aa-files/5d99b14191c59782eab3da99d8f95126/cartilla-semillas-patrimonio-de-los-pueblos-baja.pdf>
- Vélez, Norberto. 1999. “El pueblo Aburrá de Guayabal en 1541”. *Boletín de Antropología* 13 (30): 221-40. [https://www.researchgate.net/publication/367038671\\_El\\_pueblo\\_aburra\\_de\\_Guayabal\\_en\\_1541](https://www.researchgate.net/publication/367038671_El_pueblo_aburra_de_Guayabal_en_1541)

- Walsh, Catherine. 2017. “Gritos, grietas y siembras de vida: entretejerer de lo pedagógico y lo decolonial”. En *Pedagogías decoloniales: prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir*. Tomo II, 17-48. Quito: Abya yala. [https://api.pageplace.de/preview/DT0400.9789942095497\\_A43002587/preview-9789942095497\\_A43002587.pdf](https://api.pageplace.de/preview/DT0400.9789942095497_A43002587/preview-9789942095497_A43002587.pdf)
- Zaffaroni, Eugenio. 2011. “La Pachamama y el humano”. En *La naturaleza con derechos de la Filosofía a la política*, compilado por Alberto Acosta y Esperanza Martínez, 25-137. Quito: Abya yala.
- Zapata, Manuel. (1989). *Las claves mágicas de América*. Bogotá: Plaza & Janes editores Colombia.